





Volumen 3

EL CORONEL...

LA CARTA...

Cuentiensaños

Roberto López Moreno



El coronel... la carta... Cuentsayos

1ra. Edición, agosto 2025.

Archivo Narrativa Roberto López Moreno

Volumen 5

D.R.© 2025, Roberto López Moreno.

D.R.© 2025, Ivan Cruz Osorio

(Dogma Editorial)

Barracuda #20, Del Mar,

13270, Tláhuac, Ciudad de México, México.

Portada e interiores: ICO

ISBN: 978-607-9064-34-1

Impreso y hecho en México.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este volumen, salvo para fines educativos, de otra manera será necesaria la autorización escrita del editor y/o autor de la obra. Las características de composición, diseño y formato son propiedad de la editorial.



Página web

Entrada

La hora y el metro se expresan con el signo, en él se expanden (la palabra, el lenguaje), son el verbo de la humanidad, su universal resonancia. Poesía. Todas las eras y todos los rumbos son unificados con la interacción del lenguaje. Los poetas lo crecen y son crecidos en él. Por ello hay tantas formas de expresión poética. En mi caso personal consigno el entusiasmo con el que he intentado crear nuevas formas a las formas ya existentes para alcanzar mayor holgura en la expresión. Así fue como nacieron mis *Décimas lezámicas*, basadas en las décima espinela con una metaforización abstracta para ampliar los campos conceptuales; las *Treceadas*, la misma espinela a la que se agregan dos versos rimados entre sí, y una línea más, libre, que crea la antítesis que mueve al poema; la poesía *Laconista*, con sólo dos líneas, una de ocho y otra de once sílabas para pintarlas en las paredes y hacer de la ciudad un gran libro; el *Poemuralismo*, que invita al poeta a escribir poemas largos recurriendo a todas las técnicas que se conocen en el idioma de que se trate con el reto principal (gran reto) de que el resultado no se vea como una hilera de pegotes, sino que sea un producto unitario; el *Soneto*, forma clásica entre los clásicos, escrito con una gran cantidad de recursos novedosos; los *Alburemas*, Las *Paradojas Parajodás* y más propuestas. En el caso de la narrativa he hecho también un buen número de enunciaciones. La más reciente es ésta a la que decidí llamarle *Cuentiensayos*. Se trata del estudio de la obra de un autor o de una corriente literaria aprovechando los encuentros mágicos que se dan en el texto y darle (en los que se pueda hacerlo) forma de cuento. En el libro de hoy, el texto con el que inicio, por ejemplo, parte de un texto de Gabriel García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba*, pero no es cierto, porque éste parte de un texto de José Revueltas, *Verde es el color de la esperanza*, pero no es cierto, porque éste parte del tema de una canción mexicana *El pagaré*, pero no es cierto porque ésta parte de una canción cubana con el mismo nombre. Aquí está, en sus manos, el libro de cuentiensayos *El coronel... La carta...* Disfrútelo.



El coronel... la carta...

1. *No hables de tu marido mujer,
no hables de tu marido mujer,
mujer de malos sentimientos.
todo se te ha vuelto un cuento
porque no ha llegado el momento fatal.*

*Cuando cobre el pagaré, el pagaré,
que gusto te vas a dar,
montarás en carro pullman
y hasta un automóvil te voy a comprar.*

*Si no cobro el pagaré, el pagaré,
que chasco vas a llevar,
montarás en la lechuza
y hasta el cementerio no irás a parar.*

2. *Desde la cama y al inclinar la cabeza hacia adelante, apoyado el cuerpo en el antebrazo, advirtió a su mujer, que en esos momentos, como de costumbre todas las mañanas, vestía a los pequeños. A los pequeños tan asombrosamente graves, los dos, con sus ojos y sus razones y sus cerebros.*

Ahí estaban ellos silenciosos y lo terrible era haber abandonado los sedantes corredores de hacia un minuto, la manzana rota y aquello suave, negro, que se le había escurrido tan sin saber por qué al solo regresar nuevamente a la vigilia clarísima, hiriente, de la habitación, de los hijos, de la carta, la esperada, prodigiosa carta.

Por grados su mujer volvíase más fea. Ayer lo fue menos, desde luego, fea y enigmática, y aunque no las tuviese hoy sobre el cráneo, encima, las canas sucias que ayer, desde luego, no estaban ahí. Tal vez porque la carta no había llegado, o, sí, nada más un efecto de luz, de la luz solar blanda, terrestre.

-Te aseguro -dijo para tranquilizarla- que hoy llega. No puede pasar de hoy.

Aunque estas mismas palabras las había pronunciado ya otros días, iguales, sólo que entonces el cielo estuvo nublado y la voz, al decirlas, casi le dudó un tanto, como si él tampoco creyese en la carta.

Los carteros no se equivocan nunca: son como ángeles materiales y llegan a las puertas con sollozos, con mentiras, con honores, con nombramientos, con cadáveres. Su mujer, no obstante, podría escuchar mal, confundirse, decir al cartero que ahí no u otra cosa.

-Mira. Será un sobre tamaño oficio. Con membrete.

Echó las piernas fuera de la cama y miró sus pies y las uñas.

Entonces podría comprar un abrigo, inscribir a los dos niños en la escuela, mandar a su mujer con el médico y tantas cosas más, cortinas, zapatos, sábanas.

No lloraban desde hacía mucho tiempo y dentro de su pequeñez eran como dos seres maduros, de mucha edad y muchos pensamientos.

-¿Qué quieren que les traiga? – Los interrogó, engañándose a sí mismo como todas las mañanas.

Si lloraran serían como niños verdaderamente.

El mayorcito apretó los labios:

-Un pan con mantequilla- dijo.

Eran dos arbolitos sin hojas, graves para siempre.

Sí, sí. Todo. Muy pronto. Un pan. Un ferrocarril de juguete, también.

El niño negó muy serio:

-No. Sólo un pan. Un pan con mantequilla.

Al volverse la mujer, su marido ya tenía los zapatos puestos. El hombre no pudo menos que mirar de nuevo el rostro que dos meses antes no era así y que, en efecto jamás había sido así, sólo que las cosas ocurrían de otra manera.

-Acaba de vestirme para que desayunemos.

Él obedeció con docilidad infinita, colocándose los pantalones.

-¿Qué te parecería -dijo- comprar el terreno por Mixcoac o San Ángel, entre grandes árboles, y ahí tener la casa y un jardín para los niños?

Fingieron disputar si mejor en otro sitio con un aire más sano y transparente, y parecía como si en realidad disputasen, pero brillaban sus ojos con una luz muy tierna y esperanzada para que aquello fuese siquiera a discusión, antes al contrario tal vez nuevo cariño, más hondo de lo que ellos creían.

Los dos chicos corrieron hacia la mesa para tomar el té en que consistía todo el desayuno, mientras su padre se miraba en el espejo con muchísimo asombro de verse, de examinar su mirada opaca, sus pómulos, los dientes sin aseo.

La carta sería de la Presidencia o de Gobernación, él no estaba bien seguro, con membrete oficial. Quizá dentro de un sobre amarillo, largo,

que es donde se remiten los oficios, comunicaciones, nombramientos. Los carteros son muy diligentes, cumplen su deber como sin fatiga, a través de las calles, los barrios, las ciudades.

-Bueno -concluyó, convencido en lo absoluto-, definitivamente lo comparamos en San Ángel.

¿Quién sabe si se extraviara o llevase la dirección mal puesta? Luego en las oficinas ocurre que hay un descuido espantoso, una pereza. Amontónanse expedientes, legajos, archivos. A los ojos del simple burócrata sin corazón una carta carece de individualidad, de vida. Ocurre así. Aunque esa carta sea inmensa y entrañable.

Primero sacudía su escritorio, para sentarse después con la pluma entre las manos, orgulloso de ser uno de los mejores escribientes del mundo. Todos los días en ese justo minuto, sonaban las nueve de la mañana.

No podría olvidarlo, después de veinte años.

-Me gustará -le dijo a su mujer, desde el espejo- ir al campo los domingos y llevar un pollo frito y manzanas...

La mujer le dirigió una mirada de reproche a tiempo que significativamente señalaba a los pequeños.

Él se encogió de hombros:

-Mira -dijo con seguridad-, hoy llega esa carta. Lo sé bien. A otros les ha llegado. Yo no puedo ser una excepción. Tendremos entonces pollo y fruta y todo cuanto podamos desear.

Uno de los mejores escribientes del mundo, con una de las más bellas letras que se hayan conocido, así que no podrían, de ninguna manera, olvidarlo, ni olvidar sus veinte años de trabajo.

Al principio no pudo entender en una forma completa cómo, de súbito, terminaron esos veinte años para siempre.

Miró alucinado el rostro del jefe.

Tan no pudo entender que al otro día acudió, y ya en las puertas mismas de la oficina se sintió extraño, solitario y muerto, como si nadie le tuviese el menor cariño en la tierra. Dejaba de pertenecer a aquel hermoso sistema de papeles, de cifras, de jerarcas, y todo era vacío, definitivamente triste.

Había que tratar bien al cartero, pues suele ocurrir en ellos, que aun siendo obligación suya la de entregar las cartas, abriguen animadversión contra cualquier destinatario y con este o aquel pretexto no le hagan entrega de su correspondencia.

-¡Fíjate bien! ¡Será un sobre grande y encima mi nombre, escrito a máquina!

Si nada más lloraran los dos niños serían como cosas vivas y menos dolorosas. Pero estaban viejos, sin voz, y llenos de experiencia, de ideas, de conocimiento de la vida.

-Toma el té. Es lo único que hay. Siquiera que te caiga algo caliente.

Él observó el pocillo de peltre, desportillado en algunas partes y se puso a pensar en muchas cosas que antes no advertía. Recordaba que su mujer era de rasgos finos y cálidos, con su mentón especialmente suave, mientras hoy los pómulos mostrábanse furibundos, y el rostro se había tornado ancho, crecido. Crecíale asimétricamente, sin concierto y como si las mismas líneas sufrieran al crecer dentro de un espacio opositor y agudo, más triste a cada minuto.

Ella ignoraba todo lo ocurrido en la oficina y que el hombre era incapaz de cualquier trabajo, pues únicamente tenía la letra más hermosa del mundo, la más bien hecha. Lo observaba como siempre, solo que con algo allá adentro que no se podría comprender jamás.

-Seguramente será una carta muy amplia y extensa – dijo el hombre a la mitad del cuarto, mientras los tirantes le colgaban por detrás.

Lo asombroso era que los dos hijos no tuviesen una sola queja aunque se les veía el hambre sobre la piel, extendiéndose como barniz.

De no llegar a la casa aquella comunicación, iría, sin duda, a la lista de correos, ya que ahí todo encuentra su orden, pues nada existe más bien organizado, más eficiente, que el correo, donde saben cómo se llama uno y si trabaja o no y hasta si tiene hijos.

Sonreíale diariamente aquel hombre del correo tras la ventanilla.

-No, señor. No tiene usted carta.

Es imposible que una carta se pierda, aunque, de cierto, la manejan muchas manos y transita como un sueño mágico desde el buzón hasta su destino. En el edificio de correos conoció a una familia indígena: sentábanse el hombre, la mujer y los hijos, junto a la Lista, para aguardar una carta que debería llegarles. Era mucho más seguro estar ahí, que no se escapase, y ver a cada momento si, prodigiosamente como todo lo del correo, de pronto figuraba ya el nombre debajo de los demás, alegre, profundo.

El jefe y el subjefe lo miraron tan abatido, ahí frente a ellos sin saber qué decir, con una sonrisa de lágrimas en el rostro completamente estúpido y humilde, que el subjefe le tocó el hombro.

-No se preocupe. El gobierno no puede dejar de utilizar sus servicios algún día nuevamente. Tenga por seguro que lo llamarán otra vez.

Y eran palabras del subjefe, siempre noble, severo, digno, a las cuales no podría dejárseles de dar crédito.

Comenzó a sentir el miedo cuando justamente se aproximó para tomar su desayuno. Los tirantes no le colgaban ya tras las espaldas, sino que, bien firmes, manteníanle sujeto el pantalón, negro y viejo.

Le temblaban las manos y no quiso levantar los ojos de sobre el pocillo de té. Ahora comprendía porque estaba ella tan fea y porque sus rasgos se iban agravando con lentitud.

-¿No hay tal carta, verdad? – preguntó como si su voz fuera una racha de viento doloroso.

Entonces él permaneció firmemente callado, con el corazón lleno de pavor y soledad, pues si dijese las cosas como eran, ya nada le quedaría en el mundo.

*3. Cuando cobre el pagaré, el pagaré,
cuando cobre el pagare, el pagaré,
qué gusto te vas a dar mujer,
te compraré un automóvil
y un aeroplano te voy a comprar.*

*No hables mal de tu marido mujer,
mujer de malos sentimientos,
todo se te vuelve cuentos mujer
pendenciera de la vecindad.*

*Cuando cobre el pagaré, el pagaré,
qué susto vas a llevar mujer,
volarás como lechuza
y hasta el cementerio irás a parar.*

4. El administrador le entregó la correspondencia. Metió el resto en el saco y lo volvió a cerrar. El médico se dispuso a leer dos cartas personales. Pero antes de romper los sobres miró al coronel. Luego miró al administrador.

-¿Nada para el coronel?

El coronel sintió terror. El administrador se hecho el saco al hombro, bajó el andén y respondió sin volver la cabeza:

El coronel no tiene quien le escriba.

Contrariando su costumbre no se dirigió directamente a la casa. Tomó café en la sastrería mientras que los compañeros de Agustín hojeaban los periódicos.

Se sentía defraudado, habría preferido permanecer allí hasta el viernes siguiente para no presentarse esa noche ante su mujer con las manos vacías.

Pero cuando cerraron la sastrería tuvo que hacerle frente a la realidad. La mujer lo esperaba.

-Nada -preguntó.

-Nada -respondió el coronel.

El viernes siguiente volvió a las lanchas. Y como todos los viernes regreso a la casa sin la carta esperada.

“Ya hemos cumplido con esperar”, le dijo esa noche su mujer. “Se necesita tener esa paciencia de buey que tú tienes para esperar una carta durante quince años”. El coronel se metió en la hamaca a leer los periódicos.

-Hay que esperar el turno -dijo-. Nuestro número es el mil ochocientos veintitrés.

-Desde que estamos esperando, ese número ha salido dos veces en la lotería -replicó la mujer.

El coronel leyó como siempre, desde la primera página hasta la última, incluso los avisos. Pero esta vez no se concentró. Durante la lectura pensó en su pensión de veterano. Diez y nueve años antes, cuando el congreso promulgó la ley se inició un proceso de justificación que duró ocho años. Luego necesitó seis años más para hacerse incluir en el escalafón, esa fue la última carta que recibió el coronel.

Un poco después de las siete sonaron en la torre las campanadas de la censura cinematográfica. El padre Ángel usaba ese medio para divulgar la calificación moral de la película de acuerdo con la lista clasificada que recibía todos los meses por correo. La esposa del coronel contó doce campanadas.

-Mala para todos -dijo-. Hace como un año que las películas son malas para todos.

Bajó la tolda del mosquitero y murmuró: “El mundo está corrompido”. Pero el coronel no hizo ningún comentario. Antes de acostarse amarró al gallo a la pata de la cama. Cerró la casa y fumigó insecticida en el dormitorio. Luego puso la lámpara en el suelo, colgó la hamaca y se acostó a leer los periódicos.

Los leyó por orden cronológico y desde la primera página hasta la última, incluso los avisos. A las once sonó el clarín del toque de queda. El coronel concluyó la lectura media hora más tarde, abrió la puerta del patio hacia la noche impenetrable, y orinó contra el horcón, acosado por los zancudos. Su esposa estaba despierta cuando él regresó al cuarto.

-No dicen nada de los veteranos –preguntó.

-Nada –dijo el coronel. Apagó la lámpara antes de meterse a la hamaca. Al principio por lo menos publicaban la lista de los nuevos pensionados. Pero hace como cinco años que no dicen nada.

Llovió después de la media noche. El coronel concilió el sueño pero despertó un momento después alarmado por sus intestinos. Descubrió una gotera en algún lugar de la casa. Envuelto en una manta de lana hasta la cabeza trató de localizar la gotera en la oscuridad. Un hilo de sudor helado resbaló por su columna vertebral. Tenía fiebre. Se sintió flotando en círculos concéntricos dentro de un estanque de gelatina. Alguien habló. El coronel respondió desde su catre de revolucionario.

-Con quién hablas –preguntó la mujer.

-Con el inglés disfrazado de tigre que apareció en el campamento del coronel Aureliano Buendía –respondió el coronel. Se revolvió en la hamaca, hirviendo en la fiebre-. Era el duque de Marlborough.

Amaneció estragado. Al segundo toque para misa saltó de la hamaca y se instaló en una realidad turbia alborotada por el canto del gallo. Su cabeza giraba todavía en círculos concéntricos. Sintió náuseas. Salió al patio y se dirigió al excusado a través del minucioso cuchicheo y los sombríos olores del invierno. El interior del cuartito de madera con techo de zinc estaba enrarecido por el vapor amoniacal del bacinete. Cuando el coronel levantó la tapa surgió del pozo un vaho de moscas triangulares.

Era una falsa alarma. Acucillado en la plataforma de tablas sin cepillar experimentó la desazón del anhelo frustrado. El apremio fue sustituido por un dolor sordo en el tubo digestivo. “No hay duda”, murmuró. “Siempre me sucede los mismo en octubre”. Y asumió su actitud de confiada e inocente expectativa hasta cuando se apaciguaron los hongos de sus vísceras. Entonces volvió al cuarto por el gallo.

-Anoche estabas delirando de fiebre –dijo la mujer.

Había comenzado a poner orden en el cuarto, repuesta de una semana de crisis. El coronel hizo un esfuerzo para recordar.

-No era fiebre –mintió. Era otra vez el sueño de las telarañas.

Llovió toda la semana. El dos de noviembre -contra la voluntad del coronel- la mujer llevó flores a la tumba de Agustín. Volvió del cementerio con una nueva crisis, fue una semana dura. Más dura que las cuatro semanas de octubre a las cuales el coronel no creyó sobrevivir. El médico estuvo a ver a la enferma y salió de la pieza gritando: “Con un asma como esa yo estaría preparado para enterrar a todo el pueblo” pero habló a solas con el coronel y prescribió un régimen especial.

También el coronel sufrió una recaída. Agonizó muchas horas en el excusado, sudando hielo, sintiendo que se pudría, y se caía a pedazos la flora de sus vísceras. “Es el invierno” se repitió sin desesperarse. “Todo será distinto cuando acabe de llover”. Y lo creyó realmente, seguro de estar vivo en el momento en que llegara la carta.

A él le correspondió esta vez remendar la economía doméstica, tuvo que apretar los dientes muchas veces para solicitar crédito en las tiendas vecinas. “Es hasta la semana entrante”, decía, sin estar seguro él mismo de que era cierto. “Es una platita que ha debido llegarme desde el viernes”. Cuando surgió de la crisis la mujer lo reconoció con estupor.

Se acostaron sin comer. El coronel espero a que su esposa terminara el rosario para apagar la lámpara. Pero no pudo dormir. Oyó las campanas de la censura cinematográfica, y casi enseguida -tres horas después- el toque de queda. La pedregosa respiración de la mujer se hizo angustiada con el aire helado de la madrugada. El coronel tenía aun los ojos abiertos cuando ella habló con una voz reposada, conciliatoria.

-Estás despierto.

-Sí.

-Trata de entrar en razón -dijo la mujer-. Habla mañana con mi padre Sabás.

- No viene hasta el lunes.

- Mejor -dijo la mujer-. Así tendrás tres días para recapacitar.

- No hay nada que recapacitar - dijo el coronel.

El viscoso aire de octubre había sido sustituido por una frescura apacible. El coronel volvió a reconocer a diciembre en el horario de los alcaravanes. Cuando dieron las dos todavía no había podido dormir. Pero sabía que su mujer también estaba despierta. Trató de cambiar de posición en la hamaca.

-Estás desvelado -dijo la mujer.

-Sí.

Ella pensó un momento.

-No estamos en condiciones de hacer esto -dijo-. Ponte a pensar cuántos son cuatrocientos pesos juntos.

-Ya falta poco para que venga la pensión -dijo el coronel.

-Estás diciendo lo mismo desde hace quince años.

-Por eso -dijo el coronel-. Ya no puede demorar mucho más.

Ella hizo un silencio. Pero cuando volvió a hablar, al coronel le pareció que el tiempo no había transcurrido.

-Tengo la impresión de que esa plata no llegará nunca -dijo la mujer.

*-Llegará.
-Si no llega...*

*5. Cuando cobre el pagaré, el pagaré,
qué gusto te vas a dar,
qué gusto te vas a dar por el barrio
mujer pependciera de la vecindad...*

6. El lenguaje de las iras había perdido el filo inquisidor de propietario apaciguado en tiempos agudos, en nudos de esperas, del silencio que descendía sin reticencias hasta el gallo clausurado a la pata de la cama. Los dos hijos y el gallo sobrados de mudez daban peso a la espiral denotación de la atmósfera. Verde es el color de la esperanza. El mago... el mago... Un poeta extranjero decía que la peor estación del año era abril. Pero el sujeto de esta tinta de agobios externaba que no. Las veces que podía dejaba el peso todo a octubre. Los dos hijos y el gallo. El otro hijo, Agustín, el dueño del gallo no tenía ni un año de que en los vértigos del plomo le habían puesto el cuerpo en ausencias filiales. Riña por asunto de gallos. Las tercas agujas no se detenían y ordenaban así el cotidiano desfile fosfórico. Y una hoja pasaba, y otra más, y otra y otra, pero en aquella danza de las hojas al coronel no le llegaba la carta que venía siendo su vida y su muerte. Cuando cobre el pagaré decía la canción contra la ventana, como burla que de pronto se atrevía a violar el interior del cuarto. Desfachatez de notas. Alguien le dijo como pretendido consuelo. “Coronel, usted no es el único, ahí están los escritores que ganan premios, quienes legalmente tendrían que recibir una cantidad monetaria por méritos culturales y no les cumplen. Cosa muy sabida.. “Bah, mal de muchos...” dijo esa vez el ultrajado. Anuros pétreos se tendían calcinantes bajo sus pies, eso en lustros, décadas, en muchos, en muchos años; luego arribó la era del pavimento. El mago, el mago Rudecino había llegado de Zacatecas, de la entraña de los hondos minerales y se había apoderado del caso como si suyo fuese. Sus prodigios numéricos habían sido puestos a la orden, prodigios ecuacionarios en beneficio del desesperado esperador. Los números del mago destilaban como poemas. Así fue como empezó a morir toda su relación generacional, poco a poco.

Fueron falleciendo los de su entorno, pero él continuó asido del 3.1416, con la fuerza que le proporcionaban los guarismos del mago Rudecino y la desesperada espera de la carta imposible, del anhelado sobre amarillo con el sello del supremo gobierno. Así fue abonado de hechos increíbles, como el del soldado aquel que pasados los tiempos de los toques de queda, durante los honores de la bandera fue arrancado del piso por el desmesurado lienzo patrio en el momento en el que éste era izado; el inmenso trama-do ondulaba con el viento y el uniformado, reo de la tela patria, sacudido cual más, conoció los impenetrables rincones reservados al viento. Zarandeado en las alturas el homenajeador al fin fue soltado por la macabrona urdimbre y al hacer contacto con la curva terrestre sólo se oyó un ruido como de saco bofo y un lastimero ¡ay! perdido entre el alboroto. Cambió de tierra. Cambio de ejército. Cambio de enseña. Pero en otra ocasión, cuando hacía los homenajes a su nueva bandera, volvió a ser arrebatado por el monstruoso telambre y sacudido por los aires sin consideración alguna. Después de unos minutos en vilo la víctima volvió a caer ruidosamente sobre el piso. Se volvió a escuchar el mismo sonido de saco bofo. Se volvió a oír el mismo crac de costillas rotas, pero esta vez el soldado no emitió ningún alarido. Se nos fue mudo en tierras gringas. Se nos fue bien ido para siempre. Cuántas cosas más podía contar el coronel, recopiladas en tantos años pero, ¿a quién contárselas? Ya se le habían muerto todos los de su tiempo.

-¿Y los hijos menores?

-Muertos eran también, y su mujer... y el gallo...

-Pero él seguía en pie, milagros de la vida ¿no?

-Era un obsesivo y era su obsesión la que lo mantenía vivo entre tanto muerto.

-Un obsesivo... ¿por lo de la correspondencia tan esperada?

-No sólo por eso, criticaba a un poeta de otros lados que había dicho que el peor mes del año era abril.

-Qué importancia podía tener eso.

-Para él sí, y mucha, pues sostenía que el peor mes del año era octubre.

-Me ha despertado usted la curiosidad, quisiera conocer un poco más de esta historia.

-En realidad no hay mucho más que contar.

-¿El escritor Revueltas sabía de todo esto?
-Lo escuchó de un compositor cubano que había hecho una interpretación a su modo de la desgracia que se cernía sobre el coronel.
-¿Se puede hablar con ese compositor?
-Falleció en el momento mismo en el que dio por terminada la canción.
-Entonces, cómo pudo haberla oído el escritor Revueltas.
-El escritor Revueltas no escuchó la canción terminada, sino que supo de su desarrollo y en él, de la tragedia del esperanzado.
-El escritor García, por su parte, cómo se enteró de lo que sucedía.
-Fue después. No lo sé del todo, lo que sí sé es que fue él quien le dio el grado de coronel.
-Esto me hace pensar en que la esencia es la misma pero vista con otros ojos.
-Así es.
-En todo caso, lo que podía cambiar es la forma de existencia de las cosas en contacto con el largo tiempo transcurrido.
-Usted lo ha dicho; el asunto es que todo se fue modificando, menos la tenacidad en la espera.
-¿Se supo algo del mago?
-Dicen verlo cuando alguien se mete en problemas numéricos. No sé cómo es que lo miran, si son generaciones distintas; o quién sabe a quién o qué sea lo que vean a la hora de cortar por la mitad el número uno.
-¿Cortar por la mitad a quién?
-No a quién; dije “al número uno”.
-La unidad partida hacia su atrás que es su adelante... Usted ya me está hablando del Ábrara...
-Tiene razón, no nos salgamos del tema.
-Bueno, prosigamos entonces; gracias al mago y sus números gozaba de buena salud.
-Mmm... no lo sé del todo... más bien... no sé... había noches en que lo vencía la fiebre... según su esposa...
-Pero entonces, la salud era del alma.
-Esa se la curaba el mago Rudecino, con sus mitades y multiplicados de números.
-Pues sí que le daba fortaleza.
-Él decía que los números manejados por el mago eran poesía pura.

-Ah, entonces el coronel sabía de poemas y asuntos de esos. Entonces era amante de la poesía.

-Él siempre, a la menor provocación -bueno no, eso pasaba cuando todavía visitaba a algún amigo-; pero, le aclaraba, a la menor provocación decía versos de un José Stalin, quien según el coronel era un buen poeta rodeado por la injusticia literaria.

-Pero tal vez la fama de ese Stalin más que de poeta era de ser un hombre violento.

-El coronel decía que esa fama era una de las tantas bajezas que le achacaban sus enemigos quienes a su vez eran los verdaderos criminales; y los enumeraba: "borrachos como el viejo asesino que se llamaba Churchill... y otros que invadían territorios ajenos.

En cambio Stalin -asentaba apasionado- por el contrario, era un poeta, y un héroe en defensa de su país, rodeado de espías y traidores. Todo lo que hizo fue en defensa de su patria, fijese, hasta alcanzar la derrota de Hitler cuando la gran guerra, un héroe... y un poeta...

-Y claro, mencionaba algún poema de su héroe.

-Mire, apenas recuerdo aquello de: *Por esta tierra, como un fantasma/ vagaba de puerta en puerta./ En sus manos, un laúd/ que tañía dulcemente./ En sus melodías soñadoras/ como un rayo de sol,/ se sentía la pura verdad / y el amor divino./ La voz hizo latir los corazones/ de muchos,/ corazones que se habían petrificado...* palabras más, palabras menos, y siempre terminaba diciendo: "a ver si el viejo borracho, racista, escribió alguna vez algún poema así, ese sólo mataba e invadía países".

-Así que el coronel no tenía quien le escribiera. Bueno, sí, Stalin.

-Si a esas vamos, Stalin escribía para él y para todos.

-Dígame, le angustiaba mucho verse naufragando en medio de un mar de necesidades... Y nada del pagaré.

-Sí. Nada.

-Nada del cheque, nada del sobre sellado, nada de la carta salvadora.

-Nada.

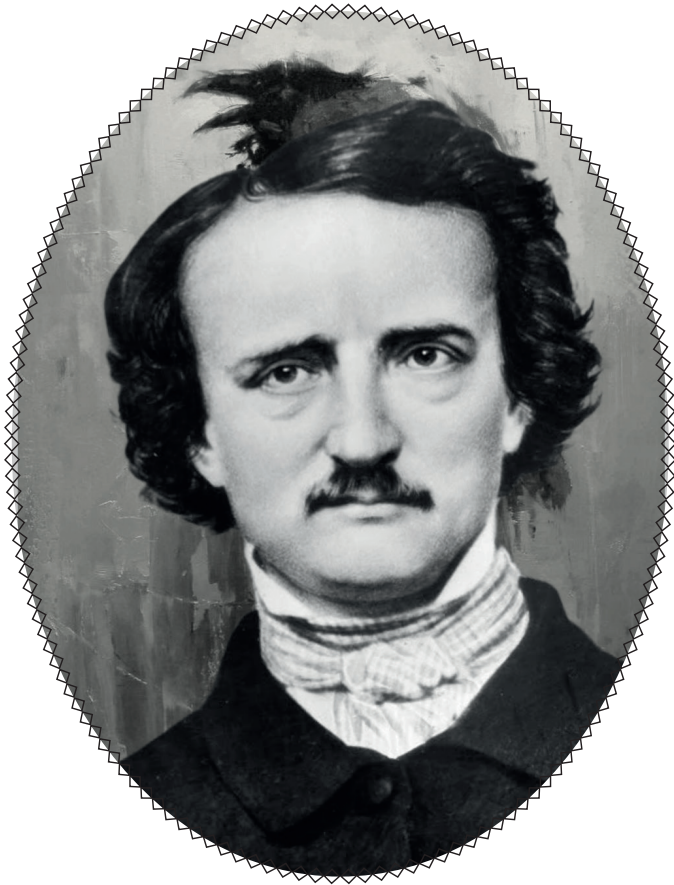
-Dígame por favor, qué sucedió entonces cuando se habló de cerrar el correo.

-Sucedió que de una forma imprudente el coronel tomó de las solapas al dueño del correo, lo sacudió como quiso, con una fuerza descomunal no obstante su edad; estaba ciego de ira, no entendía que ya había llegado la era de las computadoras.

-Seguro que no entendía razones.
 -No tenía oídos para nada.
 -Cómo terminó este embrollo.
 -Se necesitaron varios días de convencimiento. Pero finalmente vino la serenidad, cuando supo que el dueño del correo, atendiendo a los nuevos tiempos había mandado a poner un cibercafé.
 -A poco entendió de qué se trataba eso.
 -Sí, además, en el negocio, siempre había un ordenador para él, sin cobro, y hasta le habían enseñado lo más elemental, apenas para rastrear su esquiva correspondencia.
 -¿Y... cómo sucedió aquello?
 -¿Aquello?
 -Sí, aquello.
 -A sí, aquello. Fue en el segundo día de octubre.
 -De octubre.
 -Sí, en el segundo día de octubre, llegó como en cualquier otro día de sus esperas, se sentó frente al aparato, lo encendió, siguió los pasos que ya dominaba para iniciar su rastreo. Fue cuando de pronto se iluminó la pantalla y aparecieron los signos electrónicos. Leyó lo que la pantalla le lanzaba a la cara. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Estaba estupefacto. Su gesto tenía algo de estremecedor. Volvió de nuevo hacia el cristal luminoso y segundos después se fue derrumbando; como final, dejó caer la cabeza coroneliscia sobre la fría neutralidad del teclado.

7.

1. El pagaré, son cubano cantado por Ñico Saquito.
2. Texto de José Revueltas, "Verde es el color de la esperanza".
3. El pagaré, arreglo mexicano para la voz de Jorge Negrete.
4. Fragmentos de Gabriel García Márquez
5. El pagaré, versión que se cantaba en La Morada de Paz. Ciudad de México.
6. Texto de R.L.M.
7. Espacio para llenar.



Edgar Allan Poe

Reflejos del polígono

En alguno de los ángulos del pentakismyriohexquisquilioletracosiohexacontapentagonalis, el escritor Estañol se encuentra en el trance de dominar la difícil primera mitad de su primera página. Consulta algunos libros que mantiene en cercanía, abiertos, marcados, aplacadas las páginas con alguna regla de metal, recurre también a algunas notas hechas a mano y revisa lo que lleva escrito para domar con mayor eficiencia la enigmática parte de la hoja completándose, el famoso terrífico por elástico y prelaberíntico (para insistir en la paroxitonía) espacio en blanco que hay que llenar donosa y sapientemente. En otro muy distinto ángulo del polígono, Edgar Allan Poe revisa la noticia de su supuesta muerte, recargado en un poste de una callejuela de la ciudad de Baltimore, primera cuadra de La Fayette, cerca de la entrada al viejo cementerio. Lee entre burlesco y preocupado -los rasgos faciales no dan una denotación definida de lo que mueve esos gestos-. Lee, lee la noticia de un alcohólico encontrado en una oscura calle de esa ciudad, ahogándose entre vómito y lodo y luego, sobre su traslado al modesto sanatorio en donde murió (un viejo largo y oscuro edificio de piedra, en donde sólo se atiende a negros y a gente de muy bajos recursos), el Washington College Hospital, donde un doctor Morán asienta que el individuo del caso se encontraba en delirium tremens. Quizá su situación se debió a su inclinación por el alcohol y el opio. El pentakismyriohexquisquilioletracosio... etc., con eso de que nada hay estático en el universo, produce un entrecruzamiento de ángulos que... quizá con la ayuda de las conjeturas y abstracciones de Euler pudiésemos... quizá... El caso es que en los espacios enfrentados de las 56 caras y bajo el efecto de la necesaria energía angular, se produce de pronto una alteración de tiempos y situaciones que permiten el desdoblamiento de los personajes y su entorno. El escritor Estañol, pluma heredera de quienes, felizmente para el resto, proceden de una aguda hipopotomonstrosesquipedaliofobia, lo que permite inequívocamente el benéfico ahorro de tinta, escribe la última frase del párrafo que en estos momentos le entarea: “la imaginación no es sino la distorsión deliberada de la memoria”... Levanta la mirada hacia quien

curioso le observa y desde el sillón de enfrente Edgar Allan le obsequia la luminosidad de una sonrisa.

-Cómo fue aquello del desserts en Baltimore -Pregunta con naturalidad, como si hubiera estado esperando la presencia del otro.

-¡Oh misterio! -le responde Edgar, siempre sonriente.

-Estamos en la Ciudad de México, en el siglo XXI, ¿lo sabes?

-Lo había intuido, ya me esperaba alguna de esas cosas raras que nos pasan a los poetas -Contestó con desparpajo el interrogado.

-Quisiera que volviéramos al episodio de Baltimore.

-Qué es lo que exactamente quieres saber?

Repentinamente Edgar Allan se percata de que está hablando al vacío. El escritor Estañol ya no está frente a él. "Todo fue una visión fugaz, no más que eso, una ilusión óptica", piensa el bostoniano. Se levanta, camina hacia donde creyó haber visto al escritor Estañol. En su lugar se encuentra un mazo de papeles impresos en máquina de escribir, "aquí no han llegado aún las computadoras", piensa. Lee la hoja de encima: Los poetas malditos de México (la epidemia baudeleriana) y las iniciales del autor de ese cerro de papeles, X del C. Se siente dueño absoluto del espacio en el que se encuentra. Se acomoda en el sillón acolchonado del escritor Estañol. Empieza a mover los papeles con el dedo índice...

En la siguiente hoja está impreso el nombre completo del autor, Xorge del Campo. Lo registra y se atreve con el primer párrafo: Ya se ha dicho que hace falta un estudio de nuestro poetas malditos. ¿Quiénes fueron en realidad Bernardo Couto Castillo, Atenor Lescano y otros? ¿Portavoces de una secta literaria exclusivista y fanática? ¿"Gato negro" de la neurosis artística? No lo diríamos bien a bien. Tenemos por cierto, una referencia, que el arte es la hostia de los elegidos, "hecha de pasta de hashish" -dice Jesús Urueta en una carta dirigida a José Juan Tablada y publicada hacia 1893 en "El siglo XIX" con el título de Hostia-, de panales de Himeto, de lo que usted quiera, pero siempre hostia. Jesús Urueta se queja aquí con Tablada de la existencia de poetas en México que siguen las malas enseñanzas de individuos como Poe, Baudelere y otros, y les llama con desprecio y escándalo: la epidemia baudelariana, la que recibe una reacción violentísima de muchos periodistas de la época, guardianes imperturbables de las buenas costumbres de la familia mexicana.

A Edgar Allan le despierta interés el rimero de hojas que está leyendo y su asociación con el apellido Baudelaire y decide continuar. Nunca antes había oído los nombres que ahora está descubriendo y algo le hace sentir como si estuviera respirando dentro del cuerpo espiral de un largo eco. Con la ayuda de los tiempos trastocados por el pentakismyrio... por el polígono, en el siglo de un minuto, Edgar ha leído ya todo el legajo en tan solo la eternidad de una hora. Tiene varios nombres registrados ya en la reciente memoria. Se levanta después de haber cercenado un fragmento de aquellos papeles para guardarlo en una bolsa de su saco. Lo dobla en la parte que dice ... *la euforia deliciosa de un ensueño inefalbe/ cuando sueño con ella, que a mi lado temblaba/ llena de hondos temores y en su seno albergaba/ junto al Cristo sagrado, mi cabeza culpable...* Sale a la calle y busca su nombre para ubicar el sitio en donde ha estado. En la placa clavada en la esquina lee que se encuentra en la calle de La Fayette cerca del cementerio en donde se ubica su propia efigie. Cuadras adelante, en pleno cruzar de tiempos (¿Siglo XXI? ¿Octubre de 1849? Polígono con sus 56 lados y sus correspondientes ángulos actuantes), el neurólogo Estañol cruza del John Hopkins Hospital, hacia el viejo edificio que alberga al Washington College Hospital. El neurólogo Estañol coincide con Arno Karlen. Estañol asienta que se ha cometido una injusticia con el poeta al tenerlo como alcohólico, eje de libertinajes, se asoma al diagnóstico de Karlen en el sentido de que el personaje de esta historia “carecía de la enzima hepática alcohol-deshidrogenasa, la que detoxifica el alcohol de la sangre. Considera también, el neurólogo Estañol, y así lo asienta, la hipótesis de que Poe sufría ataques de una forma de epilepsia no convulsiva que se desencadenaba con la ingesta de alcohol, una forma de epilepsia del lóbulo temporal, que se caracteriza por desconexión, incoherencia y automatismos motores de la boca y las manos y de ahí su extrema sensibilidad al alcohol, “sin que fuera el alcohólico que la leyenda ha creado injustamente”.

Ahora Edgar Allan Poe, en su tiempo, dueño de los tiempos, discute con uno de sus críticos que le ha acusado de plagiarlo a la vez que le recrimina y le asegura que el horror en la literatura no ha sido creado por él, que procede de Alemania.

-Yo se lo afirmo -sostiene el crítico- el horror viene de Alemania...

-El horror -responde Poe con los ojos clavados en la lejanía- viene del alma.

“El horror viene del alma”, lee el escritor Estañol en su estudio, de donde no se ha movido desde hace varias horas. Levanta la vista para descansar un poco. Ve con extrañeza que ha desaparecido de su sitio el búho que desde hace tiempo lo ha acompañado como adorno del mobiliario. En su lugar canta levítico un ruiñeñor con acento de tiempo mientras un vibrante colibrí toca con su pico la vidriera.

Entre torre y alfíl

El ajedrecista de La Ciudadela

Abrir un libro del maestro Bruno Estañol siempre es iniciar la gran aventura: Un Grijalva con su Nilo; un Dniéper con su Tíber, caudales que llevan tiempos cuadrículados y vidas multiplicadas, geometrías que laten y sumas que se convierten en la narración del agua, eso es cada libro suyo.

Eso que hemos experimentado con sus títulos anteriores es lo mismo que nos pasa ahora con su novela más reciente, *El ajedrecista de la Ciudadela*. La trama entrecruza situaciones y personajes del pasado y de este presente que con tanta rapidez tramontamos.

Magnífico escritor al igual que renombrado neurólogo, cómo no le iba a arrebatarse para su novela una figura como Swedenborg, y con él inicia una obra en la que las almas que deambulan por la misma deciden su boleto final hacia el cielo o al infierno, según la tendencia de sus regocijos.

En el entramado, los estudiosos e investigadores (los científicos del XV y el XVI apasionados investigadores e inventores científicos al final se inclinaron por la teología) intentan, cómo sucedió en la realidad, tocar el rostro de Dios. En ese entramado también se entretienen memorias personales y recuerdos de un México que vivió ayer, pero que sigue viviendo hoy, ¿o no es cierto Café La Habana?, en el que deambulan personajes reales como aquel heresiarca Richard Raséc, que salía anunciado en los periódicos o el librero Lazlo Mussong. Nostalgias del autor a las que llama a estar presentes junto a las luchas por la razón, épicas de Swedenborg, Spinosa, Pascal, quien incluso se parapeta, este último, en las leyes del raciocinio, sí, pero borda un corazón de fuego en el interior de su saco.

Y en la novela las viejas calles transitadas por aquellos años y La Ciudadela, fortificación tomada por los ajedrecistas, a la que Bruno Estañol convierte en escenario para homenajear a quien fuera nuestro más grande ajedrecista, Carlos Torre Repetto y quien no llegaría a ser campeón del mundo nada más porque en una partida le ganó la locura. Quizá en el interior de su saco no se bordó el corazón de fuego de Pascal.

Después de hacernos una extensa relación de cómo los científicos de los siglos a los que me referí (auténticos padres de la ciencia) trataron de encontrar a Dios por medio de la razón, y de cómo, en contrapunto, varios de los grandes ajedrecistas del mundo perdieron la razón frente a su Dios, representado por 64 cuadrados y 32 piezas, el escritor Estañol nos trabaja hábilmente para su final.

El final no se dice. Se reserva para el lector. Sólo mencionaré las palabras últimas del tomo:

Mi vida de jugador me ha enseñado a perder.

No a saber perder, eso es imposible, sino a aceptar el hecho de que es inevitable perder. Al fin y al cabo todos somos perdedores porque la vida siempre se pierde.

-Jaque. Incline su rey sobre el tablero.

Cerramos el libro. Al cerrarlo se produce una extraña sombra que parece dibujar en el lúmino reojo, el perfil de Carlos Torre Repetto. Dios inclina su rey sobre el tablero y se levanta.

La anterior, fue una sugerencia, cada lector de este espléndido libro tendrá la suya.

Cuatro encuentros

PRIMER ENCUENTRO

-Los poetas rompemos esa aparente cerrazón del presente. Aunque no nos publiquen, aunque los editores o comerciantes de libros digan que no se vende la poesía -¿Cuándo se ha vendido realmente?; lo digo con bisemia, en un doble sentido-, ella entra despacito por debajo de las puertas, de los vidrios, de las ventanas, y se queda tranquila. Así la poesía es fisura y rompe con esa aparente confusión interminable. Aparentemente, ya lo he dicho en otra ocasión, las palabras fax o stock han reemplazado a la sílaba preciosa. Pero sucede que la poesía se hace con palabras y las palabras tienen sílabas. Los poetas silabearnos el mundo y al silabear respiramos y hay un neuma ígneo, como diría el viejo Heráclito, que funciona ahí.

-Siempre he dicho que este es el premio de conversar contigo; siempre se aprende algo, y además, teniendo la belleza como pupitre.

-Bueno, esa gentileza tuya...

-No es gentileza, siempre hemos sostenido los amigos, allá en México, que conversar contigo establece dos líneas paralelas, la primera...

-Espera, no sigas, en este caso deja que te explique...

-Sé lo que digo y los "cuates" allá están de acuerdo con mi afirmación.

-Sólo que esta vez...

-Esta vez has vuelto a hablar como siempre; estaríamos apartándonos de lo usual si no.

-Sólo que esta vez -y es lo que no me has dejado que te explique-, lo que escuchaste no son palabras mías.

-¿Cómo...? Sí ahí estás tú, como siempre, rompiendo la "aparente cerrazón del presente".

-No, Daniel...

Daniel se detiene, grueso todo él, de cuerpo y de espíritu, atento a lo que trata de explicar el poeta Villaseca.

-Estas palabras son hechas mías, claro, pero son palabras que escribió Gonzalo Rojas para una contraportada de este joven poeta que te presenté hace unos minutos.

-Mario...

-Sí, Mario, quien recopiló el trabajo de siete jóvenes de su taller literario para integrar el libro que saludó Rojas de esa manera

-Mario, sí... el muchacho que saludamos hace rato, Mario, ¿Mario qué?

-Nandayapa, el apellido es legítimamente chiapaneco, esa palabra en español quiere decir arroyo verde.

-Nan-da-ya... pa.

-Sí, Mario Nandayapa, de hecho doctor ya, el doctor en letras Mario Nandayapa; vino a hacer su doctorado aquí a Chile, y las palabras que dije las escribió Rojas para la contraportada del espléndido libro organizado por Mario con la obra de sus siete talleristas, y aquí vuelvo a tomar las palabras de Gonzalo: "libro donde siete poetas maduran lentamente en la caída vertiginosa de la palabra bajo el sabio consejo de Mario Nandayapa que, como Virgilio, conoce el infierno más que el paraíso".

-Otra vez los poetas chiapanecos. Y de las chiapanecas, qué me dices de las chiapanecas.

-Bonita pieza, internacionalizada desde hace mucho.

-Y luego de la broma, qué.

-Rosario Castellanos.

-Indudablemente, pero me acabas de presentar a Nandayapa...

-Sí, sé de lo que preguntas; hay varios nombres, Yolanda Gómez Fuentes, las hermanas Trejo Sirvent, Clara del Carmen Guillén, Marirroz Bonifaz, y otras de auténtica calidad literaria... Margarita... Alegría da en verdad constatar esta continuidad luminosa.

El poeta Juan Bautista Villaseca y el doctor Daniel Martínez Montes conversan en el interior de *Il Bosco*, el viejo, el tradicional, el clásico *Il Bosco*. Aquí, estas paredes fueron testigo de aquellas bohemiadas en las que se reunían poetas y periodistas de izquierdas y derechas, todos en el mismo hervidero.

-Sí, Daniel, precisamente me acaban de contar una escena que me hubiera gustado gustar en plena plenitud. Me relataron de cuando la poeta Estrella Magín, aquí mismo, en una noche delirante, dio a gustar de sus senos al escritor Vicente Parrini y a otro poeta amigo suyo, prendidos ambos de cada exuberancia, como si Rómulo

y Remo hubiesen sido a las orillas ya no del Tíber, sino del propio Mapocho. Los tres, succionadores y succionada, perfectamente ebrios. Ah, por qué las dichas nos llegan siempre a medias. Por que gozarlas a través de un relato es gozarlas a medias.

-A medias y a destiempo.

-Aquí mismo me relataron apenas, otro episodio que me pareció muy de la Morada de Paz. Un periodista de apellido Inostroza escribió acremente sobre un poeta de nombre Hernán Cañas, calificándolo de “poeta menor”. Cañas se lo encontró en la barra y se dio a insultarlo. “Folletinero” era lo menos que le vomitaba con desprecio. “Vulgar folletinero” le espetaba junto a un nutrido rosario de agravios verbales de todos los calibres. Llegó el momento en el que Inostroza no aguantó más y se dirigió iracundo al que le insultaba; con un severo puñetazo obsequiado entre madre y oreja -como se dice en México- hizo que rebotara el cuerpo del vociferomanoteador, primero sobre una mesa y de ahí sobre dos sillas, derribándolas estrepitosamente; el periodista insistió sañudo sobre su presa para instalarle otro soberano marrazo, tan descomunal, que hizo que el cuerpo de Cañas volviera a alterar la posición de otra de las mesas con todo y el sillerío correspondiente. Luego, en medio de aquella contundencia, alcanzó al maltrecho Cañas, lo tomó de las solapas y ante el asombro colectivo lo levantó por los aires para azotarlo sobre el suelo. Algunos creyeron que lo había matado. Ante el humillado cuerpo, desmadejado sobre el piso sanguinolento, Inostroza todavía se dio el tiempo para arreglarse la corbata, tomar del brazo a la mujer que lo acompañaba y salir del local, erguido y displicente. Iba saliendo Inostroza cuando los parroquianos escucharon cómo desde el suelo, desde un cuerpo perfectamente deshilado, se rehacía la furibunda voz de Cañas para gritar rencoroso, con mayor encono aún: “¡Folletinero!”. “¡Así es como huyen los cobardes!”.

Rie Martínez Montes de buena gana. -Tienes razón, es toda una escena digna de la Morada de Paz.

El poeta Villaseca, acaba de dar en la Universidad Católica una conferencia más de su serie sobre la vida y la obra del mexicano Ramón López Velarde. Ahora, la conversación de él y Martínez Montes ya rueda por la Alameda, ya recorre las dúas cuadras que los separan del cerro Santa Lucía, ya asciende, ya retorna a la barra en donde se encuentran los dos amigos que han viajado desde México, cada uno traído por su propio vértigo de imágenes.

-Yo, Juan Bautista Villaseca, tiendo una vez más el velo inconsútil, ahora en tierra chilena, para intentar de nuevo la captura de los fantasmas lopezvelardeanos.

-Yo, Daniel Martínez Montes acudo aquí, a Santiago, a la invitación que se me hizo para un encuentro internacional sobre espiritismo; quién sabe a quién se le ocurrió invitar a un viejo cascarrabias para que viniera a refunfuñar sus cosas sobre el tema; quién sabe quién les dijo que ese viejo cascarrabias era yo.

Conversan los dos con entusiasmo, de pie, frente a una barra que mantiene frente a ellos dos tazas humeantes. Los dos celebran el haberse encontrado de manera tan sorpresiva a tantos kilómetros de su lugar de origen.

Rebosan con su entusiasmo los interiores de *Il Bosco*, frente a la iglesia de San Francisco, entre San Antonio y Estado. De día se reúnen aquí algunos poetas y periodistas; de noche toda esta atmósfera se vuelve densa y hasta peligrosa. No en vano acerca de esta zona escribió Nicolás Guillén: *Cerro Santa Lucía/ tan culpable de noche./ Tan inocente de día*. Guillén. Guillén. La plazoleta en donde se encontraba la ex Pérgola de las flores, se llena de patines taloneando el oficio, ahí mismo, donde la gente aborda la micro para dirigirse a sus hogares hacia el oriente de la ciudad.

-Así que a eso viniste, a un encuentro internacional sobre espiritismo, don Daniel.

-Quítale el don, porque suena a campana.

-¿Sabes una cosa?, siempre que me hablan de espiritismo, pienso que el poeta es una especie de médium potestativo.

-Si utilizara la *tiptología por movimiento* ahora, con un golpecito sobre la barra te diría que sí, con dos, que no; así es que asiento a tu expresión y sólo doy una vez con los nudillos, ¿qué te parece?

-Un tanto adulador, como siempre, cuando digo algo.

-Si te molesta, daré dos veces sobre la mesa y de aquí mismo me arranco a Rancagua y tú a Valparaíso y se acabó.

Los dos ríen estentóreamente.

-Yo también tuve trato alguna vez con espiritistas -dijo Villaseca- y eso de la tiptología no era tan simple, conocía el procedimiento de otra manera...

-Sí -interrumpió Martínez Montes- si se le asignan a cada letra del alfabeto cierto número de golpes, se pueden obtener palabras completas, como en el juego de la ouija, pero los espíritus más

desarrollados prefieren comunicarse por medio de la psicografía.

-Ah, de nuevo el cerebro y la palabra, escrita o no, con la imaginación en medio. De nuevo la poesía.

De la Alameda llega un aroma a fresco abriéndose paso entre la polución ambiental.

-Poesía es la que todo lo crea desde el cerebro del hombre. -Insiste Juan Bautista.

-Sí, porque finalmente como dices, y aunque te “moleste” que esté de acuerdo contigo, la poesía está en lo que tocamos, en lo que respiramos. En medio de un mundo tan abrupto se vive paralelamente el mundo de la poesía sin que nos percatemos de que ahí está, presente en todos nuestros actos y que también actuamos dentro de ese mundo.

-No “también”, sino que actuamos dentro de ese mundo. Cuando nos salimos es cuando sobreviene la tragedia apresurada por el primate. Y ahí ha estado también, en la estrepitosa hecatombe de Troya y ahí estuvo, en los ensangrentados canales de Tlatelolco, cuando el derrumbe del universo mexica y también en el Tlatelolco del siglo XX.

-Y ahí estará, en el derrumbe de nuestro universo todo.

-Pues... sí... la falta de poesía no sólo destruiría la tierra... ¡Claro!, también el universo, pues, ¿en dónde estaría entonces el hombre para dar fe de que el universo existe...

-Ajá... un marxista recurriendo a los sofismas del obispo Berkeley...

El halo de la Alameda aletea lívido, álgido.

SEGUNDO ENCUENTRO

En medio de la conversación enrojece el ocaso. Martínez Montes le propone a quien para él es uno de los poetas mexicanos más importantes del siglo XX, que se encuentren al día siguiente para aprovechar la estadía de ambos en Santiago; “¿en qué sitio?” pregunta Villaseca. “¿En dónde puede ser?”, responde el doctor Martínez Montes, “antes de venir a tu conferencia sobre don Ramón me enteré de que aquí, en esta ciudad tan al sur de la nostalgia, la Casa del Escritor lleva el nombre de Ramón López Velarde, precisamente”.

Horas después los dos amigos conversan en los interiores de la Casa del Escritor. Un caserón antiguo, ubicado prácticamente en el Santiago histórico. En este segundo encuentro, la ráfaga de aire atraviesa la Plaza Italia y rodea a los conversadores después de haberse paseado tan campante sobre las aceras de la calle Simpson.

-¿Y no sabes por casualidad si López Velarde era espiritista?, acuérdate que se decía que Madero lo era y que bajo esos influjos se lanzó a derrocar a don Porfirio. La gran fuerza del espiritismo se inició en el siglo XIX, tiempos que a ellos les tocaron muy de cerca.

-Yo diría más bien, que López Velarde no era espiritista, era espiritualista.

-Bueno los literatos, no por serlo, están tan lejos de algunas prácticas del espiritismo, y hasta se podría decir de algunos escritores que... -se dirige a Villaseca con cierta sorna y abunda- Conan Doyle, mientras escribía las aventuras de Sherlock Holmes, asistía por las noches a complementar con su presencia las *cadena fluidicas* e incluso llegó a practicar la pneumatografía.

-De qué se trata eso.

-Fácil cosa, sobre un retrato, sobre el medallón del fallecido al que se quiere contactar, sobre su tumba misma, dejas un lápiz y un papel y al cabo de un tiempo regresas para ver el mensaje que haya dejado escrito.

-Ah, -interrumpe Villaseca en tono burlesco pero afectuoso- buen procedimiento para darle oportunidad al poeta fallecido de hacer el poema que tenía pensado antes de morir y que ya no pudo rayonear en su cuaderno.

-Ayer que me presentaste a... a Nandayapa, pensé en lo poetas chiapanecos escribiendo allá en sus selvas cada vez más taladas, a la orilla de sus ríos, cada vez más contaminados. Pensé en ellos, en sus paisajes. No sé si te acuerdes de Paz Lócera -evocó Daniel mientras llegaba a ellos una nueva onda del viento-: "Señor,/ aquel caballero triste/ que a cambio de amargura/ un ánfora le diste/ repleta de esperanzas/ de amor y de ternura,/ aquel que en tu santuario/ lloró todas sus penas/ contó todas sus cuitas,/ llevar el rostro enjuto/ nuevamente le he visto,/ nevados los cabellos/ los ojos sin destellos/ y con el alma en luto./ Pues, Señor,/ para aquel caballero triste/ el ánfora que tú escogiste/ estaba rota".

-Buena memoria –apunta Villaseca.

-Nunca como la tuya –asienta Martínez Montes.

-Oh, los elogios mutuos...

-Bueno, pues salió a colación porque esto que acabo de recordar es una de las tantas versiones de *El ánfora rota*, de las demás versiones, en Chiapas todos los que las repiten dicen que la suya es la verdadera. Entonces se me antoja que alguien estuvo practicando la pneumatografía para darle oportunidad al autor a que regresara del más allá a corregir una y otra vez su poema.

Como si en ese momento estuviera llegando de muy lejos, cortando abruptamente el tema, Villaseca dice con tono de interés, “así es que esta es la Casa Ramón López Velarde, la Casa del Escritor...”

-Así es, se inauguró el 17 de septiembre de 1963, con un discurso de Pablo Neruda.

-¿Cómo es que lo sabes?

-Porque eso dice la placa de ahí enfrente –Responde Martínez Montes con sonora carcajada.

-Se inauguró con un discurso de Pablo Neruda... creo haber leído algo de eso.

-¿Otra vez a presumir de la memoria de elefante?

-Si de eso se tratara, te relataría ahora mismo... Obregón... Vasconcelos... sí, te lo contaré ahora.

-A ver, a ver...

-Se trata de una anécdota con relación a López Velarde que repetía el poeta Rodolfo Mier Tonché, refiriéndose justamente a las memorias fotográficas, esas a las que llamas memorias de elefante.

-Escucho mi querido Juan.

-Resulta que cuando falleció nuestro poeta, el entonces secretario de Educación Pública de México, José Vasconcelos, le informó al presidente Obregón: *acaba de morir López Velarde*. Obregón, como todo buen político mexicano, no tenía muy claras las dimensiones del reciente fallecido, entonces sólo se le ocurrió preguntar “¿Y...?”. Vasconcelos abrió el libro que llevaba en la mano y repuso: “el que escribió: *Yo que sólo canté/ la infinita partitura del íntimo decoro,/ alzo hoy la voz a la mitad del foro,/ a la manera del tenor que imita/ la gutural modulación del bajo/ para cortarle a la epopeya un gajo...* Al darse cuenta Vasconcelos del interés que había despertado en Obregón decidió leer completo el largo poema. Cuando terminó Obregón mandó a reunir a su gabinete y ya frente a ellos les dijo

con gesto compungido y ceremonioso: “les he mandado a llamar para informarles que, lamentablemente, hoy murió el poeta López Velarde”, y continuó, “aquel que dijo: *alzo hoy la voz a la mitad del foro/ a la manera del tenor que imita/ la gutural modulación del bajo, para cortarle a la epopeya un gajo./ Navegaré por las ondas civiles con remos que no pesan/ porque van/ como los brazos del correo chuan/ que remaba la Mancha con fusiles./ Repetiré con una épica sordina,/ la patria es impecable y diamantina...*”, y ante el desmesurado asombro de Vasconcelos, repitió el poema casi completo. Eso es memoria mi querido Daniel. Eso sí es memoria, lo demás son... tú ya sabes.

-Y al hecho de repetirme completa la cuarta de forros del libro de Nandayapa ¿cómo se le puede llamar? -Repuso Martínez Montes agitando frente a Villaseca el enorme corpachón que normalmente cubre con una gabardina blanca.

-Eso es algo efímero.

-Eso es memoria.

-Es algo efímero. -Insiste Villaseca con su rostro ovalado, sonriente, con una sonrisa que le achina los ojillos con cierta picardía.

-Pero ahora... ibas a decirme algo sobre el discurso de Neruda.

-Te digo que creo haberlo leído por las fechas en las que se inauguró este recinto.

-1963.

-La poesía de López Velarde ha ido de alambique en alambique destilando la gota justa de alcohol de azahar, se ha reposado en diminutas redomas hasta llegar a ser la perfección de la fragancia. Es tal su independencia que se queda ahí dormida, como en un frasco azul de farmacia, envuelta en su tranquilidad y en su olvido. Pero al menor contacto sentimos que continúa intacta, a través de los años, esta energía voltaica. Ninguna poesía tuvo antes o después tanta dulzura, ni fue tan amasada con harinas celestiales. Pero bajo esta fragilidad hay agua y piedra eterna. Cuidado con engañarse. Cuidado con superjuzgar este atildamiento y esta exquisita exactitud. Pocos poetas con tan breves palabras nos han dicho tanto y tan eternamente, de su propia tierra.

-No... ching... -Martínez Montes con cara de asombro.

-Pues sí, creo que lo recordé.

-¡Son las palabras del discurso!

-Unos parrafillos nada más.

-Es que no puede ser posible...

-No es nada del otro mundo Daniel, recuerda que soy chileno y mexicano al mismo tiempo. He estado en contacto siempre con estos textos. Ya te he platicado que mi padre era un destacado cirujano chileno, hombre de gran cultura; de niño me impresionaba y ahora que lo recuerdo me impresiona más. Yo nací en la ciudad de México, de madre mexicana, también de buena memoria, pero de él heredé la profesión de médico y la tonelada de libros que se llevó para allá... y que los leía ¿eh?, me consta que los leía.

...Por eso esas disertaciones tuyas sobre Huidobro... Sobre Neruda...

-Crecí con ellos, leyendo sus obras, así como crecí leyendo las obras del “tal don Ramón”.

-Oye, se me ocurre... ¿y si organizáramos una sesión espiritista con la gente que me invitó al encuentro y los hacemos conversar a los tres, Ramón, Vicente, Pablo?

-Qué interesante que pudieran hablar los espíritus de los poetas, traerlos al más acá.

-Varios lo trataron de hacer. Te diré, tengo una lista de no pocos poetas que creían en todo esto del espiritismo. ¿Empezamos?

-No, déjalo así, seguramente que eran plagarios en potencia que querían ver cómo se aprovechaban del más allá.

-Y no sólo los poetas

-Algunos...

-También científicos como Edison y otros de esa talla

-Y algunos...

-¿Y si pudiéramos hablar con Nicanor, por ejemplo?

-Inténtalo y después de tu conferencia me platicas qué te dijo.

-Es mañana, a la misma hora de tu última cátedra sobre el poeta.

-Regreso dentro de dos días a México, quizá mañana nos podamos ver y platicarnos cómo nos fue a cada quien. Citémonos en algún punto.

Acuerdan el sitio en el que se encontrarán mañana. Saben que si parten del norte, que si del sur, que si de cualquier punto, sus pasos representarán inevitablemente la unidad de este vasto territorio que empieza desde el Río Bravo, que empezaba desde mucho más al norte y que tierra se extiende más allá de los océanos.

Palabras cúlmines del discurso de Neruda sobre López Velarde: “En la gran trilogía del modernismo es López Velarde el maestro

final, el que pone el punto sin coma. Una época rumorosa ha terminado. Sus grandes hermanos, el caudaloso Rubén Darío y el lunático Herrera y Reissig, han abierto las puertas de una América anticuada, han hecho circular el aire libre, han llenado de cisnes los parques municipales, y de impaciente sabiduría, tristeza, remordimiento, locura e inteligencia los álbumes de las señoritas, álbumes que desde entonces estallaron con aquella carga peligrosa en los salones.

“Pero esta revolución no es completa, si no consideramos este arcángel final que dio a la poesía americana un sabor y una fragancia que durará siempre. Sus breves páginas alcanzan, de algún modo sutil, la eternidad de la poesía. Isla Negra”.

TERCER ENCUENTRO

Una sombra espera en una esquina de Monjitas. La otra, la de Martínez Montes, se acerca, pesada, sobre la acera de Enrique Mac-Iver. Los dos amigos se saludan con un abrazo y echan a andar. Parten de Mac-Iver y Monjitas. Los dos se adivinan los pasos; son sus últimas horas en Santiago y ambos saben sin decírselo que se dirigen a la Plaza de Armas, atraviesan por lo ancho la Cerrada de Doctor Dusci, después San Antonio, Phillips, hasta alcanzar Paseo 21 de mayo para entrar a la Plaza. Pueden continuar sobre 21 de mayo que luego cambia de nombre, y ya sobre Estado cruzar Merced, Paseo Huérfanos, Agustinas, Ramón Nieto y llegar a La Moneda, lugar de incontables acontecimientos vivos. Deciden hacer pie en la Plaza de Armas, la tan cargada de historia.

-Probablemente no dejé una buena imagen con los congresistas de esta mañana. -comenta Martínez Montes- Pero bueno, no creo que hubieran esperado de mí otra cosa cuando me invitaron.

-Es algo efímero -repite Villaseca con su cara ovalada, risueña, dueña de una ligera burla cariñosa.

-Mira, poeta, a ustedes, los que sufren esa locura de inventar un mundo paralelo al que ya existe y se atreven a querer vivir dentro de él, escapándose de la realidad...

-No es cierto, es cuando más reales somos, los irreales son los que creen que son ellos los que viven en la realidad, porque permanecen dentro de los esquema rígidos de las condiciones a que han sido sometidos culturalmente.

-Bueno, pues se trata de que hoy en la mañana les hablé del escapismo, más bien, del gran escapista que fue Houdini.

-El mago Houdini. El gran Houdini ¿Y qué relación tiene Houdini con el congreso de espiritistas?

-En que él fue el gran detractor de los mitos, trucos y engaños que inventaron los espiritistas, desde las hermanas Leah, Kate y Margaretta Fox.

-Sí, las canadienses aquellas que timaron a centenares de neoyorkinos ingenuos...

-Desde ellas, consideradas en la segunda década del XIX como las madres del espiritismo, hasta ese gran embustero, Daniel Dunglas Home, verdadero embaucador de las buenas conciencias. Les hablé de hombres de ciencia como Lombroso, que fracasaron al intentar descubrir los montajes de los que se “conectaban” con el más allá.

-Entonces tenía que ser un gran héroe del escapismo, un gran actor, un ilusionista del mayor efectismo, un autor de trucos más elaborados que los de los otros...

-Claro, así fue, el gran talento de Harry Houdini hizo quedar en ridículo las artimañas que habían dado tanta fama a conocidos escénografos del espiritismo como aquella famosa señora Guppy, o la bella Florence Cook, o Katie King, o Eusapia Palladino... tantas y tantos...

-Pero veo con regocijo -otra vez aparece la sonrisa ovalada de Villaseca- que tus compañeros de mesa no te colgaron...

-Me escapé por uno de los ventanales que dan para Las Condes, explica Martínez Montes bromeando.

-Deberíamos tener en todas partes un Houdini para los asuntos políticos, otro para los religiosos, otro para los económicos, otro para los policíacos, otro para los deportivos... y así... ir desenmascarando charlatanes. Un mago para cada caso que desnudara farsantes en todas las actividades.

-Y entonces andaríamos todos encuerados, bueno... menos los poetas...

-No habría necesidad de ningún Houdini para nosotros, los poetas estamos acostumbrados a encuerarnos solos...

-Del alma... del alma...

-De todo.

-Y así, encueraditos del alma... y de todo... siguen inventando cada cosa que hay que echar mano de nuestra mejor buena fe para creerles, como aquel episodio que platicaba Nazario Chacón Pineda sobre un tal general Charis de por el rumbo de Juchitán. Así, ¿quién le puede creer a los poetas? -Pregunta Daniel en una actitud de fingida polémica.

-Estaba el general Charis a punto de ser fusilado... -Rememora Villaseca.

-Estaba el general Charis a punto de ser fusilado, según Chacón Pineda...

-...antítesis del abstemio, ante quien Baco se queda como aprendiz de bohemio.

-...cuando viril todo él, pecho inflamado de heroísmo, pidió un último deseo al comandante que daba órdenes al pelotón. "Quiero dirigir mi propio fusilamiento". El comandante accedió. En el frente el pelotón en un flanco el comandante. Entonces Charis levantó la voz marciana y ordenó: "¡Preparen armas! Se oyó el cerrojazo múltiple de los fusiles. Vino la segunda orden: "¡Apunten!". Los soldados se pusieron en posición de disparar. Entonces entró en juego la astucia forjada en mil batallas. Charis, dio dos órdenes como relámpago: "¡Flanco derecho!" "¡Fuego!". El proyectil del soldado que se encontraba en el extremo derecho del pelotón penetró entre dos costillas del costado izquierdo de su comandante; el soldado que le seguía, le dio al primero en la nuca; el que le seguía le dio al segundo en la nuca; el que le seguía le dio al tercero en la nuca; el que le seguía le dio al cuarto en la nuca; el que le seguía... Comandante y pelotón se aniquilaron en un segundo. En una sincronización perfecta. Hubo una segunda sesión de tiros, más bien uno sólo. El último del pelotón se suicidó. Disciplina militar, ni duda cabe, cumplida ejemplarmente. El general Charis se retiró del paredón, tan fresco él, a memorizar el suceso para sus nietos cuando los tuviera y que algún buen espiritista lo quisiera traer a él del más allá para contárselos.

-¿Eso decía Nazario Chacón Pineda? Sí, eso decía.

-¿Y así quieren los poetas que se les crea? -Reclama Daniel sonriente.

-Si así lo contaba -y así se lo oí muchas veces- ten por seguro que así pasó. -Repone Villaseca, ceremonioso.

Lo narrado les recuerda irremediablemente las plazas de armas de las ciudades mexicanas, por donde rodaron también muchos episodios revolucionarios.

-Esto de las plazas de armas. -Evoca Villaseca- ¿Te acuerdas de aquel fragmento de Miguel N. Lira, en el Corrido de Catarino Maravillas?

-A ver si es esto: “Ciudad de bandera al aire/ y calma presidencial;/ El Sagrario, los Portales,/ el Palacio Nacional,/ el Zócalo, en el que cabe/ la más recia tempestad...”

Pueden caminar unas cuantas cuadras más, hacia La Moneda, lugar de incontables acontecimientos vivos. Pero prefieren conversar en la Plaza de Armas, la tan cargada de historia. Mañana, uno de los dos volará a temprana hora. ¿Quién retornará al tiempo? ¿Quién a la distancia?

CUARTO ENCUENTRO

Martínez Montes ha decidido viajar del Aeropuerto de la Ciudad de México a la Morada de Paz, como lo hacen por costumbre todos los que llegan de viaje y que forman parte de esa cofradía. Antes de ir a sus hogares pasan a saludar a los amigos en ese punto bohemio de la capital mexicana, en la Calle de los Donceles.

Llega a la Morada. Lo primero que le da en el rostro como una fuerte pedrada, es la noticia de que anoche falleció el poeta Juan Bautista Villaseca y que durante el mediodía de hoy ha sido sepultado en el panteón de San Isidro, en Azcapotzalco.

-¡No puede ser!, grita sintiendo que se encuentra agarrado apenas por un ganchito de la razón.

-Sí, venimos de enterrarlo -explican los reunidos: el pintor Carlos Humberto Valencia, el poeta Nazario Chacón Pineda, el periodista Renato Leduc, el compositor Alberto Elorza; la muralista Aurora Reyes, el cronista Villela Larralde, la folklorista Concha Michel, la periodista Magdalena Mondragón, el guitarrista Helguera... el

político... la historiadora... el dramaturgo... el actor... el caricaturista... Venimos de Azcapotzalco, venimos de darle sepultura.

-¡No! -Exclama en el desconcierto total Martínez Montes-. Eso no puede ser, lo acabo de dejar en la ciudad de Santiago, fue a Chile a dar una serie de conferencias sobre López Velarde.

Todos lo miran como si hubiera perdido la razón, como si el ganchito al que todavía se agarraba se hubiera desprendido ya de la cordura.

-Anoche conversé con él en la Plaza de Armas de Santiago y un día antes estuvimos en la Casa del Escritor y un día antes tomamos café en *Il Bosco*.

-¿En *Il Bosco*? -Interroga el periodista Ernesto Carmona, chileno que se sabe su tierra de memoria.

-¡Sí, en *Il Bosco*, ahí tomamos café y platicamos por varias horas.

-Pero si *Il Bosco* hace tiempo que no existe, más de veinte años, quizá, o más, mucho más. En ese lugar hay ahora pequeños comercios sin gracia y en frente el Plaza San Francisco, de una transnacional hotelera. -Explica otro chileno ilustre, Víctor Pey, editor de *El Clarín*, el diario izquierdista de Santiago.

-Pues ahí estuvimos, ahí platicamos Villaseca y yo hace apenas unas cuantas horas; ¡Ahí estuvimos, mientras ustedes estaban en la luna o quién sabe en dónde!

Martínez Montes deja a sus amigos sumidos en medio de una profunda mortificación. Todos se sienten preocupados por él. Él se encuentra aturdido total, como si flotara en otra dimensión. Se ve tan real la actuación de todos. Pero, qué caso tiene esta representación de tan mal gusto. Sin embargo ellos, dan detalles precisos del cortejo, del ataúd... de las oraciones fúnebres...

Ahora está sólo, encerrado en su biblioteca. Confundido. ¿En qué momento enloqueció el mundo? Cuando regrese Villaseca de Chile le platicará de esta mala broma que le están jugando: piensa que para entonces todo será risa y él le mentará la madre a cada uno.

De uno de sus librereros toma un título de Villaseca; lo abre con lentitud; se detiene; recuerda algo del diálogo con Juan Bautista en el interior de *Il Bosco*.

-Y tú, ¿nunca has sentido tentación por acercarte aunque sea un poco a eso del espiritismo?

-No, de la poesía nace todo y todo vive y muere en ella.

-Yo también creo en eso.

-Hasta que la poesía misma muriera. Entonces sí acabaría todo, menos el dolor, éste seguiría vivo, unos cuantos segundos más, como dolor-reflejo, dolor-fantasma, hasta que la poesía resucitara necesariamente para cerrarle piadosamente los ojos.

Vuelve a recordar la macabra broma de sus amigos de la Morada de Paz. Macabra broma o demencia o ¿qué?...

Ahora sí abre el libro; busca aquellos versos que Villaseca le escribió a Neruda. Lee en voz baja: *“Era como la tierra, una argamasa/ sin picaportes para la alegría,/ alquilaba sus huesos, se dormía/ como un limón soltero que se casa./ Yo lo miraba herirse en esa gasa/ que cobijó en un beso la agonía,/ venía obrero del dolor, venía/ capitán de una lágrima a mi casa./ Una tarde dejó aquel equipaje/ de distancias. Se fue silbando el viaje...”*

De pronto se percata de que sobre uno de sus hombros Villaseca también lee el poema. Concluye en voz alta lo que el otro leía tenue: *...como los ferroviarios que se van.../ Un vaso entre los bares quedó ausente./ Y le decía el océano lejamente:/ “te olvidaron los puertos, capitán”*.

Martínez Montes cierra el libro con fuerza y se vuelve a su amigo, con gusto, con sorpresa, con asombro, lleno de dudas, de profundas interrogantes... Frente a él tiene el rostro de su amigo, ovalado, sonriente, con la misma sonrisa maliciosa que le achina los ojillos.

-¿Pasaste a la Morada de Paz? Has de estar enterado ya...

-¿De qué?

-De tu muerte. Tuvieron el pésimo gusto de jugar con tu posible muerte en Chile.

-Es algo efímero. -Responde Villaseca.

-Es que todo lo han hecho tan real...

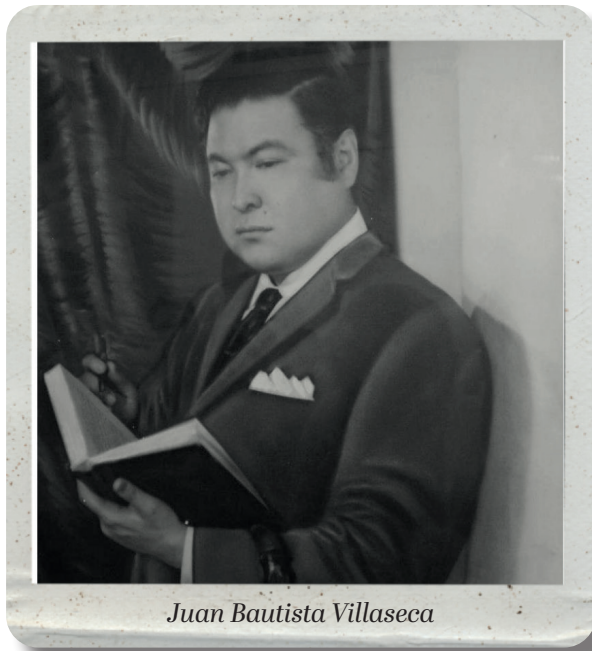
-Más pendejadas...

Martínez Montes se deja caer sobre un sillón de cuero verde; verde, quizá como el color que Villaseca dice que tiene la muerte, cuando juega a conversar con ella. Está fatigado, próximo al desvanecimiento. Villaseca se dirige a él con cierta dulzura:

-Salgamos, te hará bien, aquí se percibe un ambiente asfixiante.

Daniel acepta mecánicamente, como si no fuera dueño de sus propios movimientos, dejándose llevar hilachadamente por su

amigo, quien con una mano lo sostiene –el cuerpo de Daniel parece haber perdido su ostensible peso- mientras con la otra abre la puerta. Los dos amigos salen a la calle. Con pasos casi imperceptibles abandonan la Plaza de Armas y se deciden sobre Monjitas, abandonan el Paseo 21 de mayo; cruzan Phillips, San Antonio, la cerrada Doctor Dusci hasta alcanzar Enrique Mac-Iver. Ahí se detienen. Es el momento de separarse. Las dos sombras se dan un abrazo. Una de ellas prosigue su dirección sobre Monjitas. La otra, se pierde sobre las aceras de Mac-Iver. Las calles de Santiago parpadean. La noche guarda aroma sabor a viento.



Juan Bautista Villaseca

Si vas para Chile

A Frida Modak

Nada queda lejos de ti, Gonzalo Rojas,/ tu risa... tu decir... y tú, en medio,/ repartiendo centímetro y minuto para todos... Es mi principio. Hoy, muy temprano, recibí el correo electrónico que me envió Pascual Borzelli avisándome que allá, en Chile, acaba de fallecer el poeta Gonzalo Rojas. Después de asimilar el mensaje me puse a leer en voz alta, casi a gritos, unos versos de Rojas; casi a gritos, para que toda la cuadra se enterara de que existen esos versos; que alguien los escribió y que existen, que existen, que están en un libro, impresos en papel, pero que también pueden estar en el aire y muy. Entonces, "a grito pelón", como se dice aquí en México, vociferé aquello de "No lloro, no me lloro. Todo ha de ser así como ha de ser,/ pero no puedo ver cajones y cajones/ pasar, pasar, pasar, pasar cada minuto/ llenos de algo, rellenos de algo, no puedo ver/ todavía caliente la sangre en los cajones..." Han transcurrido algunas horas, pocas, pero me siento más sosegado; es mejor escribir que gritar, mucho mejor, digo. Hace frío. Nunca me había detenido a considerar que estos edificios del primer cuadro de la ciudad son unos verdaderos congeladores, así son estas antiguas casonas de piedra del Centro Histórico de México; edificios viejos y feos pero que no se caen, porque los muy bonitos que hacen los arquitectos actuales en otras partes de la ciudad se vienen abajo con cualquier temblorcito, que digan si no los que fallecieron en el 85 (bueno, si es que los muertos hablan). Aquí, las paredes áridas, resguardando unos cuantos muebles de clase media de mi tiempo, de la era mexicana que me tocó; aquí, resguardando estas horas solitarias de corrector de pruebas finas. Esta es la vista. Los marcos de las ventanas medio apolillados, medio podridos, sucios, con rasgos de que alguna vez estuvieron pintados de algún color, y en los balconcitos unos botes oxidados que sirven de maceteros y que, quién sabe quién riega, si es que esas menesterosas matitas resacas son regadas por alguien. Es mi entorno y en el centro de él escribo:

Ahora Borzelli me dice por internet que decidiste salir de Chile, ¿A dónde Gonzalo Rojas? ¿Hoy? ¿A dónde? ¿Al corazón de cada uno de nosotros? He empezado a escribir este poema y me siento mejor que estar gritando como loco unos versos que no van entender ni el repartidor de periódicos sobre su bicicleta destartalada ni el de la leche con su cochecito de dos ruedas sin engrasar ni el desvelado policía en espera de su relevo ni el afligido burócrata que corre allá abajo como desesperado porque otra vez se le hizo tarde. ¿Qué le puedo decir a Gonzalo Rojas para decirle que no es cierto que se ha muerto, que no es cierto lo que Borzelli me informó? Estoy vuelto a pensar sobre la hoja recién iniciada. Conocí al poeta Gonzalo Rojas aquí en México, en una presentación que le organizaron por el Pedregal de San Ángel; qué sentido del humor el de aquel hombre, el de este hombre; qué carga de vivencias, qué cultura aquella, qué poemas dichos desde la profunda voz de la inteligencia; qué americano tan nuestro. Estoy pensando en él, me estoy concentrando para escribir en la hoja lo que sigue. De pronto alguien canta en la ventana: “Si vas para Chile/ te ruego que pases/ por donde vive mi amada,/ Es una casita...” Es tan real lo que estoy oyendo, pero, si le ponemos lógica al asunto... no... quién... por qué... es imposible. Sigo en mi intento de concentración... pero sí, ahí está la voz en la ventana: “...y enfrente hay un sauce/ que llora/ y que llora/ porque yo la quiero...” Ahora dejo la pluma sobre la mesa y me dirijo al desvencijado ventanajo, para ver quién es el que canta, ¿y de dónde podría haber tomado esa canción...? ¿de dónde...? me asomo... no hay nadie, nadie, o sí, cuatro o cinco pajarillos grises, de un tono muy apropiado a la álgida atmósfera del viejo barrio; cuatro o cinco pajarillos picoteando lo que no hay para picotear en los pequeños botes oxidados que la hacen de maceteros y un pequeño loro que no había visto antes; sobre la acera, un borrachín recargado en el escuálido arbolito de en frente, un camión repartidor de refrescos con su desmañanado chofer adentro, y nadie más. Regreso a escribir: Porque no sé en qué otra parte puedas habitar mejor/ después de América o de nuestra sangre, que es lo mismo. Rememoro. Rojas en el Pedregal, aquellos poemas dichos por el propio autor, “La piedra”, por ejemplo, ¿cómo empezaba? Sí, claro, “Por culpa de nadie habrá llorado esta piedra...” y luego su poema aquel “Contra la muerte”, que fue el que recordé a gritos hoy en la mañana, y aquel otro “¿Qué se ama cuando se ama?”, y tiempo después iba a

llegar a mis manos aquel su sentido “Adiós a Julio Cortázar”. La hoja apenas empezada por trastabillante escritura... los recuerdos... las reconsideraciones... debo continuar; tomo la pluma, me encurvo sobre el papel y cuando voy a escribir de nuevo... la voz de la ventana... *“Si vas para Chile/ te ruego viajero/ le digas a ella/ que por ella muero...”* Doy un salto más que olímpico de silla a balcón y sorprendo al loro en plena cantada. ¡Ah, se trataba de esto! Pero “esto” me da otro motivo de confusión. ¿En dónde pudo haber escuchado este loro una canción que es completamente desconocida por acá?, ¿o será un ave migrante?, ¿pero, tantos, tantos, tantos, tantos kilómetros...? Bueno, había aves que desde tiempos prehispánicos emigraban desde Canadá hasta el Valle de México ...y sus descendientes lo hacen todavía... y qué de las “mariposas monarca” que también se dejan venir cada año desde las heladeces canadienses hasta el trópico michoacano. Nunca antes había visto a este pájaro en ninguna de las ventanas, ¿y si en estos momentos estuviera llegando de Santiago, es más, de Lebu, que fue donde nació Rojas? Temblando por una extraña emoción regreso a la mesa y prosigo: *es una broma seguramente la de Borzelli,/ porque estás en Chile, ¿Verdad Gonzalo?/ sigues en Chile cubriendo con tu gonzalía/ el territorio mineral* que te dio lo que nos has dado con palabras. El ave ha dejado de cantar. ¿Pero, en donde pudo haber aprendido esa canción? ¿Quién la ha oído aquí alguna vez por radio, por televisión, quién la tiene grabada? ¿Con quién? Ahí es en donde caben los miles de kilómetros sospechados. Y veo ese nudo de plumas salir de Santiago, de Lebu quizás, cruzar todo Perú y descansar en Guayaquil, tal vez; lo veo tomar aire y volver a hacer escala en Panamá (pienso en los poetas Ramón Ovierio y Dimas Lidio Pitty) y luego cruzar por Nicaragua, Guatemala, Chiapas... Chiapas sí, Chiapas, en el Soconusco, en Huixtla, población sitiada por las llamas, sin duda el lugar más caluroso de toda esa región; en Huixtla mi prima Margarita Moreno, una periodista extraviada entre cafetales y colibríes, tiene en la sala de su casa que arde en el día y arde en la noche, una perica a la que puso por nombre Lorenza, pero ella no canta Si vas para Chile, ella canta Luna de Xelajú. Y no hablo de aquella Lorenza de Huixtla, hablo de ésta que ahora me observa con media cara y luego con la otra mitad. Me acerco a ella y como una forma de detenerme exclama con sorprendente claridad: *“No lloro, no me lloro. Todo ha de ser así como ha de ser,/ pero no puedo ver cajones/*

pasar, pasar, pasar, pasar cada minuto/ llenos de algo, rellenos de algo, no puedo ver/ todavía caliente la sangre en los cajones". Ya caigo, por fin se me descorre el velo, ese era el poema de Gonzalo Rojas que estaba yo gritando en las primeras horas de esta mañana. Pero, ¿y la canción?, claro... el tocadiscos de todos los días... A los vecinos podrá no gustarles la canción pero a Lorenza... Aclarado el asunto regreso a mi escritura: *Buenos días, Gonzalo Rojas./ Si a lo largo de nuestros vastos, interminables milandes,/ algún día, alguno de nosotros llegara a despedirse./ tú arribarías con un libro en la mano a decirle al oído que no es cierto,/ que junto contigo, seguiremos respirando el aire de América.* Termino el poema o las palabras para Gonzalo Rojas o como se llame lo que acabo de escribir, y veo al perico que sigue en la ventana y me quedo pensando: ¿y si en realidad sí es un ave migratoria?, ¿y si en realidad está hecha de los latidos de toda la distancia que ha sobrevolado? Entonces tomo el papel en donde acabo de escribir; lo doblo con sumo cuidado, una y otra vez hasta reducirlo a un minúsculo cuadrado de escasos centímetros. Camino hacia la ventana. El ave parece estarme esperando. Le coloco el cuadrado en la garra que lo agarra, se desgarran una nube arriba. Ella aprieta el pedazo de papel y emprende el vuelo. Toma viento. Toma altura. Toma distancia convertida en un puntito en el centro de un azul lejano, esferado. ¿Llegará a Huixtla? ¿Llegará a Santiago? ¿Llegará a Santiago...? ¿Llegará...

Abril

*Abril es el mes más cruel,
criando lilas de la tierra muerta,
mezclando memoria y deseo,
removiendo turbias raíces
con lluvia de primavera...*

T. S. Eliot

Y enfrente, y atrás, y por donde se mire la tierra baldía esperando que sus esqueletos vuelvan a tomar forma y se pongan de pie. Que los huesos roídos por las ratas empiecen a brotar parches de calcio para saludar el agua que han de beber las cosas para que existan, que se han de filtrar por poros de lo que ha sido una cadena de decesos. Visto así, ¿y de qué otra manera de mayor provecho para el entendimiento que se eleve sobre la señora desolada, la de los silencios profundísimos? ¿Habrá que morir ahogado para renacer limpio de tanta historia, Jerusalén, Atenas, Alejandría, Viena, Londres? El hombre en busca de su sentido. De qué otra manera para intuir que el latido que se espera viene ya maculado por las estrías de luz que conforman este mes que me atrevo a nombrarlo de esta manera: “abril el mes más cruel”.

Entonces por qué acepté en papeles y telas luminosos la compañía de Wyndham Lewis, durante todo este transcurso que nos va a depositar directamente al inicio de las entrañas de este abril que arrojará luz, una vez concluido el viaje, pero una luz que por venir de los antros empieza en la superficie por el intento de eludir la acechanza timorata que me obliga a ser un compañero de viaje poco convencido; uno, cargando en un costado de su equipaje a este Wyndham tan estricto todo él para sus miedos. El asunto ahora es cumplir con lo propuesto y abril es el plazo estipulado. A su debido tiempo le escribí a Quinn diciéndole que no estaba del todo convencido en portar esta carga de colores y explosiones geométricas pero Ezra insistió y no ha quedado otra que cumplir con la carga... y cumplir con abril.

Abril es el mes más cruel, removiendo las turbias raíces, creando lilas de la tierra muerta, abril y todo ese significado de la espiral surgiendo de los antros, de los antros de abril. Es el abril que pretendo equilibrar desde mi muy adentro, un abril con esta carga explosiva de colores y estallidos geométricos. Me preocupa la salud de Vivien pero al mismo tiempo tengo que cruzar con este “esqueleto en el armario” como él mismo se dice, a menos de que el esqueleto sea el papelerío de Blast, con el que vamos a hacer, o ¿estamos haciendo? que abril sea el mes menos cruel, aunque el sello de su crueldad lo traiga de origen como una marca adquirida del mismo y en el mismo nacimiento.

Abril es la meta para que luego, como vórtice salte Lewis sobre la tierra y Ezra sienta contento que su misión está cumplida. Dije Ezra, bueno... el maestro, que tanto empeño ha demostrado en que dobleguemos el océano. Si los torpedos de algún inesperado asedio trataran de hacer de las suyas, lo que fuese, para que no llegáramos a abril, entonces, lo que fuere estaría más que justificado, no ante ninguno de nosotros, ante los hados.

-Nada sucederá estando sucediendo todo, lo digo yo, Tiresias, el que con sus ojos ciegos reúne las edades: Los muertos ya fueron mucho antes, cuando Adolphe Thiers arrasó París, digo. Cuando la Comuna fue arrasada por Thiers, una semana después de que le habían puesto fuego a Troya los micénicos y Aquiles había arrasado el cadáver de lo que había sido un héroe.

El joven, genio ya desde el amanecer, contaba con un asistente, más joven aún, pero que de seguro le iba a ser de extrema utilidad para el viaje “sugerido-impuesto” por Ezra Pound y John Quinn, viaje que debía tener su cumplimiento total en el próximo mes de abril (día primero). De alguna manera, los dos y sus circunstancias estaban siempre atiborrados de la antipresencia de Tiresias, quien siempre se atrevía a ver mucho más allá de lo que presumían los ojos normales.

El joven asistente -Natarén se hacía llamar- de rasgos faciales que denotaban provenir de latinoamericanos; estaba pasmado de escuchar el fluido manejo que el joven maestro tenía del español. Toda la gente que trataba al escritor sabía que además de su lengua madre, el inglés, pronunciaba a la perfección el francés y el italiano, pero Natarén nunca imaginó aquel español tan lleno de giros metafóricos y sapiencias lingüísticas.

¿Abril es el más cruel...? Atrevió a consultar Natarén. El joven maestro respondió con silencio pétreo.

Así pasaron largo rato viendo la inmensidad del espacio que debían cruzar antes de que llegara abril a los calendarios. Después, el joven maestro, como llegando de muy lejos le dijo a su joven asistente: “Estamos entrando en el siglo XX, Natarén, todo es confusión; estamos apenas tocando el abril del siglo”.

En el continente los pintores cubistas ya habían iniciado su trabajo; los teorizantes ya habían empezado a hacer también el suyo. Una olla hervía con corrientes, teorías, propuestas, acomodos políticos, amenazas financieras, industrializaciones naciendo, ciencias que surgían, fanatismos que se derrumbaban. “En tu tierra qué dicen de todo esto” –adelantó a preguntar el joven maestro mostrando cierto interés- “El maestro Cuéllar Valencia –respondió Natarén- sostiene que estamos en los preámbulos de los grandes acontecimientos, que nada es tan de primera vista como muchos lo pretenden ver, que todo está lleno de profundos significados” .

-¿Le has hablado de mi visión de Abril?

-Le he escrito sobre estas cosas y me ha respondido que él ve en usted una profundidad de simbolismos; que finalmente todos los meses del año son abril y que al final la expresión trata de una trama de hondos significados en la que se entrevera la historia del mundo.

Escuchado esto el joven maestro, volvió la vista al mar.

El silencio del joven maestro fue largo, lo que dio oportunidad al joven asistente de ver cómo en torno de ellos cruzaban estrías como relámpagos, lascas y lampos salían impulsados hacia todas las direcciones, y sintió por primera vez que no estaban en piso firme, que ellos, y los demás, estaban parados sobre una alfombra de símbolos, en donde se juntaba, con sus lenguajes hermenéuticos, el pulso de muchas civilizaciones. Que estaban parados sobre una larga alfombra movediza que sólo Tiresias podría descifrar...

-El hombre que viene de matarse y va para matarse –se oyó como un eco lejano, como un rumor que se desprendía del silencio de Tiresias.

El ciego se atrevió en Natarén: “Vivimos sobre una movediza alfombra de signos, algo que se mueve hacia todas las direcciones hacia todos los tiempos, en el lugar de donde vengo, por ejemplo, habrá alguien que hablará de algo a lo que denominaré “Poemuralismo”.

Volviendo hacia Tiresias, de donde venían tales pensamientos, se atrevió: “El joven maestro quedaría como coincidente si es cierto que tantos años después el “poemuralismo planteara, como efecto de la alfombra llena de signos que se mueven bajo nuestros pies, el siguiente pensamiento que ya no sería suyo sólo aunque siguiera siéndolo: “Que necedad la de la primavera, / insiste en sembrar flores en donde fue la muerte/ a la orilla de las platabandas trilladas por el frío. Qué dolor de la canasta cromática/ fraguada en el hondo fondo de los ataúdes. Más. Menos. Por. Entre./ El tren viene bufando de las polvosas estaciones/ y estas tienen nombres, carcomidos por el humo, sí, tienen nombres.” “Dice el maestro Cuéllar que todas las estaciones son abril. Se vislumbran entre el humo, entre el polvo y el humo”.

Pero la salud de Vivien, su esposa, le preocupa al joven maestro, Vivien Haigh- Wood, quien se ha dispuesto a apoyarle hasta que él alcance el doctorado en Oxford. Sigue viendo hacia el mar, sabe que el peso encomendado por Wyndham Lewis, impuesto por Pound en complicidad con John Quinn, tiene como plazo para llegar a New York el inicio de abril. Pareciera que está pensando en ello, en las nuevas amenazas bélicas que cada vez están más cerca. De pronto se voltea y dice a Natarén (Jesús de Natarén le ha dicho de broma más de una vez):

-En la parte de América de donde tú eres, deberían crear el poemuralismo, con los signos que nos anteceden, con los que nos esperan; tienen todo para hacerlo, todos ustedes tienen algo de iguana y de colibrí y mundos por hacer. Y luego... y luego rescatar la vida de lo que ha sido la muerte y luego empezar a sumar, a sumar...”

El ciego Tiresias lo ve, pero no lo ve, esta vez el ciego, ha preferido no verlo aunque lo ve hondamente.

No veo en mi entorno, sólo siento, siento el bufido del que está al lado mío agarrado como yo de un remo que no tiene dirección ni descanso. La nave ha sido lanzada sin dirección para perderse en el gran océano, para despedazarse entre los riscos. Nadie se percató de la inmensa masa azul, porque nadie está para ello; el que rema lo hace por un acto puramente mecánico, no hay por qué ni para qué lo haga. Soy mi vista perdida y sé que es inútil mi mano agarrada con fuerza del remo. Aquí, en el centro de esto que darán en llamarle con los años: la Edad Media, me toca la compañía de los que no vamos a volver a tierra firme. El timón desierto.

Somos los pasajeros del terror, del espanto, somos los que re-
mamos sin ningún motivo, sin un para qué. A algunos les asaltan
momentos de lucidez, peor para ellos, es cuando gritan, aúllan,
vociferomanotean, ululan largamente como si las distancias estu-
vieran para escucharlos. Todo será inútil. Lo que nos espera es la
muerte más espantosa ... Las sirenas...

*...Las sirenas que escuchó Homero desde sus ojos cerrados, que se las hizo
escuchar a Ulises, esa aguda expresión de las aves endiabladas que revolotean
por todas partes, en medio de estos seres abandonados, como gozando marítim-
as el placer avernario de anunciarnos nuestra segura muerte.*

Las sirenas aletean con furor en torno del mástil y los de la lucidez
momentánea se lanzan sobre las sogas húmedas, podridas, sobre las
velas rasgadas y las mordisquean con desesperación, los demás sólo
deambulan sobre la cubierta, y otros, sin sentido alguno toman los
remos y reman y reman y nada más reman. Estamos a bordo de la
terrible Nave de los Locos, de la sin salida. Somos el nuevo envío
que los cuerdos lanzan al mar para que no contaminemos sus creen-
cias, sus propiedades, la recolección de sus sembradíos, somos los
malditos, somos los que llenamos esta nueva versión de La Nave,
los que vamos a morir, irremediabilmente en el centro solitario del
océano.

Tenemos que llegar a Nueva York con esta geometría que parece
que gritara estruendosamente dentro del equipaje. "Oh Tierra, y tu
duelo de antaño, / ¡A la madre de los dioses, a la Naturaleza / que todo lo
abarca..." "Holderlin", pensó Natarén. Luego pensó "¿y si la suma a
la inversa hiciera ver al primero en tiempo como el plagiarlo de los
diez versos coincidentes en el momento en el que por razones de
supervivencia empezáramos a recorrer el tiempo al revés?".

-¿Qué es el plagio, Tiresias? ¿Existe?

-Es un asunto extramadamente difícil de definir.

-¿Cuáles serían los pasos para la definición?, ¿es un asunto legal?,
¿es un asunto estrictamente moral?

-Es todo ello. Por eso es difícil.

-Iniciemos un acercamiento sobre el asunto

-Las leyes de algunos países establecen reglas, pero si todos somos
hijos de todos y las ideas de las ideas, las reglas que se establezcan
resultarán de una rigidez tan mecánica que tendrán que conver-
tirse en inhumanas.

- ¿Un poeta puede citar a otro anterior a él?, ¿es un plagio?
- Un poeta puede reforzar su dicho con el anterior al de él; puede al citar, hacer un elogio a su poeta admirado; pretender que la palabra del anterior continúe vigente con la aportación de la suya...
- ¿Citar la fuente quitaría cualquier mal entendido?
- Si alguna vez, en suma de palimpsestos llegaran a crearse los poemurales... ahí se platearía claramente este renglón...
- Los poemurales ya se crearon porque se crearán dentro de algunas décadas; los he tenido en mis manos, allá en el sur.
- ¿Tú también ves lo que Tiresias?
- Es que de aquellas tierras es que vengo.
- Valga. En tal caso, lo que se propone es que se cite al poeta anterior sin citar fuentes, pero como una asimilación del primer poeta a los nuevos tiempos. Como decirle que ya es carne de la carne de todos.
- ¿Cómo se podría evitar una interpretación de mala fe a este proceder?
- Tú lo debes saber puesto que vienes de esas tierras; pero te lo voy a decir. Los pensamientos escogidos deben ser de manejo cotidiano hasta para quienes sólo oyen y no leen; esa sería la manera de alejar la mala fe del hecho.
- Pero si hay casos de abierta mala fe...
- Fuentes. Fuentes hay que aguas envenenadas son para que de ahí lerre a bucheros desafortunados la impudicia y la indignidad.
- El joven maestro hace de cuenta que no ha escuchado a Tiresias, le da la espalda a la tierra baldía con la vista en el mar; piensa en las discordias provocadas ya a estas alturas por Wyndham Lewis.

La escena tiene lugar en una amplia galería de la ciudad de México. Ante un público numeroso la pintora tabasqueña Leticia Ocharán, también informada crítica de arte, habla acerca del grupo de pintores ingleses conocido como “Los Vorticistas”. Tiene extendidos varios papeles sobre una mesa de Guanacaste.

“En realidad -dice- este grupo que proviene muy directamente de posiciones de “vanguardia” sustentadas en su momento por movimientos como el “Cubismo” y el “Futurismo” recibe directamente su nombre del poeta Ezra Pound y se tiene como a su cabeza principal al pintor Wyndham Lewis, artista de personalidad inquieta que siempre se vio envuelto en polémicas y fuertes controversias con el resto de sus compañeros.

“Posteriormente –agrega– iba a quedar demostrado que el “Vorticismo” tenía ciertos orígenes con el “Cubismo”, sí, pero que ligarlo con el “Futurismo” de Tommaso Marinetti y su “amor por la máquina” había sido un abuso, sobre todo ante el abierto coqueteo de éste con las posiciones políticas de Mussolini. En esos términos el gobierno de Estados Unidos iba a recluir al gran poeta Pound. Nada de eso evitó al provocador Wyndham Lewis gritar irresponsable que “Hitler era la paz”.

Oh Dios, joven maestro, cómo encontrar a Dios, en estos momentos sin Dios, en los que pareciera que Dios no es el Dios de la vida sino el Dios de la muerte. Subiendo la tercera escalera Señor, no soy digno Señor, no soy digno.

El inasible. Definida la cosa pasa a ser la siempre exacta inexactitud. Materia y universo nos transforman raudos. Lo mutante es vertigal. Sin embargo, intentaré nuevamente la definición de Dios, cuenta inconclusa en los miles de años de las civilizaciones (este jugar con tiempos sin relojes y matrices que son aire). Empezaré por la denominación de la cosa: Pentakismyrioexquisquilioletracosiohexacontapentagonalis con sus 56 potencias extrapoladas en haces interactivos de protémolos y bacihias pitagóricas. Tensiones cósmicas. Piedra que piso y ya no es la misma. Hábitos. Para mantenerme dentro de los estrictos imperativos de la hipopotomonstrosesquipedaliofobia, sólo enunciaré: fuerza que si déica, preparanticonstitucionalísimamente se diluirá, atómica nictemídeca, en las cinco vocanadas (bocaciones) del murciélagos. Las consonantes las pone el mundo.

Oh, otra vez mi salto al vacío.

Tirecias volteó a ver con sus ojos mudos. Vio al hombre en el cepo. Vio al hombre en el potro. Herido por cilicios. Despellejado con los filos satánicos de los crucifijos. Lo vio en el centro de hogueras que llegaban al cielo mismo. Los vio con las vértebras cervicales deshechas por el garrote vil. Vio la ametralladora reciente y los gases tóxicos en las trincheras devastando seres. Vio la balloneta destrozando a los hijos de Dios. ¿Quién plagó de tanta ternura y amor por los hombres al Antiguo Testamento? Cae la bomba en Hiroshima y contamina de uranio la feliz ecuación. El viento se pudre en llagas. Hipatia es desollada en las calles de Alejandría por el fanatismo del patriarca Cirilo. Las calles de New York son caminadas por muertos todos los días.

Tiresias advierte en voz alta: parece como si estuviéramos siendo manipulados por otro que estuviera fuera de la escena, como si

fuéramos personajes escritos por alguien en otro tiempo, como si los aquí citados sujetos fuéramos de un cuento que está empezando a ser escrito ahora por alguien, pero que no tendrá para nunca acabar.

Sigue Leticia Ocharán:

-Los artistas más destacados de este movimiento “Vorticista” (cuya pretensión era alcanzar el desplazamiento de la materia por medio de líneas y colores discordantes) fueron CRW Nevinson, William Roberts, Lawrence Atkinson, Edward Wadsworth, Cuthbert Hamilton, David Bomberg y Frederick Etchells. También participaron en él los escultores Henri Gaudier-Brzeska y Jacob Epstein y el fotógrafo Alvin Langdon-Coburn.

“Llegados a este punto –apunta la conferencista- no sé si recuerden ustedes el mito de Tiresias. Bueno, existen varios, pero ahora me refiero al que recurre T. S. Eliot en *Tierra Baldía*. Me refiero al Tiresias convertido en mujer por encontrarse a dos serpientes apareadas y separarlas. La diosa Heras lo vuelve mujer por siete años, pero a cambio Zeus le da el don de la videncia. Tiresias conocía entonces, particularizadamente, el sentir masculino y el femenino. Por lo tanto, si Tiresias hubiera vivido en la época de Eliot, que era la del grupo “Vórtice”, y pudiera haber tenido voz y su voz peso; bueno, la tenía para Eliot, porque éste estaba en el centro de todos los tiempos, pero no tanto para los vorticianos. Retomando, Tiresias hubiera dejado bien claro que en el grupo no sólo participaban los pintores mencionados, sino las pintoras Helen Saunders y Jessica Dismorr, a las que el sexismo de la época minimizó.

“Se trató de un movimiento abstracto del arte inglés, en el que también estas mujeres aportaron su talento y su genio pero el machismo las anuló. Es más, dentro del movimiento llegó a participar en alguna exposición la mismísima esposa de Ezra Pound, la señora Dorothy Shakespeare a quien tampoco dieron sitio destacado en el “Vorticismo”.

“En la revista “Blast”, que editaba Lewis, se publicaban los trabajos del grupo “Vórtice” junto con textos de Pound y Eliot así como de Hulme y Ford Mados Ford. No se imprimieron los trabajos de las mujeres. Desde ahí y en otros foros Lewis, el polemista, aseguró ser el creador único del Movimiento, hecho que provocó una gran molestia en el resto y que en gran medida causó la

desintegración del grupo que habrá durado de tres a cuatro años apenas. Ya en 1956 se presentó en la Tate Gallery una exposición titulada *Wyndham Lewis and the Vorticists*, en la que, obvio, el héroe histórico del movimiento era Lewis y nadie más”.

Ahora el joven maestro ve el mar y piensa en el encargo de Ezra Pound y John Quinn para que la obra de Wyndham Lewis no llegue a Nueva York en un solo barco por el peligro de los bombardeos y que la parte que a él corresponda transportar arribe exactamente el primero de abril. Lleva bajo el brazo un libro sobre Pitágoras. A su lado un poeta originario de la tierra de su joven asistente, Hernán León, escribe, en ese choque de tiempos que Tiresias ha previsto desde el principio: “El Sauce-Cristal, el chopo de agua se encuentra con Eliot y platican del cántaro de abril en el mes citado para que nos cuente en horas, sus febosegundos equilibrados y equidistantes y en el umbral de abril, en Europa se atisba una ráfaga de luz en Londres y un incendio voraz en el trópico de América con sus llamaradas de colibríes. ¿Qué es abril?”

El joven maestro ve hacia el mar. Pero no es cierto, está viendo hacia los mares. Atrás queda la tierra baldía, pero tampoco es cierto, quedan las muchas tierras baldías. Tiresias insiste: “es como si alguien nos estuviera moviendo desde la escritura de un cuento, como si nos estuvieran escribiendo ahora mismo en un cuento”.

Memoria de Tiresias hacia adelante y hacia atrás:

Sentados en torno al Rey Arturo el prisma cintila, en el centro, el destellante juego de cristales retorna y adelanta los tiempos al capricho del reflejo. Arameo, griego, hebreo, pueblan el 66 para que el 126 hispano lie su haz de tinta. T. S. Escribe en el rebote de la luz, la punta de la lanza apunta sínople; el rostro enjuto y el cuerpo -convexo de milandes, conversan. Inversión de espejos. Un yelmo yace sobre el punto muerto de la extremidad de enfrente. En el centro de la mesa hay un parpadeo de hablas, “un abstracto caballero se endebla sobre su hética montura...” Pasan Dante, Pushkin, pasa Shakespeare, pasan Homero, los García, Dostoievski, pasa Goethe, la pupila periodista los observa del 1 al 10, del 10 al 10. El Rey Arturo adivina la lejána historia. Adivina al manco que nacerá en Alcalá de Henares. Adivina al fébrido vindicativo y al redondo su escudero. Se abre el libro en XXI. Se abre la letra de lo siempre.

La guerra.

Todo se cumple. Natarén le escribe a su maestro Nandayapa diciéndole que él, el joven asistente y su joven maestro, que ellos,

lo han logrado, en abril, como estaba previsto -¿Estás loco? ¿Se te trastocaron los tiempos? ¿Leer tanto a Eliot te sorbió los sesos? ¿Abril? ¿Cuál abril? Me preocupas. ¿No tienes un calendario cerca? Sí, lo hay en el muro del pasillo que conduce a la salita de estar en el departamento de New York. Natarén se dirige hacia él e inquisitorial, en exagero extremo le clava los ojos. La voz de Nandayapa se escucha bisbiseando inútilmente en el aire. El auricular es un péndulo sin diálogo. Natarén ve el fechario. Está a 42 años del 1900, exactamente a once golpes de mar. Entonces. Faltan todavía muchos años para que él, Natarén, el joven asistente, nazca en los signos del sur, Faltan décadas para que se enfrente al “poemuralismo”. Eliot bebe un café cargado frente a una mesa en la que comparte con Natarén Aquino, Hernán León Velasco, Mario Nandayapa y Ricardo Cuéllar, se reparten una cálida tarde vegetada. Tiresias los observa desde un rincón del tiempo. Hace como si no los estuviera viendo. No, no los ve. Pero los está viendo.

Teátrico

Iluminación: Luces tenues que imponen al espacio un tono fantasmal (ese tono que de por sí tienen los escenarios cuando se encuentran en la semipenumbra; algo muy natural en los boca-foros, que ayuda a acrecentar la expectación producida por el silencio en tales ámbitos).

En el escenario no se encuentra nadie; es un imperio sombrío; lo silente en medio de la semipenumbra crece. En algún momento se habrá de manifestar el contraste, en cumplimiento de la eterna ley de contrarios que establece el movimiento; no habrá muerte si no hay vida para que la haga posible. Para que la luz sea luz y...

Ahora, sombra total, pero ésta pertenece al lunetario y en mayor grado a la atmosfera fría y aérea de la galería.

La soledad del proscenio se amalgama con la del resto del escenario y es de las plateas de donde se desprenden ayes que segundos antes no se escuchaban, voces como si hubieran viajado del más allá invitadas por Ruiz Saviñón, para formar parte de su Teatro Gótico, y estuvieran puntuales para iniciar el juicio.

El escenario a menos de media luz da una sensación fúnebre; ya se había sugerido; pero no es de ahí, sino de la platea de donde se desprenden los lamentos untados de una morbosa lejanía que introduce a los sentidos en los territorios del pavor.

Un profundo escalofrío se apodera del organismo con vida mientras los ayes crecen; son alaridos aguzados, terroríficos, que penetran hasta el calcio de las osamentas. Ahora, ya son plenamente apoderados del velado ámbito. Son expresiones álgidas (hielo quemante) provenientes de una muerte lejana, de un dolor al que aún no se le ha dado descanso mediante el beneficio de la justicia, la de los magistrados; la magia lo ha pretendido.

“Maldición eterna para el asesino” tremula una voz zómbica. “Ay, mi sangre derramada en la maldita hora”, integra otra voz su largo aullido en el espacio. “Ay nuestros cuerpos horadados en fulgores mortecinos con los que se apagaba aquella tarde”, más nítido ayeaba

un coro que no hablaba con palabras, sino con dolores desgarrados desde los acentos de la tragedia.

-Momento –se alzó la voz de Vincent Price- esta reunión se realizó para hacer por fin justicia frente a lo artero, frente a la irritación que causa la impunidad”.

Desde otro punto de la sala casi a oscuras el actor Enrique Henry dio su punto de vista:

-Pero no podemos en situaciones como ésta revisar caso por caso, no terminaríamos nunca, el crimen fue masivo y eso es lo que juzgamos, ese odio contra la humanidad que lleva a resultados monstruosos”.

-Estoy de acuerdo con la observación -apuntó Vicent Price. Henry guardo silencio. Un apenas rumor se escuchó en el pasillo divisor de la platea y el anfiteatro.

Una especie de coro griego reinició ayeando entre las penumbras, exigiendo venganza; no obstante la insistencia de sus imprecaciones, las deliberaciones continuaron dentro de aquel recinto. Ahora en el escenario había personajes, claroscuros, acomodados tras una larga mesa. En el punto en el que había aparecido Vincent Price ahora se encontraba Guillermo Henry, esperando que se iniciaran las deliberaciones. En la mesa, en cambio, parecía que era Vincent quien ocupaba su lugar. “Asunto que no puede ser -pensó para sí la actriz Lucero Elvira- pues Vincent falleció en Los Ángeles en octubre de 1993, yo misma estuve en la ceremonia en la que sus cenizas fueron arrojadas al mar”.

-En el teatro todo puede suceder le respondió el escritor Francisco de León, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

El asunto era el siguiente. Esa noche, en el interior de un pequeño teatro de Chalchicomula se juzgaba al gran asesino que en una noche de octubre de muchos años atrás había ordenado el asesinato de cientos de jóvenes estudiantes. El hecho había horrorizado al mundo, pero nadie movió un dedo para que el responsable pagara por su acto desquiciado.

De la petición rencorosa de un pueblo desvalido el asunto saltó a los poetas, a los historiadores y a otras instancias diversas pero nunca hubo Tribunal de justicia que se quisiera hacer cargo del hecho desde el punto de vista legal (así son los tribunales de justicia cuando en acto de justicia se les pide que hagan justicia). ¿Por qué ahora se retomaba el caso y se formaba un tribunal (fuera de

la Suprema Corte, claro) para dar una sentencia definitiva sobre la suerte del multihomicida, quien desde hace tiempo ya sólo sombra era? ¿Y por qué se integraba el tribunal en ese pequeño teatro de Chalchicomula, cuando ya los poetas de aquellos trágicos hechos habían decidido el castigo desde tan antes?

Resulta que el asesino era originario de ese lugar, y ya que ni la Corte de la Haya ni las comisiones de la ONU ni los tribunales mexicanos quisieron tomar cartas en el asunto, se había traído el caso al lugar de origen del avernario personaje. Ante la inutilidad de los funcionarios, los primeros en hacer un intento de juicio fueron los poetas, como ya se ha dicho. Ellos analizaron y determinaron desde la primera vez, que el culpable, en materia de muerte, permaneciera vivo eternamente, en los cientos de poemas que denunciaron el increíble asesinato, y que en materia de vida, fuera un eterno muerto, turbio como un soplo maligno, hasta que por sí mismo decidiera darse sepultura.

Por parte de las autoridades nada de nada. Pero eso sí, en Chalchicomula aún existe un enorme monumento de concreto con su abominable efigie, levantado en una de las principales avenidas. Sólo que en ese juego de luces y de sombras con el que el movimiento se hace presente siempre, se dio la casualidad de que en tal lugar también naciera uno de los más preclaros poetas mexicanos, don Manuel M. Flores.

Justo por eso es que ahora se integraba el nuevo tribunal en el teatrillo que en Chalchicomula lleva el nombre del poeta, en la calle Oriente 5, como quien va para la Sierra Negra. Se trataba de hacer cumplir la última parte del fallo, consistente en que el asesino terminara por darse sepultura por propia mano, pues en contra de todo buen sentimiento, permanecía como soplo emponzoñado flotando desde la Sierra Negra hasta las calles de las poblaciones circundantes.

Las deliberaciones habían iniciado en un ambiente propio a los creados por la imaginación escénica de Ruiz Saviñón. Una sombra turbia cruzó en frente de la puerta del teatro, en ese momento, en el interior del mismo, el poeta y físico Alonso Lenin preguntó a su hermana Areli, también física y matemática, si no había experimentado el mismo escalofrío percibido por él en ese instante. Ella asintió. Él como en un susurro le deslizó en el oído:

-Todo cuerpo continúa en estado de reposo o de movimiento uniforme en una línea recta a menos que lo obligue a cambiar de estado una fuerza a él impresa. ¿Qué clase de fuerza obligó al de ahí afuera a desviar su trayectoria para venir a clavarse a nuestros huesos?

-No pienso en el de ahí afuera -respondió ella apenas audible- como cuerpo, es apenas una vergüenza condenada a vagar sin reposo. Laila Sánchez y Flor Mendoza, con oído habilitado por el periodismo alcanzaron a escuchar parte del bisbiseo.

Cuando aquellos acontecimientos que ahora se revisaban de nuevo, los tribunales, los altos jueces de la nación, ¿qué habían dicho por su parte?, ¿ellos?, ellos balancearon juguetones las borlas de sus birretes, alisaron sus togas, sacudiendo la pelusa de sus batas buitrásicas, inflaron sus heroicos pechos al mismo nivel de sus barrigas satisfechas, enchuecaron los labios, como en las ceremonias de gran solemnidad y sólo dijeron que no se prestarían a las pretensiones del dolo popular, y así, con las bocas chuecas, soltaron el latinajo: “*dolus est concilium alteri nocendi*”. Cuando algún peladete les “mentó la madre” haciendo responsables a los soldados de la masacre, los señores de negro, sin dejar de enchuecar la boca respondieron: “¿los soldados? ¿los soldados?, *domi bellique duellatores optumi*”.

Como los poetas fueron los únicos que respondieron con indignación desde el primer requerimiento popular, esta vez, se decidió integrar el tribunal fundamentalmente con los representantes más emblemáticos de la poesía, con la gente de teatro, esos que han transitado en las entrañas de la sociedad y emergen con el cúmulo de verdades que los poderosos no quieren oír; los poderosos suelen cerrar las puertas y sus conciencias a los teatreros, entonces estos recurren a la magia de su oficio (otra vez Ruiz Saviñón), y convierten lo suyo en índice y quemadura. Esta vez se estaba más en lo justo que nunca: sólo la poesía, sólo el teatro (poesía en volumen y movimiento) podía hacer la justicia que ningún otro tipo de tribunal había sido capaz de asumir.

El soplo putrefacto pasó de largo frente a la puerta del teatro, pero ninguna otra ley newteana desvió su penoso deambular. Roberto Araujo grababa video de todo lo que sucedía y el actor Gabriel Pingarrón imaginaba a partir de estos instantes futuras escenas góticas.

La sentencia confirmó el espíritu anterior, alargando los considerandos con una especie de sadismo digno del caso. Desde la primera sentencia, como se recordará, se había obligado al soplo que quedaba del delincuente a darse sepultura por su propia etérea-mano, esto tenía que ser en la parte más tenebrosa de la tierra, como le correspondía.

La sombra vagó y vagó para cumplir con su castigo y alcanzar por fin su anhelado descanso. Después de mucho deambular, de chapotear entre pudrición y jamerdana, pensó que lo más sencillo, después de todo, era acogerse a las penumbras del cementerio. Nunca dio con él, porque al encaminarse al supuesto sombrío predio fue enceguedido, siempre, por un gran resplandor. Desorientado por este hecho terminaba fatigado, deshilado, rehaciéndose dolorosamente en la aridez de los caminos. Nunca comprendió que por razones, químicas, filiales, anecdóticas, legendarias, históricas, nostálgicas, religiosas, supersticiosas, sentimentales, amorosas, etc., los cementerios son las zonas más resplandecientes de cualquier ciudad.

Sabedores de esto, los miembros del nuevo tribunal, gente de teatro al fin, conocedores de la vida por adentro y por afuera, le confirmaron al asesino la sentencia que desde años antes le habían dictado los primeros poetas en una fase inicial; así los nuevos juzgadores, con mayor conciencia convertida en perversa sutileza, lo dejaron a que siguiera buscando -de las sombras de Chalchicomula a las heladeces de la Sierra Negra- la heredad más tenebrosa para su sepultura y así seguirá, como la versión oscura del viento, flotando por los siglos de los siglos. Amén.

Corrientes encontradas

En los límites con Veracruz, todavía dentro del estado de Puebla, al pie del volcán conocido como Pico de Orizaba (Citlaltepetl, su nombre original; la montaña más alta de México, 5 mil 610 metros sobre el nivel del mar), se encuentra el municipio que por mucho tiempo se llamó Chalchicomula de Sesma (Chalchicomula, pozo de piedras verdes), extensa geografía integrada por cerros semidesérticos en donde colaboró para la Independencia el acaudalado Antonio Sesma y Alencastre y años más tarde se hizo fuerte Porfirio Díaz, el general, en su fatigosa lucha contra la intervención francesa.

Los políticos actuales le cambiaron de nombre al lugar donde se dice vivió Quetzalcóatl, quien impuso a valles y serranías sus nombres originales.

Volviendo a tomar camino, hacia el sur enbrujulado, se llega a una pequeña población de nombre San Pedro Temamatla, que se levanta muy cerca de otra, llamada Cuesta Blanca. Ahí en Temamatla existe una larga calle que tiene la característica de que uno de sus extremos concluye (¿o se inicia?) en la pequeña plazuela del pueblo; el otro extremo va a morir, varias cuadras después, justamente en el cementerio; y tal calle, con esa peculiaridad paradójica, es el escenario rural de esta historia.

Dos días antes de nuestra trama se supo en el pueblo que Julio Bueno Enríquez, había sido mordido por una serpiente, de esas arteralmente venenosas, que conocidas son con el nombre de “coralillos”. Esto sucedió en la Sierra Negra al estar integrando Julio una carga de quiotes para trasladarla a Temamatla sobre su cuadrilla de mulas, con el fin de construir la techumbre de unos chiqueros para criar cerdos.

El mismo día de la mordedura, sucedida en un fatídico mes de junio, su primo, Julián Malo Enríquez, candidato a diputado por la región, había pronunciado en otro pueblo cercano, un lacerante discurso en donde hizo gala de su más poderoso veneno verbal en contra de sus enemigos políticos.

De Julio llegaron noticias contradictorias: unos decían que después de la mordedura había perecido casi instantáneamente; otros aseguraban que se había salvado gracias a un milagro de... ¿Quetzalcóatl?... Lo cierto es que a los dos días los dos, Julio Bueno Enríquez y Julián Malo Enríquez, se encontraron en la calle antes descrita. Ambos se saludaron y como si no fueran hijos del mismo pueblo, se preguntaron el uno al otro: uno, en qué dirección estaba la placita de armas, el otro, en dónde quedaba el cementerio.

Julio Bueno, confundido, señaló equivocadamente a Julián Malo la dirección del cementerio, cuando Julián lo que quería era dirigirse a la plaza en donde iba a encabezar un mitin. Julio, por su parte, creyendo que iba al cementerio (quién sabe para qué) terminó llegando a la placita de armas. Corrientes encontradas.

Cuando Julio llegó al jardincito nadie le dirigió la palabra, todos hacían como que no lo veían, como que no se daban cuenta de que ahí estaba, y así, en medio de esa indiferencia, se fueron pasando los segundos... los minutos... las horas... los días...

Al darse cuenta de que había tomado la dirección equivocada Julio Bueno decidió rectificar el camino y empezó a desplazarse rumbo al cementerio. En el trayecto se encontró con Julián Malo, quien ya venía de regreso. Julián, enfurecido, sintiéndose engañado, habiendo perdido la cita con el mitin político, respondió al saludo de Julio con un tremendo envión que filoso le atravesó a éste las entrañas. Julio Bueno no sintió nada malo en sus interiores. Julio Malo sabía que no había hecho nada bueno con el otro Enríquez.

Cuando se encontraron la primera vez era el mes de junio; a Julián y a Julio les faltaban varios días para que fuera julio y en esos días podían pasar muchas cosas. Ahora que se volvían a encontrar y sin saber cómo, para Julián y para Julio ya era agosto y ya habían pasado muchas cosas.

Julián Malo sabía que acababa de dar una puñalada pero no sentía nada por ello. Así se fue caminando hacia el que era su destino original, la plaza de armas, pero no encontró a nadie, como si todo el pueblo estuviera dormido a esa hora del día. Julián quedó vagando por la plaza quién sabe por cuánto tiempo o quién sabe si por todo el tiempo.

Julio Bueno sabía que le acababan de dar un tajonazo pero tampoco sentía nada. Caminó lentamente hacia donde debió haberse

dirigido desde un principio, al cementerio. Pocas cuerdas antes de llegar perdió el Julio; ya más cerca aún, perdió el Bueno; fue cuando sintió la puñalada como si fuera una pequeña mordida de “coralillo”. Al llegar al cementerio perdió el Enríquez. Cuando iba entre las tumbas ya sólo era viento.



Aurora Reyes

Aurora Reyes, la máscara desnuda

(Danza mexicana en cinco tiempos)

Cuando conocí a Aurora Reyes sentí que un pincelazo de Diego se había escapado de la tela o del muro y que de pronto estaba ahí, mujer del desierto de Chihuahua, con sus venas, sus latidos, sus ojos inundando la sala con la lectura de sus poemas contundentes; auténtica mujer mexicana con dos trenzas amarradas por encima de la cabeza como un “sol redondo y colorado como una rueda de cobre”.

Y es que en realidad, íntima amiga de Diego y Siqueiros, Aurora Reyes no era más que la prolongación, con faldas y con versos, del aliento de aquellos grandes muralistas; la poesía que generosa nos daba, sonaba a un tambor dentro de aquellos pechos en incendio, en armas, amotinados, vencidos y vencedores continuos, es decir, mencionaba a México en su más pura esencia.

Lenta, parsimoniosamente, dejaba caer, más bien, desgranaba el maíz de sus metáforas, los verbos de su poesía, de una fuerza y colorido idénticos a los de su pintura; porque Aurora también fue pintora (la primera muralista mexicana), un arma más que esgrimió con maestría para sostener sus ideas acerca del mundo y de su tierra. En sus palabras tomaba vida cada surco con sed que ella había pisado en su largo recorrido por los caminos polvorientos. A veces, como en su poema “A ti marimba”, toda la lubricidad de la selva chiapaneca cabía en sus palabras.

Así fue como Aurora Reyes nos fue presentando a través de sus visiones poéticas la entraña viva de la patria, y fuimos sintiendo la fatiga y la sed al caminar incansables bajo el sol agobiante del desierto y empezamos a nadar sobre las corrientes de los ríos o a vivir en medio del aroma de frutales inagotables.

La voz lenta, ondulada, de Aurora Reyes nos fue acercando desde entonces a lo mejor de nuestras raíces. En su poema “Epístola a Fuensanta” de su libro *Palabras del desierto* incluido en *3 Poetas Mexicanos* (Federación Editorial Mexicana, 1974) nuestra poeta nos acerca a los amores y afectos que palpitaban en la vena de Ramón

López Velarde, en los que finalmente nos venimos reconociendo porque los suyos son también nuestros amores y nuestros afectos. Nos dice la escritora: “Todos están: vultúrido, zenzontle/ y canario inocente./ congregando en tu iris/ esa vital pasión ambivalente de ser azúcar y ser sal”.

Y agrega más adelante: “Fuensanta: tú conoces el mar, sabes que es menos grande y menos hondo/ que la hondura sin fondo del pesar./ Sabes que el territorio es un fino retablo/ que por treinta dineros se está llevando el diablo”. Para después sumar: “Fuensanta, dame todas las lágrimas del mar que el poeta sin patria ha de llorar./ A fuerza de perderte/ cada día te has convertido, amor, en lotería”.

Así, la voz nacional se va extendiendo sobre nuestro ánimo, como una minuciosa radiografía de nuestro interno geográfico y nuestros paisajes morales: en “Estancias del Desierto”, por ejemplo, nos dice lo siguiente: “Esqueleto del mar, puerto de ausencias/ Cauce desierto de la mirada;/ al amor infinito de tu música,/ raíz perdida, forma desolada./ Eres el rostro vivo de la muerte: sobre tu cuerpo, traicionado viaje,/ bajo tu piel mil bocas solitarias./ Polvo errante y sombrío./ Abismo en celo./ vena seca de olvido y de nostalgia./ Muerde tu corazón lúgubre queja/ (En tibio lecho el agua de los mares nace amorosa el sueño de las barcas)”.

Si los murales de Aurora Reyes como los que se encuentran en el Centro Escolar Revolución (antigua cárcel de Belén) y en el Auditorio del sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, no describieran con fuertes, con violentos trazos, si se quiere, todo el dramatismo de nuestro proceso social, de nuestro paso incierto hasta fincar nuestra verdadera nacionalidad, si no fuera denuncia, y la representación del abandono y la desesperanza rurales, del atropello y la imposición, se podría decir que este otro poema “Estudios en Otoño” es de las manos del artista, un mural de vida: “Piña,/ coronada esmeralda./ ¡Clara niña!./ Tejocote de miel. Amigo rural. Pecas en la piel./ Fresas, coral camino./ Adolescente labios del valle/ tendidos al rocío./ Naranja,/ risa de oro,/ en cada poro un sol te danza./ Lima, verde mujer,/ los varones del viento tienen sed./ Ciruela,/ señorita que se licua bajo la piel/ cuando el aire la roza sin querer./ Uva, tierno cristal,/ penumbra. En luz y en sombra tus ojos dicen el mar”.

Para completar es de citarse su poema “A ti, Marimba” en donde expresa: “A ti, marimba, que abres/ una sonrisa de madera cálida/ al potro de la lluvia/ que galopa en tu pecho./ Tus fibras vegetales, que no olvidan / el llamado del agua,/ se pueblan nuevamente/ de cantos en oleaje./ Como cuando eras verde”. Mas adelante concluye el poema: “A ti ágil marimba,/ donde empieza y termina la danza de la selva,/ he querido decirte/ que, corazón adentro,/ tu música/ gotea “.

La poetisa nació en Hidalgo del Parral, Chihuahua, sufrió y vivió con su pueblo, vocación que manifestó públicamente desde su paso por aquella Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, en la que militó, codo con codo, junto a intelectuales como Silvestre Revueltas, David Alfaro Siqueiros, Juan de la Cabada, Juan Marinello, José Manicidior, José Revueltas, María Izquierdo y tantos otros que han sido definitivos en la revolución de nuestras manifestaciones estéticas. Uno de sus principales poemas es “Hombre de México”, pieza de vital importancia que señaló el camino de la protesta político-poética buscado con ansia por los jóvenes poetas de aquellas generaciones.

Este poema fue leído ante Lázaro Cárdenas, a quien fue dedicado, y en lo llanos ejidales en donde se dijo, la respuesta fue el estrépito de varias descargas de los campesinos, que con sus armas saludaban el poema.

He tratado de bocetar en rasgos muy generales la figura de Aurora Reyes antes de hablar de uno de sus poemas claves, “La Máscara Desnuda”.

Infinidad de ensayos, de estudios profundos y someros, de comentarios chuscos y en serio, se han escrito acerca de la muerte en el mexicano. El tema ha sido abordado exhaustivamente por estudiosos como el maestro Samuel Ramos hasta el ensayista y poeta Octavio Paz pasando por especialistas como Aniceto Aramoni y otros. En los estudios sobre nuestro folklore es tema obligado, porque se quiera o no, es algo tan compenetrado en nuestro pueblo que forzosamente se cae en él. En esas circunstancias nos encontramos a la muerte, ya como tema filosófico, ya como tema sociológico, o poético o vernáculo. Hablamos tanto de *Muerte sin fin* como de la calaca rumbera y petatera que va de feria en feria en busca de un grabador que dizque se llama don José Guadalupe.

De todos es conocido el que antes de que desembarcaran los españoles, las civilizaciones que habitaban estas tierras mantenían

un especial culto a los muertos, manifestado en solemnes ceremonias que más tarde trataron de fusionar los conquistadores -y de hecho fue un logro para ellos- con los ritos cristianos. Para aquellas civilizaciones precortesianas la muerte era tan importante que constituía una nueva forma de vivir, una nueva fase del ciclo que daba principio con el perro que se encargaba de pasar a los muertos a través de un río de sangre, y era toda una rotación incansable porque el sol, el gran tlatoani, al convertirse en Mictlantehcutli, amo y señor de la sombras del Mictlán, reino y reposo de los muertos, se lanzaba de cabeza a la oscuridad únicamente para volver a salir de las entrañas de la tierra con la cara de Cipactli, la primera luz que todo lo ilumina, para volver a despertar el mundo, para volver a empezar.

Pero la muerte espera de nuevo, siempre ahí la muerte, presente en los 18 meses del año mexica, embadurnando con la sangre de los sacrificios divinos, el agua, el aire y la piedra de toda aquella construcción guerrera y religiosa, y también poética, como la metáfora pétrea de una Coatlicue bella y terrible, sin rostro aparente pero con las caras cinceladas de la vida y su sombra, de una Coatlicue dura y suave, esposa y madre de la deidad bélica.

Ya desde entonces señalaban los poetas: “¿Adónde iremos/ dónde la muerte no existe?/ Mas, ¿por qué esto viviré llorando?/ que tu corazón se enderece:/ aquí nadie vivirá para siempre. Aún los príncipes a morir vinieron,/ hay incineramiento de gente. Que tu corazón se enderece:/ aquí nadie vivirá para siempre/ Por fin lo comprende mi corazón: escucho un canto,/ contemplo una flor.../Ojalá no se marchite”. El mismo Nezahualcóyotl resuelve en otra parte: “¿A dónde pues iremos?/ Enderezaos, que todos/ tendremos que ir al lugar del misterio....”

La iglesia católica, durante el proceso de mestizaje, largo y doloroso, como lo asientan las diferentes cronistas y como es fácil imaginar, hizo coincidir las diferentes fechas en las que los precortesianos celebraban inmolaciones y ofrendas a sus dioses con las fechas de los ritos cristianos. Surgió entonces que la civilización autóctona persistía abajo del nuevo ceremonial, seguía ahí, presente, debajo de cada piedra, atrás de cada montículo, en medio de cada rueda de danzantes, en el humo del copal y en la oración masticada a media voz. Fue así como empezó a surgir una nueva visión de las cosas, en medio de la confusión que produjo aquel caos del quinto sol en desplome: : “Estrella del oriente/ que nos dio

su Santa luz/ es hora que sigamos el camino de la cruz/ el camino de la cruz./ Revoleando el estandarte/ de la Malinche Isabel/ de la Malinche Isabel/. El rey Cuauhtemotzin/ de todo corazón tomó la disciplina/ para dar ejecución/ para dar ejecución./ Cuauhtémoc viene adelante y Carlos V con él”.

Una de esas viejas tradiciones prehispánicas que quedó con mayor fuerza arraigada en el corazón popular y que persiste hasta la fecha con su consiguiente barniz de cristianidad es el Día de muertos, que se celebra cada dos de noviembre revestida con las características de la nueva religión. Hasta hace algunas decenas, esa vieja costumbre de adorar a los muertos y de ponerles ofrendas anualmente, en las que predominan el pan dulce, las calaveras de azúcar y los alimentos que gustaban a los desaparecidos y que se suponía esa noche regresarían a seguir paladeando, estaba revestida de un antañón misticismo; ahora en nuestros días, en las poblaciones más características por este tipo de festejos religiosos paganos, la fecha se ha convertido en un motivo más para el auge turístico, y en gran parte se monta el tinglado para los nuevos fines.

Pero actitud mística o turística, la muerte ahí está, en cada una de las células del mexicano, en cada ¡Viva México! de cada 15 de septiembre por 364 días de silencio; en cada volado, giro al cielo, en el que se pone en juego el día que aún no ha amanecido; en cada película de Jorge Negrete o Juan Orol o el Indio Fernández; en cada rosa que se abre como vientre ardiendo o en cada muerto que se muere nuevamente, para seguir viviendo de por vida con su muerte auestas.

Mucho se ha escrito acerca de que el mexicano ve con desprecio la muerte, se burla de ella y se va a danzear con la misma en el patio de vecindad de enfrente. Sicólogos reputados dicen también que ese aparente desprecio, que esa aparente burla, no refleja otra cosa más que el infinito temor que el mexicano siente por la muerte, debido a la falta de realización individual y colectiva, porque en estos casos la muerte lo sería todo... y nada más... definitiva.

Y mientras tanto, nuestra amiga, la muerte, se pasea por los empedrados de las calles rurales, con un grito alcohólico en la garganta, un escupitajo desguarachado y una pistola amarrada en el cinturón; se recoge solemne entre los rezos de la solterona que habita un caserón de provincia; sale a la calle rodeada de

estudiantes y pancartas y empieza a inventar Tlatelolcos históricos; sale por el humo del silbato de las ocho, de las factorías; se pasea en medio de la riña de cantina: “nos vamos a morir como Dios manda”, y recita los versos de “El Ánima de Sayula”, ordena las cuartillas escritas por José Revueltas y Juan Rulfo; se enreda entre los poemas de López Velarde y desde la punta de la Torre de la Latino, donde “cada hora vuela, ojerosa y pintada en carretela”, termina por mandarnos a todos al carajo..... o a nuestra respectiva, individual y pequeña muerte. Y aquí está que los poetas, repepenan el tema de cada poro de la tierra en que nacieron y pisan, y cada quien es el arquitecto de su propia lírica muerte o mira a través del vidrio espeso o ralo de su ventana los estragos de la muerte en los cuerpos y en las cosas, y lo sienten y lo interpretan como les haya ido con ella, propiciando en esa forma, una diversidad de visiones sobre el mismo hecho.

Así tenemos cómo un Manuel Acuña se sumerge en sus reflexiones positivistas cuando contempla el cadáver cuyo cráneo en vez de ideas, una vez desposado con la tierra empezara a dar flores: “En tanto que las grietas de tu fosa/ verán alzarse de su fondo abierto/ la larva convertida en mariposa/ que en los ensayos de su vuelo incierto/ irá al lecho infeliz de tus amores/ a llevarle tus ósculos de muerto./ Y en medio de esos cambios interiores/ tu cráneo, lleno de una nueva vida,/ en vez de pensamientos dará flores”. Uno de los más trascendentes poemas mexicanos con el tema de la muerte es éste, “Ante un cadáver”, de Acuña, en el que establece su sentencia dentro de un materialismo mecanicista: “¡Misericordia y nada más!, dirán al verte/ los que creen que el imperio de la vida/ acaba donde empieza el de la muerte./ Pero, ¡no! Tu misión no está acabada, que ni es la nada el punto en que nacemos/ ni el punto en que morimos es la nada”.

Otro poema sobre el tema es “Muerte sin fin” de José Gorostiza, considerado como una de las más grandes obras escritas en México “muerte sin fin de una obstinada muerte,/ sueño de garza anochecido a plomo/ que cambia sí, de pie, mas no de sueño,/ que cambia la imagen/ mas no la doncellez de su osadía./ ¡Oh inteligencia, soledad en llamas!/ que lo consume todo hasta el silencio,/ sí, como una semilla enamorada/ que pudiera soñarse germinando,/ probar en el rencor de la molécula/ el salto de las ramas que aprisiona/ y el gusto de su fruta prohibida,/ ay, sin hollar, semilla casta,/ sus propios impasibles tugumentos”. “Muerte sin fin” es un poema de reflexiones

filosóficas, en él, Gorostiza se va de paseo con la metafísica, y empieza a escribir metáfora por metáfora, línea por línea, un poema logrado con la tinta más concentrada del cerebro, empieza a levantar toda una arquitectura erigida a la inteligencia: “¡Oh inteligencia, soledad en llamas,/ que todo lo concibe sin crearlo!/ finge el calor del lodo, su emoción de substancia adolorida,/ el iracundo amor que lo embellece/ y lo encumbra más allá de las alas/ a donde sólo el ritmo/ de los luceros llora,/ mas no le infunde el soplo que lo pone en pie/ y permanece recreándose en sí misma”.

Hay otro gran poema sobre el mismo tema: “Algo sobre la muerte del mayor Sabines” y aquí la muerte se pasea frente las narices del poeta, bailoteando sobre el cuerpo del padre canceroso, al que destruye, devora hábilmente; la muerte, aquí, en su manifestación más material: “No ha habido hora más larga que cuando no dormías,/ ni túnel más espeso de horror y de miseria/ que el que llenaban tus lamentos, tu pobre cuerpo herido”. En este poema Jaime Sabines encuentra la muerte en el cuerpo de su padre, en el cáncer, que le hace gritar desesperado “A la chingada la muerte!, dije,/ sombra de mi sueño,/ perversión de los ángeles,/ y me entregue a morir/ como una piedra al río, como un disparo al vuelo de los pájaros”.

Otras muertes hay en otros poetas, como la de Xavier Villaurrutia, bailoteando de espejo a espejo, recostada en los cojines y en el alfombrado de una burguesía media desahogada, preconizando con la muerte de su muerte, la muerte de ciertos hábitos propiciados por ciertos modos y sistemas de vida que la historia superará dándoles fin definitivo. Pero también hay muertes marineras como las de Juan Bautista Villaseca: “dicen que la muerte besa todo lo que se nos va,/ libro abierto, muro roto,/ ¿qué es lo que esperan los puertos que no caminan al mar?”

Los poemas “Algo sobre la muerte del Mayor Sabines” y “Muerte sin fin”, son sin duda, los más representativos de nuestra poesía acerca de este tema, sin excluir las décimas de muerte de Xavier Villaurrutia y algunos poemas de López Velarde y Efraín Huerta, así como “Ante un cadáver” de Manuel Acuña. Pero si partimos de la base de que los dos grandes poemas citados, los clásicos por así decirlo, se sustentan, uno, en consideraciones filosóficas, el agua (el alma), el vaso que le da forma, (Dios), la vida y dentro de ella la muerte sin fin, y el otro, en la descripción muy particular del deceso de un ser amado, cargado de escenas de humanidad desgarrada, nos

nos encontramos con que si queremos hablar de una poesía mexicana de la muerte, de una estricta poesía mexicana de la muerte, habría que buscar otro poema, tan grande como los mencionados, pero cuya construcción tuviera en sí la savia y las palpitaciones de nuestros mitos y de la piedra oscura y silenciosa de la que estamos hechos.

Ese poema está escrito desde hace mucho tiempo, se trata de “La Máscara Desnuda”, y he aquí que la figura de Aurora Reyes se nos vuelve a presentar, sobria, transparente, con sus trenzas amarradas por encima de la cabeza como un “sol redondo y colorado como una rueda de cobre” y con su “ídolo de piedra entre los brazos”.

El poema es de una profunda mexicanidad, plasmada en 140 versos por donde transitan con dolencias y dulzuras la vida y la muerte mexicanas, la vida en la muerte, y la muerte en sí misma, canto macabro y bello, acariciante y estremecedor, “Danza mexicana en cinco tiempos”, otra vez Coatlicue en el centro de las hogueras verbales:

Porque tu larga mano que mide las raíces
habita una semilla de tactos estelares,
un útero infinito que repite la vida
en las arquitecturas del sueño y la armonía.

Porque en la superficie hay un hijo que crece,
un árbol que culmina, una palabra nueva y solidaria,
un testamento activo, una noticia
para la libertad y la belleza.

De este gran poema dijo el maestro Arqueles Vela:

“Los fenómenos de la vida interior, el sentimiento de lo que no llega, la noción del mundo que acaba en las mismas cercanías de la existencia, se convierten, en la poesía de Aurora Reyes, en una conciencia de su yo, en la identificación de sí misma, como en la reversión de la realidad que se adentrara hasta lo desconocido de su propia entraña; en los litorales en donde aún las soledades y angustias aparecen con la contextura del agua que se petrifica y del fuego que se quema y de la tierra que se eterniza en polvo... Es la imagen de sí misma que se multiplica en el infinito”.

Juan de la Cabada, opinó:

“Aurora Reyes no es una literata. Aurora Reyes es una poeta. Todo poeta es un destino. Creo que “La Máscara Desnuda” —este

poema suyo— evidencia esa inmanente identidad de lo que un destino contiene de simbiosis sustantiva entre las realidades de una vida y la mágica imagen que con su voz denuncia la presencia del poeta”.

“La Máscara Desnuda” es para otros:

“Poesía del pensamiento, poesía cerebral, fuerte en su articulación, de hondura, de dimensión filosófica y con recia nervadura indigenista y savia ancestral. Con colores sustantivos: uvas doradas, verdinegro, nomeolvides, vestido amarillo, etc., que más que rima es música y color, más que palabra estática es piedra estremecida de antiguas resonancias... Teponaxtli y pirámide... que en su base es amplia y sólida y en la altura descubre con sus líneas firmes y convergentes los planos que en su vértice son un punto geométrico de luz y color, de matemática pura que corona el sol... “En este ascender, descubrir y redescubrir la realidad profunda y la esencia concentrada de los siglos se identifican, cultura y esqueleto, fósiles y arqueología”: Luis Alveláis Pozos.

La de Aurora Reyes es una poesía compuesta con base en tres vertientes poderosas: un lirismo que en un momento dado se desprende de las aflicciones del yo para convertirse (segunda vertiente) en una actitud política, en una preocupación por el hombre colectivo en el reclamo legítimo de equidades sociales y un horario dignamente cumplido.

La tercera vertiente se encuentra en la retoma de simbologías y motivos precolombinos integrados con maestría a las leyes verbales de nuestro tiempo. Los viejos mitos, las antiguas lecturas del cosmos, despiertan hacia una renovada metáfora para integrar una obra tan categórica y auténtica que hizo decir en algún momento al poeta colombiano Germán Pardo García: “Aurora Reyes es la poetisa contemporánea de la América India”.

En su antología *Poetisas mexicanas del siglo XX* (UNAM), Héctor Valdés señala: “Los años cuarentas constituyen la verdadera eclosión de la poesía femenina; surge un grupo compacto de poetisas que llega a nuestros días con una labor ininterrumpida y que poseen, además, un acento propio. Pertenecen a la misma generación de los escritores reunidos en torno a dos revistas fundamentales: *Taller* y *Tierra nueva*, quienes continúan por nuevos rumbos la tradición poética de México”.

Acto seguido, el investigador proporciona una lista de las poetas consideradas dentro de esta eclosión y da los nombres de Guadalupe Amor, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Emma Godoy, Margarita Paz Paredes y Aurora Reyes. “Estas dos últimas -nos dice el antologador- harán de la poesía una bandera revolucionaria en el sentido político”.

Aurora Reyes nació el nueve de septiembre de 1908 en Hidalgo del Parral, Chihuahua. Desde muy temprana edad tuvo que abandonar su lugar de origen y enfrentarse con los más descarnados cuadros de miseria en la Ciudad de México. Esta historia se inicia en el momento en el que su abuelo, el general Bernardo Reyes, cae acribillado frente al Palacio Nacional con lo que da principio la llamada “Decena trágica”.

A raíz de estos acontecimientos se desata una persecución a muerte contra los descendientes cercanos del general que tuvieran cargo militar. El capitán León Reyes, padre de Aurora, tiene entonces que pasar a la clandestinidad mientras su familia viaja a la capital del país y se instala en uno de los barrios más pobres en aquel entonces, “La lagunilla”. La madre se dedica a hacer quesadillas que la niña (sobrina de don Alfonso Reyes, quizá “sobrina incómoda”, a quien después de recibir una juvenil carta de ella, entusiasta y amorosa, sólo acierta a responderle en una tarjetita: “Aurora Reyes, corazón florido, sangre de mi sangre”) vende entre la gente más humilde para poder subsistir. Esa fue la primera visión que tuvo Aurora Reyes de su pueblo.

Ya adolescente ingresó a la Escuela Nacional Preparatoria; ahí, junto con Frida Kahlo, conoció a Diego Rivera con el que sostuvo una amistad que la convirtió finalmente en la primera muralista mexicana, una amistad que sólo terminaría con la muerte de Diego en 1957.

Por esos años sostiene relación amorosa con el magnífico poeta juchiteco Nazario Chacón Pineda, quien la lleva a conocer su tierra. Frida Kahlo para entonces ya lucía vistosos trajes de tehuana, imagen con la que se ha inmortalizado, pero ni ella ni Aurora habían tenido el privilegio de conocer Juchitán; cuando por fin eso sucede, Aurora Reyes le envía a su amiga Frida la siguiente carta:

Juchitán, Oax. Dic. 24-1946

Frida, Frida.

Desde esta otra tierra, desde este otro país o para mayor exactitud desde este otro planeta, yo te recuerdo Frida, ahora más íntima y cercana que nunca, al ver moverse en esta realidad maravillosa mujeres cuyos ropajes vistes tan regiamente en tu irrealidad de flor.

Aquí no hay tiempo para el sueño, ni para el recuerdo, sólo tres, cuatro gentes que llevo en mi sangre están presentes: tú, Héctor, Peke, Cokis... lo demás se ha perdido.

Ahora conozco a Diego, y sé lo que es su obra. –Recuérdame con él- aquí he llorado apprehendiendo la lección diaria de la verdad que él nos ha enseñado.

¡Nada hay parecido sobre la tierra! Y es otro también el cielo bajo el que diariamente llega la noche de mi insomnio: ¡Luceros como soles abiertos, frutos maduros para la cosecha de luz! –Nazario con su rostro de infinito, envuelto en una hamaca maternal, mece cerca de mí su sueño roncado en zapoteca.

El norte azota los árboles tendidos con sus ramas agazapadas como arañas gigantes.

El alcaraván canta las cuatro con su grito festivo que se ríe del reloj en cada hora.

¿Cuánto tiempo nutrirá mi emoción este matrimonio que mis ojos han visto? No es posible describírtelo, Frida, quizá, quizá cuando vuelva puedas ver este tremendo paisaje humano grabado en mis pupilas. ¡Pueblo de presente! Manifiesta alegría, agilidad y gracia. Ni un gesto amargo he percibido, y la hermandad y la comunidad y el afecto cobran nuevo sentido ¡Si el comunismo hubiera... Si el comunismo...

Me alimento de iguanas y armadillos, de camarón de sal y de totopos. Bebo horchata de maíz, guanábana dulce, carnosa y dulce, entregada en amor con su perfume, como el jugo de una boca mordida.

Por favor, Frida, háblale a Héctor, dile que pase a recoger mi cheque a Bellas Artes o a la Prevocacional, que los cambie y envíe un giro telegráfico a nombre de Nazario Chacón Pineda. Primera Sección. Domicilio conocido, pues ya se acabó lo que trajimos y ahora vivimos de la caridad pública. No podré regresar si no lo hace; si no quiere perder a su madre que escribía.

Supongo que Concha (aquí se refiere a Concha Michel, cuyo hijo acababa de sufrir un accidente) ya habrá vuelto, háblale y ayúdale en

lo que puedas sin mencionar que yo te he dicho nada. Parece que Godo sufrió un desperfecto en la maceta. No pude despedirme de ellos pues fui a Tehuantepec.

Saluda a quienes me recuerden.

Recibe mi cariño, mis besos.

Aurora.

Así descubría, vivía y describía México esa generación.

¿Cuáles son las fuentes literarias (hasta llegar a *La máscara desnuda*) de Aurora Reyes, cofundadora con otros grandes, igual comprometidos, de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios? Su estrecha amistad con Eulalia Guzmán (antropóloga en el centro de la polémica por aquello del supuesto hallazgo de los restos de Cuauhtémoc en Ixcateopan) la llevó al conocimiento de los textos mexicanos traducidos del nahuatl. Conocía los diversos puntos de vista y las confrontaciones que estos trabajos provocaban en un México por esas fechas en plena ebullición con respecto a las corrientes nacionalistas.

En ese renglón, sus lecturas iban desde los poetas de la era de Tecayehuatzin y Netzahualcoyotl, hasta las obras de investigadores extranjeros, desentrañadores de la vida de los antiguos mexicanos, estudiosos como Soustelle y Vaillant, Séjourné y Katz pasando por los muchos textos de nacionales contemporáneos.

En el hemisferio complementario de su obra fue una minuciosa lectora de los poetas españoles de la “Generación del 27”; es dueña de un manejo del epíteto que la emparenta con la poesía surrealista y vive con emoción la epopeya de la fundación de esta corriente.

En referencia a nombres concretos de nuestro acervo, algo tiene de Othón, algo de López Velarde. De Othón, en la lírica descripción del desierto; de López Velarde, en un tipo de versificación en el que el verso libre de pronto es sorprendido por líneas consonantadas (a veces asonantadas), de carácter aparentemente fácil, pero que ayudan eficazmente (en estos dos casos: A.R. y R.L.V.)

a la polirritmia del poema. Está también la presencia latinoamericana de Porfirio Barba Jacob, “¡Acuarimántima Poeta!”

Con estos elementos describe como nadie su entorno humano y geográfico. En su poesía crece la fundamentalidad del paisaje. La palabra avanza, el paisaje triunfa hacia todos los puntos cardinales del poema para que en él y desde él habite el hombre su dual condición: raíz y astro.

En 1947 editó el poemario *Hombre de México* y en 1953 entregó a la luz pública *Humanos paisajes*, del que Carlos Pellicer solía decir: “con este libro Aurora Reyes se coloca en un sitio privilegiado dentro de los poetas modernos”.

Así es como llega a “La máscara desnuda”, poema primordial de la literatura mexicana, que requiere un estudio profundo que hasta la fecha no se ha realizado. Entre los poemas de gran aliento escritos en México, como “El Tajín” de Efraín Huerta o “Idilio salvaje” de Manuel José Othón (para tocar los extremos en orden natural o a la inversa, efecto buscado a propósito), merece destacado sitio “La máscara desnuda” (Danza mexicana en cinco tiempos), poema con el tema-eje de la muerte, labrado con el pedernal y la obsidiana de una versificación principalmente alejandrino-ende-casílabas que se rompe en el Brindis intermedio de estrictas diez sílabas por verso para acentuar el efecto -por contraste- de una danza de muerte a huehueltl y teponaztles plenos. “La máscara desnuda” es un importante mural poético, como en los pinceles de Diego, de Siqueiros, de Fermín Revueltas, de los cuales también fue hermana.

Un poeta es su lenguaje. Aurora Reyes, en el intento de crearse un lenguaje se avoca al mito prehispánico y en él apoya su sistema verbal. Su lenguaje, entonces, se hace extensión de esa visión del mundo labrado sobre la piedra a cincel, sangre y sabiduría. La poetisa regresa a recorrer de nuevo el camino de la inteligencia pretérita, como un intento para ofrecernos el verdadero rostro mexicano, el de nuestro tiempo, con disposición hacia el pasado y el futuro: “¡Qué retornos de cielos en mi sangre!/ Mis pasos ondulantes ¡Camino de la danza! Habré encontrado el sitio de mi nombre, recobrado la forma de mi ausencia,/ la memoria anterior de mi esqueleto”.

Volvamos, concentrémonos en “La máscara desnuda”.

Este poema viene a ser -para calificarlo de algún modo- el “poema mexicano” de la muerte. Aquí la filosofía basamento proviene del

pensamiento mexicana, de la visión prehispánica; estamos en el centro del Mictlán: “He tocado los altos escalones de niebla/ que presiden la noche de tu templo iracundo./ He escuchado el molino que mastica el silencio/ que es como alimentarse la muerte de sí misma./ He alcanzado tu frente coronada de cráneos/ bajo el signo desierto de un abrazo de piedra”.

En el poema -como en el Mictlán- el deceso es el otro rostro de la vida, la muerte es vida: “Porque en tu larga mano que mide las raíces/ habita una semilla de tactos estelares, / un útero infinito que repite la vida/ en las arquitecturas del sueño y la armonía”. En el recorrido permanente de su espiral, a través de lo mexicano, llega al cosmos, el universo es capturado por medio de lo mexicano a lo largo de 140 versos que constituyen un monumento más a -y de- nuestra lengua.

Desde su poesía Aurora Reyes se sale de sí para mirar el mundo. Se va a la luz, baja por las raíces para encontrarse con la historia de un pueblo del que ella es también luz y barro adolorido; su dolor es ese, pero no es un dolor hacia adentro, sino hacia afuera, disputando su espacio en el ancho movimiento del cosmos capturado ya por nuestros antepasados, plasmado en la piedra y en el jeroglífico, y vuelto a capturar, esta vez por Aurora Reyes a través de la ceremonia poética.

Ya ha vencido la muerte. Pero será vida de nuevo; mejor, es ya la otra forma de la vida, “ya está dormido el sueño en tu frente perfecta,/ ya se unieron el ángel de espuma y el de fuego”. Nos ponemos de pie y marchamos en busca de nuestro rostro. En ese momento la poetisa, Virgilio en medio de nuestro propio caos, vuelve a inventar para nosotros el pensamiento secular, nos dota de su fuerza para enfrentar las actualidades con los pies fijos en la tierra y los ojos deletreando los signos estelares.

En “La máscara desnuda”, principalmente, Aurora Reyes reafirma su devoción por la forma; crea su muy propio lenguaje poético; alcanza metáforas de una gran originalidad dibujadas con un color propio de su verdad de pintora en la que también México se levanta de nuevo, sobre sus conmociones.

El poema en referencia -lírico y épico al mismo tiempo- está dividido en siete partes. La cuenta mexicana era de cinco: ce, ome, yeyi, nahui y macuilli. La poeta cumple con los cinco números y agrega dos más: su tiempo y el tiempo futuro. De tal manera, el

poema se desarrolla en la siguiente estructura: Tiempo primero, Tiempo segundo, Tiempo tercero, Brindis intermedio, Tiempo cuarto, Sin tiempo y Tiempo quinto. En este tiempo quinto, final del poema, Quinto sol, mira “el cadáver del sol hecho pedazos,/ un adiós con los pétalos de fuego/ y un ídolo de piedra entre los brazos”.

En su muy especial versificación, en varios casos recurre a las reiteraciones que si en muchos poetas de expresión débil pueden constituir un error retórico, en ella se suman a su fuerza y con poder enriquecen su geometría idiomática. El epíteto es más que nunca oficial de la energía. Y ya adentro del terreno de la adjetivación, otro procedimiento manejado con diestra mano es el de convertir el sustantivo en calificante, específicamente en materia de color. El entorno cromático queda así planteado después de que la autora anuncia que vestirá su muerte de amarillo: “con camisa de sal y ojos de uva,/ adornaré su piel de cascabeles/ y la coronaré de nomeolvides”; el sustantivo representa las diferentes tonalidades de las orlas mortuorias.

Otro elemento formal manejado con auténtico virtuosismo por la autora, es el ritmo. En el Brindis intermedio, como ya se había observado, resuelve demostrando su manejo a través de diez tercetas decasilabas y una línea última con acentuación en tercera, sexta y novena sílabas, simetría triunfal de pirámide y calendario, cadencia ceñida a las máximas posibilidades: “Dame muerte esa copa de amargo/ corazón, destilado en veneno,/ para el paso final del encuentro./ En tu aliento mortal mi simiente,/ la raíz del color en la frente/ y la cruz del maíz en el pecho...”

Nuevamente la escritora cumple con la cuenta nahuatl más la suma de los dos nuevos tiempos: el presente y el futuro. Lo define de la manera siguiente: las siete primeras tercetas están entrelazadas en un juego binario, son tercetas en parejas en las que la tercetas nones están rimadas en asonancias dentro del sistema A-B-B y las pares dentro del A-B-A. En la octava terceta, como cúspide solar de la pirámide, se rompe el escalonamiento y la rima asciende, pierde lo terrestre, gana lo aéreo en la fórmula A-A-B, la rima arriba. En la siguiente terceta se inicia el descenso, es decir, se torna al enlazado original para concluir con la línea suelta: “Toma muerte mi copa quebrada”.

En la pluma de Aurora Reyes, y en especial en “La máscara desnuda”, la poesía vuelve a ser la piedra circular que mide el tiempo. Es el ser que para expresarse convoca las fuerzas del universo. Después ese ser inicial se va a enterar camarada, se va a encontrar con seres similares a él haciendo el trabajo, la sed, la fatiga, la angustia, la incertidumbre, haciendo el conglomerado, y vuelve a convocar hacia la entraña y el cerebro al universo y su poder eterno. Así queda trazada la línea verbal entre el cosmos y los asuntos de la tierra.

DIVAGACIÓN FINAL

Aurora Reyes murió el 26 de abril de 1985 en la ciudad de México. Sus cenizas, como ya se ha dicho, descansan al pie de una magnolia que sembró en su casa de Coyoacán, calle de Xochicaltitla. En el tronco del árbol está pegada una placa de metal en donde se reproducen unos sencillos versos que ella escribió a la flor. Y como la poesía es magia, cuenta la leyenda, una vez más, así y para siempre, que cada aniversario de su muerte, como en cada aniversario de su natalicio (en un tiempo también se dijo que cada 26 de julio, aniversario de la Revolución cubana) sus amigos, entre cantos y poemas, reunidos todos en torno del árbol, contemplan cómo en su altura se abre “blanca y luminosa”, una esplendorosa magnolia.

MAGNOLIA

Hoy, blanca y luminosa,
nacite Yololxóchitl;
magna flor de las flores.
La luna es tu diadema cuajada de diamantes.
hoy, blanca y luminosa,
naciste, Yololxochitl.

Y todo esto... mientras esperamos, máscaras desnudas de nuestro tiempo y de los tiempos, abrazados del ídolo de piedra y con el cadáver del sol hecho pedazos.

Los símbolos transparentes

La región más transparente, de la que hablan algunos momentos de nuestra literatura, nunca fue tal. El valle de México, si nos atenemos a los decires de algunos etnólogos y también algunos estudiosos de nuestra geografía, fue una zona escondida por los dioses para que en ella reinara la bruma. Si ahora el humo y el cochambre hacen imperio desde la atmósfera hasta los organismos, en otros tiempos este valle se vio enrarecido, ya por las tolvaneras que venían desde las llanadas de Apam, ya por las emanaciones de la enorme laguna que, con sus vapores desprendidos de agua y legamos, escamoteaban a las primeras pupilas los altivos contornos del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl.

Pero a las brumas debidas a la mecánica de la naturaleza se vino a sumar, como signo fatal del que no nos hemos podido desprender, el vapor que se eleva de la sangre derramada, con la que se ha alimentado este valle en donde toda muerte puede caber como destino escrito que simplemente tiene que cumplirse.

La lectura de la *Visión de los vencidos* –por ejemplo– nos sacude al hacernos comprender con su testimonio directo, esta estremeceadora realidad de la que al fin y al cabo somos descendientes. Desde entonces, la sangre, como una maldición de los dioses, se empezó a derramar sobre el valle. Y no ha parado el torrente. El agua y la sangre se han vuelto una misma fuente a la que bajan a lermar las aves y los hombres. Y la historia.

Refrendo brutal de esta realidad lo fue el 2 de octubre de 1968. Los que vivimos los minutos de la muerte aquella tarde, nunca lo olvidaremos. Nunca se borrará de nuestro recuerdo aquel descenso de Huitzilopochtli en forma de estrella verde, aquella marca que surcó el cielo de Tlatelolco para arrancar los corazones en la magna ceremonia. Y estaban los cronistas para contar los hechos al tiempo.

El asombro de cientos de jóvenes reunidos en la Plaza de las Tres Culturas no tenía medida; se trataba de jóvenes enfrentados

repentinamente a la realidad de la pólvora y del plomo certero, sargento del gatillo. De pronto, como una sorpresa maligna, se abrió el abanico de fuego, y el tabletear de las ametralladoras se convirtió en una especie de locura metida en el centro de los cerebros.

La ciudadanía permanecía a buen resguardo tras las puertas de sus casas, mientras sus hijos estudiantes eran cercados, solos, como nunca, para aprender la lección de la muerte. Había angustia en los rostros, en el pecho un corazón que quería salir como colibrí no apto para esperar la punta de obsidiana del ritual.

Desde uno de los edificios había salido una voz pidiendo serenidad a los reunidos, solicitándoles que no respondieran al acto de provocación, que desalojaran la plaza en calma. Y luego las ametralladoras. En unos cuantos minutos aquella voz se había convertido en algo muy lejano, en algo que habían escuchado los oídos hacía quién sabe cuánto tiempo.

Ahora, en esos cuantos minutos, la sangre había formado lagunares en donde antes hubo una laguna, en la que se libró lo que se consideraba que había sido la última batalla (entre españoles y mexicas). Pero no, faltaba todavía esto, lo increíble para quienes apenas empezaban a vivir la vida, a estudiarla, a conocerla en este valle que nunca fue transparente, región de las tragedias.

La lluvia de plomo parecía imparable sobre una plaza que se había convertido en una trampa sin puertas; para donde se quisiera correr, el intento era inútil, las salidas estaban cerradas; la saña increíble apretaba sus mandíbulas y muchos cuerpos estaban ya siendo sembrados en el pasto. ¿De dónde surgía tanto odio?, la pregunta no esperaba respuesta, corría despavorida también, junto con los jóvenes que se la habían planteado.

Entonces se empezó a oír el ulular de las ambulancias cargando el aire de más latidos funestos. El sonido de la muerte, el olor de la muerte, la verdad de la muerte lo envolvía todo. No se sabía cuántos cadáveres había ya sobre el piso, pero en medio del pavor se tenía la intuición de que el asunto era grave y que probablemente nadie saldría vivo de él... si se habían atrevido a tanto... por qué no esperar el exterminio total.

Hubo dos vómitos de plomo en tan poca tarde, larga tarde de angustias que concluyó con las calles repletas de vehículos armados como para un combate con alguna potencia extranjera. Sobre la extensa barda de una pared del edificio de Relaciones Exteriores,

asustados, entre las sombras de la noche, había hileras de jóvenes capturados, obligados a mantener las manos pegadas al muro sin saber qué les aguardaba todavía.

Después... El Campo Militar Número Uno... Las prisiones... Los hospitales en donde no daban información ni a parientes ni a amigos...

Fueron días de terror los que se vivieron entonces. Los viejos dioses habían despertado para exigir su cuota de sangre. Y el cobro había sido pagado puntualmente sobre la región menos transparente del aire.

Pero hubo ojos que lo vieron todo y manos que se pusieron a escribir lo que había sucedido un día para el luto, en la segunda mitad del siglo XX. Así fue que surgió la poesía sobre el Movimiento del 68; así irrumpió la narrativa sobre el Movimiento del 68; las artes plásticas y el cine hicieron lo suyo, y de esa manera el crimen no pudo quedar oculto. Las conciencias heridas, pero libres, se hicieron al trabajo, y hubo crónica.

En el caso de la narrativa, la producción de cuentos y novelas fue extensa, había que contar los hechos con la fidelidad con la que se habían negado a hacerlo periódicos y canales de televisión. La herida dolía profundamente y ésa era la mejor forma de enfrentar el dolor, sacándola al aire para diseminarla hacia los cuatro puntos cardinales.

La lista de cuentistas y novelistas que abordaron los hechos suscitados en el Movimiento del 68 fue larga, los nombres fueron muchos, de escritores de los más variados estilos, como Salvador Castañeda, Luis González de Alba, Gerardo de la Torre, René Avilés Fabila ... También los hubo (claro está, aunque pocos) que pretendieron justificar lo ocurrido, y hasta existió un libelo, *El Mándrigo*, lleno de canalladas, al que se pretendió hacer pasar como el diario de un participante en el movimiento.

El paquete de novelas arrojado a la luz pública por las casas editoras fue grande, pero sin duda el libro que dentro de esta temática provocó mayores polémicas fue *Los símbolos transparentes* de Gonzalo Martré. Su salida despertó de nueva cuenta pasiones desbordadas al abordar el tema y las muchas dificultades por las que atravesó para su publicación abrieron una expectativa que se tradujo en números negros para los vendedores.

El título *Los símbolos transparentes* procede de una frase del poeta Octavio Paz; Martré la sumó a su trabajo no sólo como nominaciones de la obra sino también como epígrafe que ampara los varios centenares de páginas que la conforman. En las siguientes ediciones, el autor decidió prescindir de la cita paciana y recurrió en cambio, para esa misma función, a un magnífico poeta contemporáneo mexicano, poeta mayor, desgraciadamente desconocido por la gran mayoría de lectores de poesía de nuestro país, Juan Bautista Villaseca.

Hubo de todo a la salida de este título, ataques furibundos y defensas entusiastas que de alguna manera, entre unos y otras, terminaron convirtiéndolo en un clásico de la literatura sobre el 68. Muchos pueden no haber leído este libro, pero esos muchos no podrán decir que no lo oyeron mencionar en algún momento de las agitadas confrontaciones que provocó.

En estos hechos no estaba ausente la propia mano del autor, quien no desaprovechaba oportunidad para echar un leñito más a la caldera, valiéndose para esto de la entrevista periodística y de sus propios artículos colados en los principales diarios capitalinos.

El terreno estaba abonado debido a los grandes contratiempos por los que *Los símbolos transparentes* tuvo que atravesar para su publicación. Ninguna novela sobre el 68, *El gran solitario de Palacio*, por ejemplo, de René Avilés Fabila, o *Muertes de Aurora* de Gerardo de la Torre o *Los días y los años* de Luis González de Alba, por mencionar tan sólo tres de tantas, tuvo que pasar por este larguísimo rosario de penurias.

La historia la fue contando Martré de entrevista en entrevista. La novela había resultado finalista (segundo lugar) del Premio Internacional de Novela México, que en aquel entonces mantenía importante empresa editora y que ese año había sido ganado por Jorge Ibarguengoitia con su novela *Estas ruinas que ves*. Entre el jurado de ese concurso se encontraban personajes como Augusto Roa Bastos y Ernesto Mejía Sánchez.

Los problemas empezaron cuando el director editorial de la empresa patrocinadora del concurso condicionó la firma del contrato a la supervisión de nombres de políticos que en la novela abundan como un señalamiento constante de los responsables de aquellos hechos, desde la esfera oficial. “O cambia los nombres o no le editamos nada –dijo el editor-, al fin que la convocatoria nos obliga moralmente, pero no legalmente”. Entonces, por la

importancia que el autor suponía que su obra entrañaba, ya que había obtenido el segundo lugar de certamen tan importante, los manuscritos fueron llevados a otra editora de importancia en donde se le dijo que ahí se editaba poca literatura.

Así fue como se tocaron las puertas de una editora más, de igual peso que la anterior, y como la respuesta fue la misma, Martré decidió cambiar los nombres de sus personajes, como se lo habían solicitado inicialmente. Entonces los organizadores del concurso le recibieron el libro invadidos por repentino entusiasmo. Pero cuando el libro ya se estaba imprimiendo, un barrendero de la editorial, al hacer el aseo del edificio, vio una de las pruebas en el suelo, la leyó con la dificultad que bien podemos imaginar, y escandalizado la llevó a la dirección de la editora junto con su opinión de lo leído. El criterio del barrendero atemorizó a los directivos a tal grado que la impresión fue suspendida de inmediato.

Y así fue el libro, de editora en editora, de contratiempo en contratiempo, hasta que finalmente, después de mucho, la editorial V Siglos que dirigía una señorita Garavito, hija de un empresario de Monterrey, se lanzó a hacer la primera edición con el éxito de ventas ya antes apuntado. Posteriormente Raúl Macín hizo una de las últimas publicaciones de la obra en su editorial Claves Latinoamericanas.

En la defensa de sus 532 cuartillas, Gonzalo Martré ha dicho: “En mi novela no se ataca a particulares. Se critica un sistema, se sanciona una masacre. Aquellos que se sientan ofendidos, responderán al planteamiento del arquetipo. Sus hechos, o sus palabras, los habrán colocado en situación falsa ante la historia, y no en mi novela. La historia no la hacen las novelas, la hacen los hombres, y ante la historia deberán responder por sus actos, no ante mí, un modestísimo y censurado narrador”.

Además de *Los símbolos transparentes*, el autor de *Safari en la Zona Rosa*, *La noche de la séptima llama*, *Coprofernalia*, *Dime con quién andas y te diré quién herpes*, *El Chanfalla*, *Entre tiras, porros y caifanes*, *Tormenta roja sobre México* y un quincenal de libros más, siempre rodeados de discusiones y jaloneos, es autor –y es necesario señalarlo- de un estudio publicado por la UNAM precisamente sobre la novelística acerca del 68.

Al abrir estas páginas nos colocamos, pues, ante un libro representativo –para muchos el más representativo- de toda

una corriente a la que se llamó la novela del 68. Por ello sería bueno asomarnos, aunque sea brevemente, a lo que dicen los críticos literarios y los propios escritores de él.

Para el crítico Ignacio Trejo Fuentes “uno de los grandes aciertos de Martré es la hábil estructuración que ha dado a su novela: no sigue la linealidad estructural tradicional (es decir, inicio, clímax y desenlace), sino que nos presenta una pluralidad escénica muy compleja y original, además de bien llevada.

“La mescolanza de los planos narrativos tiene un parentesco cercano con la narrativa cinematográfica: las secuencias jamás son directas, sino que mantienen una ‘ordenada anarquía’. Ésta se consigue por medio de efectos descriptivos que al mismo tiempo que mantienen el interés anecdótico permiten una extensa variedad de planos, de tomas, que nos hacen ver la novela desde ángulos espaciotemporales complejos”.

El escritor René Avilés Fabila, después de señalar que para Gustavo Sainz *Los símbolos transparentes* es la mejor novela del 68, dice que “la novela está escrita con soltura. Su lenguaje es ágil, nervioso, de gran riqueza. Su autor, Gonzalo Martré, es un narrador natural, muy fluido. Y gracias a una estructura capaz de sostener simultáneamente muchas historias utilizando técnicas modernas, la novela puede ser leída con facilidad”. Remata el mismo Avilés Fabila: “Brillante sátira, la mejor novela que México ha dado en muchos años, por fin tenemos a la mano *Los símbolos transparentes*, que por tanto tiempo rechazaron editoriales de centro, derecha y de izquierda”.

Los símbolos transparentes forma parte de la crónica del México contemporáneo que los escritores con conciencia política han venido escribiendo entre aciertos y caídas, entre sombras y fulgores.

Finalmente todos estos autores dejan en nuestras manos un espejo (de papel) envuelto en brumas, como el de Tezcatlipoca y como el valle de México, de cuyas vertientes lermamos la vida y la muerte, un espejo que desde el fondo de su claroscuro nos permite reconocer nuestro rostro.

Doy fin a este texto. Apago la computadora. Abro la puerta hacia el exterior y me encuentro en el centro de la Plaza de la Constitución, en El Zócalo, centro geográfico y político de México y me encuentro que ante mis ojos se extiende el Sur de la Ciudad: Xochimilco, Tlalpan, Coyoacán; el Oriente: Iztapalapa, Chalco, Iztapaluca; el Norte: Atzacapotzalco, el Tepeyac, Ecatepec; el poniente: Cuajimalpa,

Santa Fe. Que no había estado escribiendo, que para relatar el perenne crimen había estado nada más vagabundeando entre sueño y pesadilla, y todo esto en los símbolos transparentes que se extienden en los límites de la región menos transparente del aire.

MOTIVOS PARA LA DANZA

Esta mañana vamos a hablar de Tlatelolco.
¡Comience la danza!,
como si nos fuera dada la capacidad
para llenar ¡las mañanas de tristeza,
de odio y de rencor profundo,
de miedo.

Esta vez vamos a hablar
de ese rencor magnífico
que pudimos guardar por tanto tiempo
para no romper el papel depositario
y acabar por decir nada
en un manchón de tinta amotinada.
A muchas frustraciones de distancia
regresamos a nosotros mismos,
volvemos a ver nuestro pellejo,
aquel que guardamos tan celosamente
mientras el cielo llovía bengalas sorprendidas.

Hay veces que el dolor nos duele tanto
que no se habla con palabras,
que hablamos con sudores, con orines,
con la savia que se asfixia impertinente
agolpando la mitad del pecho.
Ah, pero nosotros, los periodistas
de un mundo equilibrista,
seguimos escribiendo,
llenando nuestras páginas con tinta comercializada;
ustedes, los burócratas...
seguimos burocratizando el sueño;
y ustedes, médicos y abogados,
seguimos engrasando las ruedas del sistema;

y ustedes, maestros en aulas desdentadas,
seguimos geómetras de cuadros para el miedo;
y ustedes, estudiantes,
proseguimos gritando a media calle,
agitando nuestros ramos demagógicos
hasta que el puesto oportuno te amordaza.

Total, aquí no pasa nada,
fulanito de tal murió de cáncer,
la mengana se acuesta con mengano,
el dólar se cayó desde el empire,
la mafia reprobó a Juan de las pitas
y cualquier deslenguado posa en genio
porque se encuera en nombre de la zona rosa,
mientras, la fuerza, se ahoga en un tumulto de agua.

II

Esta tarde vamos a hablar de los recuerdos.
Vivíamos en un cuarto total, destartelado,
en donde le debíamos hasta al aire.
Éramos nueve fulanos mal dormidos
quienes nos repartíamos el hambre democráticamente.
Uno estudiaba economía,
otro era piloto,
otro más trabajaba en una fábrica
y ahí, y entre nosotros,
aprendió la palabra plusvalía;
tres venían del desierto
con la sed en sus células reseca;
otros dos ordeñaban a la física
y yo me carcajeaba haciendo versos.
Por las noches, en lugar de buena cena
bebíamos cerveza,
y cantábamos,
y decíamos poemas congregantes,
“puedo escribir los versos más tristes esta noche”,
y hablábamos de novias y de adioses.

Éramos nueve que hablábamos de mítines,
de las contradicciones,

de Marx y de Proudhon,
pero ninguno de nosotros conocía el plomo,
por eso es que después nos dispersamos.
Cada quien con su propia banderita
de paz sobre su hombro.

Yo lo vi, fui testigo amedrentado,
primero un helicóptero y después la muerte.
El crimen que nos llega desde el cielo,
rotundo, repugnante,
arbitrariamente gorillesco,
y la voz fratricida:
“en mí no cabe el odio”,
y su eco irresponsable:
“A mí la historia me hace los mandados”,
y mientras, el asfalto,
con su deshojazón de piernas, de ojos, de manos,
de gritos despetalados por la bayoneta rígida.
Allá una mujer embarazada,
acá, diferentes zapatos de muchachas,
solos, deshabitados,
y padres que preguntan por sus hijos,
más allá, una manta con la efigie del Che,
envuelta en agua triste,
por todas partes el odio y la angustia,
las ventanas con sus bocas abiertas,
ahogadas por el frío
y en Palacio un presidente que dice:
“aquí está mi mano”,
y un pueblo asustado que responde entre dientes:
“que le hagan la prueba de la parafina”.

Eran como pájaros helados, desalados,
untados en el pavimento indiferente.
Eran como una maldición por siempre.
Éramos nueve que ya sabíamos del plomo, divisor certero.
Un mal recuerdo en un tumulto de aire.

III

Fue en Tlatelolco,
nosotros lo vimos esta tarde,

con nuestros ojos ardientes lo vimos,
lo sentimos, lo palpamos, nosotros lo vimos.
¡Dancemos!
Destruyamos todo con la danza
para hacernos la luz y el nuevo tiempo,
hacer el canto.
Fue en Tlatelolco.
Nosotros lo vimos,
estaban todos reunidos para empezar la danza.
Era la primera época,
fue en Tlatelolco,
el quinto sol danzaba sobre nuestras cabezas,
la piedra era la cama de los siglos,
la lengua de los hombres,
la lengua de los vientos,
la lengua de esa tarde,
de allá del cielo bajo,
fue del cielo que bajó
como un relámpago,
del cielo bajó el rayo verde.
la raya verde,
la muerte verde,
los hombres se reunían para iniciar la danza,
luego llegaron los perros de la muerte,
babeaban,
sus pisadas sobre las escalinatas,
plam, plam. plam,
sus pisadas,
plam, plam, plam,
sus pisadas,
plam, plam,
del cielo cayó como un cometa,
un rayo verde, un relámpago verde, una estrella verde.

Nosotros somos testigos.
Caían sus pisadas, plam, plam, plam,
sus pisadas plam, plam, plam,
clavaban sus pezuñas en el piso,
babeaban,
los hombres caían en medio de la danza.
Que florezca todo
porque todo está muerto,

porque mataron todo.
Que se acabe todo porque reconstruiremos todo,
lo haremos todo,
nacerá todo,
volverá todo con la danza,
dancemos,
sus pisadas,
plam, plam, plam,
reconstruiremos todo con la danza,
porque acabaron todo,
porque mataron todo,
todo murió en un tumulto de fuego

IV

¡Comience la danza!
Porque esta noche
nos hemos echado al hombro un compromiso,
el de encontrarnos nuevamente,
el compromiso de hablar
hasta la fatiga misma de nuestra saliva,
a palabra calada.
Hay que romper los verbos y la sangre amordazada
para marcar el asco con toda nuestra lengua
y quemar con la ceniza de los muertos ciegos
una cruz en la frente de los criminales,
el que dio la orden en Palacio,
“el responsable soy yo”,
y las hienas de pronta ejecutoria.

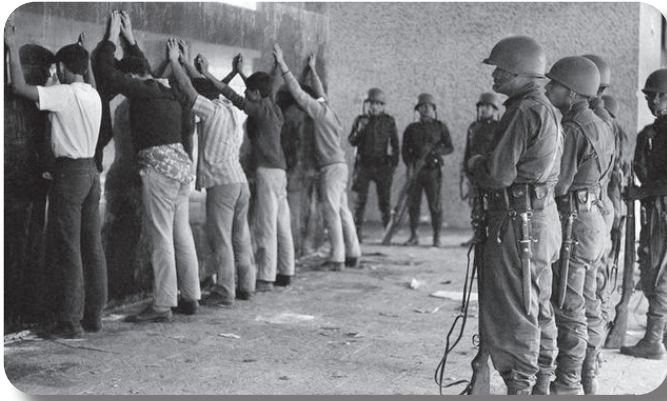
Y bien, todos los días son hoy,
que lo digan los cuerpos cerrados para siempre en Tlatelolco
con las venas vencidas en las escalinatas,
que lo digan los herederos de este rito cruento,
sobre 68 deyecciones,
el que salió de su casa un diez de junio
para rebautizarse con la muerte,
el que azota las plumas lastimadas
en subterráneos plenipenitenciarios.

“El responsable soy yo”.
Sí, claro, el responsable eres tú, pero también yo,

y todos los pronombres personales del idioma,
y todos los minutos silenciosos,
y el desconocimiento de la palabra ¡Basta!
En esas condiciones
me asusta entrar a las maternidades de luz vertiginosa,
palpar mi piel intacta
y que mañana siga siendo el hoy de siempre,
y saber que jamás olvidaremos Tlatelolco
desde esta descarnadura tumultez de tierra,

V

Aquí se acabó la danza... ¡Dancemos!



Escenas del 2 de octubre de 1968, en Tlatelolco, Distrito Federal. México.

En el principio fue el grito, cierto, Arturo

En el principio fue el grito –cierto Arturo Guzmán- y el grito se hizo piedra, cierto también. Entonces, de acuerdo estamos en el encuentro del horario; en el principio (grito, piedra) fue la poesía, la que vislumbra y designa, la que toca y adivina todo, hacia lo alto y los oscuros, hacia lo hondo y los luminosos; en el principio fue la poesía, de grito a piedra para hacer la arquitectura del latido, de herida a tinta, que como sangre de las verdades, edifica la palabra que hoy nos cedés.

Hablemos de la piedra, Arturo Guzmán, poeta tú de mis predilecciones, hablemos de la piedra, estrella derribada que se vuelve a levantar edificio en su nueva relación con los estremecimientos, construcción por donde se asoma el planeta para ver su historia trazada en translaciones desde el cosmos, en rotaciones hacia el cosmos, adentro y afuera de la verdad cantando, de la oscura verdad que se ilumina en su recorrido a través de la curva infinita.

En esa piedra, punto de partida, radica la historia de nuestro calcio en pie, que empezó a caminar mucho antes de que Dios se pusiera a inventar al diablo para darnos un asidero en los equilibrios. Esa piedra es, entonces, un vivo grano de polvo de las constelaciones, y en él hemos de reconocer nuestro pie de pretéritos e impulsarlo hacia el deslumbramiento de los hallazgos.

Estamos hablando, la poesía, tú, yo, la arquitectura, la industria de la palabra, estamos hablando del Ábrara del que ha partido todo para que seamos, para que lo repitamos y nos repitamos como esencia en movimiento de nuestra construcción que ahora tú trabajas verbo para decirnos tu manera de ver estas cosas.

Entonces resulta que el grito es lanzado hacia adelante y con su carga horada; es un golpe que reclama e impone porque la sangre lo lanza en sus horadas. Es un golpe que desde la mente del golpe se convierte en el edificio en el que vamos a acomodar nuestras horas de hoy y de mañana para que seamos, porque vamos a ser

Arturo Guzmán, primero empieza la poesía de esa piedra, de la piedra, y desde la poesía parten todos los vectores.

Te sé escribiendo, Arturo y he leído de tu escritura; después, me he quedado con la firme idea de que tenemos tiempo por delante; hay que darle forma al golpe, quise decir a la piedra, quise decir al grito, quise decir a la sangre que te corre por las venas del verso.

De esa manera es que de tu letra sostenemos los pasos complementarios y al dar vuelta el rostro hacia atrás, después del acto, descubrimos que hemos inventado la distancia. Vamos caminando con la piedra a cuestas para volverla a lanzar hacia adelante. El gramático te dirá que una vocal fuerte unida a una débil se convierte en un solo golpe. Pero tú no eres poeta para esas ridiculeces; si tu frase requiere que tal fusión te dibuje dos tiempos, que los dibuje, porque el poeta eres tú. Y es a ti a quien corresponde decidir las medidas de la piedra, nada más a ti. Porque eres el dueño inicial del edificio del que luego nos harás los dueños pero a través de tu decisión creativa.

Inventor del mundo que te inventó con su fuerza que ahora heredas para convertirlo. Ya sabemos que *el grito se hizo letra, canto, danza, música contra el viento de la muerte*. ¿Le vas a poner frenos a ese grito? Deja que lo hagamos los que no somos poetas, tu ejercicio es de mayor lumineo. Más allá de la luz precipitarán los tiempos cascadas de inquietudes. Deja a los pequeños ahorcarse con la regla. Ah poeta, hijo de tu propio libro que te amamanta y engrandece. *En el principio...* el grito y la piedra fueron uno, luego se organizaron los sonidos y apareció la luz, precisamente, anastásicamente, espiralmente, y desde aquel entonces hasta la aparición cantando hacemos y rehacemos, energía que ni se crea ni se destruye, pero construye como tensión continua entre los extremos de la eterna epanadiplosis que recorreremos, de la eterna epanadiplosis que recorreremos mientras, de la eterna epanadiplosis que recorreremos mientras su paréntesis nos recorre renaciéndonos unimúltiples.

Dime poeta qué se siente volver a inventar los universos, ser la carne de Dios, hijo del hombre, y que los versos de tu poema se conviertan en las casas de todos. Entonces, ¿la vocal fuerte se va a comer a la débil como lo permiten los convencionales o vas a sumar: más por más da más?, que es lo que en facto corresponde a tu destino, a ti, cruciférico de destinos. Asumiendo la inversa (totalidad en acción), que sepan todos que “Palomita blanca,

palomita azul” no son doce sílabas como aceptan los convencionales. Que son once, porque al poeta le sirve que sean once en la palma de su mano. Y once son. “Yo... vuelo y polvo como tú”, no son nueve, son las ocho que faltaban. Y ocho son.

Tú que conoces tan bien de luces madrigalas con sonoro estallido cintilante, acércanos a los umbrales del oscuro pentagrama impenetrable. Entonces el grito y la piedra se vuelvan carne una y otra vez, cada que se reinicie el ciclo y cumplamos con los tiempos de tu poesía o sea, que nos cumplamos a nosotros mismos a la perfección de nuestras imperfecciones. Es que con nuestra dualidad -ser grito y ser piedras- nos colocamos en la veracidad del canto. Las estrellas cantan, las de arriba y las que mecieron trilobites en las orillas de los esteros, en el corazón de los helechos, en el barro del origen. Grito y piedra que somos canto y que abrimos tu libro para reconocernos.

¿No has leído aún el libro de Arturo Guzmán? Hazlo, para que reconozcas la galaxia de la que procedes. Nuestra ascendencia esterlina te repite entre las lascas marcando a filo llano cada uno de los gestos de tu rostro y así seguirá siendo hasta que la cronología de cada cuerpo, de cada hecho, adquiera el giro levógiro que le debiera ser propio, cuando el planeta gire hacia la izquierda imantada por la palabra del poeta, al que ahora saludo desde mi minúscula realidad planetaria, esperando los portentos presentidos, acomodado en una de las más disimuladas esquinas del tiempo.

En el principio fue el grito y el grito se hizo piedra, y el grito se hizo letra, canto, danza, música contra el viento de la muerte. Y música somos, y en la música del poema nos convertiremos.

Roemmers como la arena

Cuando Silvestre Revueltas escribió su obra sinfónica conocida como “Música para charlar”, en realidad había tomado como tema central la construcción de la línea ferroviaria que atravesaba el desierto de Baja California. La suite que ahora conocemos era una serie de partituras en la que describía el desierto y la lucha del hombre por vencerlo, por meterse en él, formar parte de su entraña y convertirse en su voz.

En las partituras de Revueltas se levanta el cactus sediento y erige su prominencia sobre la árida planicie; empieza a delinear un idioma. En igual forma la roca se atreve con formas casi humanas a decir que vive y que lleva sobre la espalda todo el peso de la planicie ardiendo.

Entonces, al detenernos en lo que la música dibuja nos encontramos con la arteria del llano y de la piedra. Entonces, la piedra tiene voz y pulso y habla e inventa su idioma y Silvestre nos lo dice en música, el título es otra cosa, “Música para charlar” viene del sentido del humor con el que siempre se manejó el autor, pero en el fondo, en la verdad de la obra, está el tremante paisaje que desde su calcinación levanta un dedo y nos cruza la frente.

Los subtítulos de la suite describen ese mundo: Cactus, Crepúsculo, Arena y agua, Tractores, Canción de la tierra patria. La música, como el ferrocarril al que le canta, se va abriendo paso a mitad del tórrido paisaje, avanza paso a paso, se hace distancia de tanto enfrentarla y vencerla con la suma de cada milímetro logrado.

Entonces junto con el ferrocarril y con la música, la arena y la roca caminan también y las distancias se acortan en el abrazo del fuego.

Algo hemos aprendido de la exposición en sol mayor, y es que la piedra vive y que bien puede abatir cualquier distancia por medio de sus universales esencias. Viene Alejandro Guillermo Roemmers, como la arena misma, y nos lo confirma, no hay distancias. La latitud sólo es una y su latido también. La piedra bien puede tener la poligonía de un soneto, roca viva con catorce fulgores en las venas.

Una piedra pudiera ser una ventana en donde las distancias son sólo una en el lapso que va de la piel litia a lo que el corazón percibe y expresa. Y una ventana puede ser un soneto en donde ya se juntaron todos los caminos mientras la música silvestriana nos envuelve.

Entonces en este juego poliédrico nos asomamos al soneto de piedra; ya Rubén Vela, jugando con catorce piedras había construido la eternidad. Nos asomamos: “Versos ciegos, ardidados, desolados, / contra la furia indigna de los vientos, / hombría del soneto castellano. / Son catorce Tupacs juramentados, / titanes que persisten irredentos, / templo vivo del canto americano”.

Empecemos pues a jugar a que somos piedra, nos levantamos y andamos... pero no es juego, esto no es un juego, porque tal movimiento es decidido por un motor superior que es la poesía. En Lítico, el daño de un lunes se erige desde la sonrisa del alfil de piedra. Así, la tijera ábrega corta el polvo abotonándose la fecha mientras descende su caricia violenta hasta la afeitada superficie. Toca. Hosca toca, nos coloca frente al filo de la sonrisa del alfil y su luz de martes. La tijera se va silbando a inaugurar nuevas semanas. Sol. Yo, observa desde sus ojos de polvo. La llave se arrastra luego vuela.

Dice el poeta macedonio Mateja Matevski: “...y he observado el instante en el que se abre la flor/ con un vértigo de aroma/ sobre la roca marina. / Era el momento entre la línea que separa y une/ la inexistencia y el tiempo futuro”. Descripción es esta -discierno- del concepto ábrara en su más exacta nitidez, pero no divaguemos; volvemos a Matevski: “Formas dejadas en el espacio/ desde el movimiento de las estrellas/ en las que también nosotros nos reconocemos” y concluye: “...asombrados ante esa línea entre el sueño y la vigilia/ como entre el dolor y el grito/ ante el día que nace”.

Él ha observado el instante en el que abre la flor desde la piedra. Matevski y yo, así, hemos observado cómo se abre la piedra desde Roemmers, cómo se escinde y un estallido de savias brota del intro desgarrado. Esta es una piedra primordialmente en forma de soneto y se pregunta: “¿No es del cristal más frágil, más extraño, / esta copa de cantos y de herida?”

Nos encontramos, pues, con que la piedra habla, lo sabíamos desde que la vimos luchar con las notas de Revueltas, pero ahora persiste en acto de corroboración. La roca tiene voz: “Déjame ser

prado y tiéndete, / déjame ser manta y cúbrete, / déjame saciarte y bébeme. / Siente fluir por tu garganta/ mi alimento de palabras, / hacerse carne hasta tus huesos,/ inundar tus venas con mi sangre./ Déjame florecer por tus entrañas/ suturar los barrancos de tu herida,/ extenderme por la pampa de tus sueños/ y alumbrar las semillas de tu espera”.

Luego, la roca se recoge de las aspas del viento y retorna a sus catorce estadios para establecer su libertad desde la forma más ceñida. “Cabe la vida entera en un soneto” afirmó alguna vez Manuel Machado. “Cabe la vida entera en un soneto”, repite con certeza y nos subraya Alejandro Guillermo, el de las pampas. “Cabe la vida entera en un soneto”, nos corrobora azul la vida misma, desde el acento primero de Petrarca, desde la voz añil de Garcilazo, desde la tinta en sí garigoleada de Góngora y Sor Juana, ambos en dúo liga de hondo zumo gongorayargotante. “Cabe la vida toda en un soneto”, lo repetimos todos desde el soneto mismo que somos cada uno.

Así el soneto se disuelve en verso libre, se hace y se deshace en continuo movimiento para que el libro pueda realizarse en la cabal expresión de la piedra y su segmento; cuando piedra y cuando arena, ésta, la que finalmente triunfará sobre nuestras sienas, como el laurel que marcó el tiempo.

Hay un libro que ha usado como tinta la sangre de la piedra. Y también nos está reiterando la sentencia. “Como la arena”, se llama el dicho libro, y su autor, Alejandro Guillermo Roemmers desde el verbo mineral nos ve, poeta él, nos dice, nos dibuja y como en la música de Revueltas hace luchar la arena, el agua y los tractores. El tractor es el verbo y nosotros la tierra en la que el libro volverá a tener voz y latido.

Relicario de cojos y bergantes

La pluma múltiple reducida a individual arrebatado para reproducirse hacia la imaginación y las agitaciones de los muchos, ahora se carga de tinta arrecha, recoveca y rebuscona, para regodearse al amparo de la firma de Dimas Lidio Pitty, desde el breve cuerpo que por nombre lleva el de Relicario de cojos y bergantes, atentado real al buen gusto de lo moral tozuda, limitada, limitadora de las expresiones libérrimas. El ardoroso muestrario se acurruca en la evocación e invocación, en la vocación del Quevedo cabulesco, justo en el impulso que no se detiene al cambiar una metáfora por un desmán, guiño a la lujuria bien pelada de artificios:

don Francisco de Quevedo,
gran maestro de la lengua
van a su gloria sin mengua...

Y se abre el decimerío sobre la más erguida y robusta tradición espinela, con entusiasmo dominio del “metro”, ese, que tanto ritmo le da al verso y a la vida. En el envío, treinta y seis cumplidas y cumplidoras décimas para despacho de las treinta y tres faltantes; para despacho con la cuchara grande y con la chica.

Juguetonas, vulgaronas sicalípticas, don juanescas y donjuanetescas, entronas, pervertidas a más no poder, a más sí joder, éstas décimas, odaliscas de abiertas algaradas, pícaras, desafiantes. La suelta versificación retoza despreocupada en el catálogo de Dimas Lidio Pitty; libertinaje atrapado en fragorosos octosílabos, apareados de diez en diez para que no se desboque... más:

Esencia de tiempo, esencia
de mareas y mutaciones
tienen las emanaciones
de tu carne entumescencia
eso lo sabe la ciencia
y lo conoce la mano...

Rebumbio orgiástico al nivel de los tobillos, de las rodillas, de las cinturas; asamblea del verbo leperoso, leperante, leperero, lepefuerte, lepidia para los del mediano salto, despernehoradas versificaciones pidiendo más del albo zumo, sumo diez y diez y diez, de diez en diez hasta el venidero colapso de la lengua, la de Quevedo, sí, pero también la de cada mortal con alma en ristre.

Hace tiempo, el ya fallecido poeta y periodista Rodolfo Coronado hizo una selección de este tipo de singularidades. A su acopio le llamó “El despiporre intelectual” y con ese título fue circulando de mano en mano... de mano en mano...

La idea fue la de mostrar a los lectores que los poetas no son esos rostros adustos y actitudes formales que muchos creen. Así, por las páginas de “El despiporre intelectual”, desfilaron las “escapaditas” que más de alguna vez se dieron con la lengua los circunspectos señores que los libros nos muestran.

Por las páginas del alegre mamotreto desfilaban desde la monja de Nepantla hasta el Leduc, aquel, de telegráfico estilo, pasando por Salvador Díaz y el Mirón de Othón. Cuánta picardía sumaron finalmente estos adustos señores del ingenio. Allí un Francisco Liguori nos relataba como tuvo un amigo canijo que leyó en un libro viejo aquel antiguo consejo y lo siguió muy prolijo. Con su propósito fijo pensó como buen pendejo, “seré feliz porque dejo, un libro, un árbol y un hijo”. Y nos relataba como fue que le salió mal todo, “pues irónico modo dejó al fin de su jornada, un libro muy aburrido, un árbol seco y torcido y un hijo de la chingada”.

También hizo hablar a aquel poeta zacatecano que recordaba que Aurora tenía un gorrión, y “de él se preocupa tanto que casi la embarga el llanto si lo sacan al balcón. Si lo meten, su aflicción es tan desconsoladora, que con su pájaro Aurora diariamente nos irrita, pues si se lo meten grita, y si se lo sacan, llora”.

Y así, de página en página, Coronado nos fue llevando desde las ingenuidades de Margarito Ledesma hasta las tribulaciones del *Ánima de Sayula* desde las ternesas de Leduc hasta las romanticaciones de Pichorras y las mentadas sonoras de Aurora Reyes.

He recordado ahora a Coronado, Rodolfo, porque si aún viviera, de seguro que gran parte del *Relicario de cojos y bergantes*, ocuparía un legítimo sitio de honor en más de la mitad de aquel su libro.

Siguiendo las sempiternas sapiencias que nos han legado las antecesoras generaciones, advertidos estamos de que para que la verga

apriete, el palo debe ser del mismo barco. Así que, para hacer versos de este pito, perdón de este tipo, sólo un poeta podía tomarse la pequeña libertad. Dicho de otro modo, estas son décimas hechas con el mismo palo.

Aquí nada vota por la abstinencia imaginativa ni por que se liguen las trompas de Jericó. ¡Estriden las trompas! ¡Caigan las murallas! Cada uno de estos diez mandamientos de la ley del verso tiene que ser leído sin malos gestos frente a las gestas de Dimas Lidio Pitty. Conclusión, Dimas le pone:

Aquí quedan estos versos,
con un adiós y un consejo:
que nadie muera de viejo
sin haber...

Y aquí quedan, señoras y señores en sus haberes... buen provecho.

Los camellos de Valencia

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arrenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cénit de fuego—
pararon silenciosos, al pie de las cisternas....

Cierro el libro para perder la mirada entre las nubes. Estamos en el año 1998 y vengo de participar en uno de los festivales de poesía de mayor prestigio en el mundo. Este Festival se realiza en Colombia, en la ciudad de Medellín y en otras ciudades cercanas, reuniendo lo más destacado de la poesía en el planeta.

En esta ocasión fueron invitados a participar personajes como Thiago de Melo del Brasil, Jorge Enrique Adoum del Ecuador, Rafael Cadenas de Venezuela. Saúl Yurkievich de Argentina, Nancy Morejón de Cuba, Mateja Matevsky de la República de Macedonia, Vahé Godel de Suiza, Tasos de Negris de Grecia, Hassan Teleb de Egipto, John Deane de Irlanda, Justo Jorge Padrón de España, Olga Nolla de Puerto Rico, Loredana Bougliun de Croacia entre muchos más, escritores deslumbrantes todos ellos.

Una de las sedes que me asignaron fue la Universidad de Antioquia. Ahí me encontré con todo un personaje, el uruguayo Clemente Padín, lo abordé y le dije todo lo que me impresionaban sus propuestas. Resulta que Clemente Padín es uno de los líderes más destacados de las formas vanguardistas actuales. Al yo estar casado con la pintora Leticia Ocharán, entré en contacto con la gente que dirigía en México la “poesía visual”, el “arte-correo” y demás expresiones alternativas. Así fue como compartí ideas con gente como Araceli Zúñiga, César

Espinosa, Oddete Fajardo Montaña y todos estos personajes que a tantos kilómetros de distancia ahora volvían a aparecer evocados en una de las aulas de la Universidad de Medellín. “Admiro mucho a toda esa gente”, me dijo el intelectual uruguayo.

Ahora retorno a México cargado de riqueza poética y de anécdotas maravillosas. Otra de las sedes que me tocó atender fue la ciudad de Cali, en su Museo de Ciencias Naturales, y otra más, la ciudad de Popayán, lugar colonial cargado de historia, ciudad sobria que alguna vez fue capital de la República de Colombia, opulento arcón de leyendas. Ahí me tocó dar mi lectura junto con el suizo Vahé Godel en el moderno Auditorio del Banco de la República, construcción que contrasta en mucho con la grandeza arquitectónica del pasado, la otra grandeza. Al concluir mi participación, ya de noche, salí a un espacio libre, protegido con un barandal. La edificación está hecha en una parte alta de esos terrenos, y las casas de enfrente se tienden a un nivel más bajo.

Me quedé extasiado, la bella casona colonial se extendía piso abajo y era alumbrada por un farol fucilando reminiscencias. Alguien me vio tan absorto contemplando aquel conjunto que se acercó a mí y me dijo en voz baja: “esa casa que está usted viendo fue la casa del poeta Guillermo Valencia, ahora está convertida en un museo, aunque hay un apartado en donde vive el que es el último descendiente del poeta”. Me dijo su nombre, pero no lo recuerdo. En eso estábamos cuando un personaje misterioso se acercó lentamente al farol, vestido a la manera antigua, con una capa negra cubriéndole todo el cuerpo y un sombrero también negro, de alas negras como se nos ha dicho que vestían los bohemios del siglo XIX. “¡Mire! ¡Mire!”, me dijo entusiasmado mi enterador, “pero qué coincidencia, ese es el personaje del que le estoy hablando, es el último descendiente de Guillermo Valencia”. Empuñé mi pequeña cámara y empecé a tomar fotografías de aquella lenta sombra en movimiento. Qué formas tan extrañas tiene la vida para entretejernos. Al día siguiente arreglé mi equipaje con destino al aeropuerto. Vi el reloj y me di cuenta de que me sobraba tiempo y podía hacer entonces una visita relámpago al museo del genio del “modernismo” colombiano.

Salí para allá a toda velocidad. Al llegar a la puerta me detuvo un portero, “no puede usted pasar”. Le expliqué que iba de México y que unos minutos más tarde emprendería el regreso a mi tierra,

que por ello llevaba mi equipaje conmigo, que no tardaría nada en mi brevísimo recorrido.

“Lo siento –me respondió y antes que de adujera un nuevo argumento el hombre hierático agregó: -El último descendiente del poeta Valencia, el que vivía aquí, falleció hoy, en la madrugada, y vamos a mantener cerrado este sitio hasta nueva orden”. Así con fuerza mi cámara y me dije: “por lo menos me quedará el refuerzo testimonial que me brinde el aparato éste”.

Cerré por un momento el libro de los recuerdos y volví a abrir el de los poemas.

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento;
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
¡sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!.

Los chiapanecos tenemos un fuerte lazo de unión con los colombianos a través de un personaje del que sentimos la mayor admiración, se trata del general José María Melo, quien luchó en Colombia en contra de la esclavitud y una vez fuera de su patria (fue expulsado en una de las tantas revueltas en nuestro continente) se sumó a los diversos movimientos que en esas fechas y en estas tierras tuvieron lugar por la dignidad del hombre. Así se le vio luchando contra los tiranos de El Salvador, Nicaragua, Guatemala y en Chiapas, como parte que es ésta también del Istmo Centroamericano.

Ya estando en Chiapas ofreció sus servicios de militar liberal al presidente Benito Juárez y así combatió dentro de las fuerzas de don Ángel Albino Corzo, el gran juarista chiapaneco, contra los abusos del clero, siempre sombrío. Melo murió debido a una

emboscada que le tendieron en la Hacienda de Juncaná, su cuerpo-coinciden todos los historiadores que han tocado el tema-“quedó deshecho sobre las aristas de un tambor”. En la zona no existe nada digno que rememore su figura.

Así junté a la mitad del memorable vuelo, en mi colección de pensamientos, escenas de Chiapas y de la Colombia de ayer y hoy. Alguien me había hablado, en el momento en el que adquirí el libro del poeta Valencia de un lugar en donde se reunía la bohemia literaria de la Colombia de finales del Siglo XIX y de principios del XX: La Gruta Simbólica, se llamaba el lugar y había tomado como domicilio la Casa de Espinosa, Conde de Chas Carralia. Por la reseña que me hicieron de ese lugar advertí su mucha cercanía con otro sitio que me tocó vivir en la Ciudad de México, a medianías del XX, la Morada de Paz, del doctor Daniel Martínez Montes, en un departamento en las calles de Donceles, que la mitad era clínica dental y la otra era refugio de nuestras “demencias”, en donde se reunían todas las tardes, poetas, cantores, caricaturistas, verseros populares, periodistas de diarios famosos o de pasquines de ocasión, en donde se construían o demolían prestigios tratándose del mundo de la política o de las artes, pero todo bajo la dictadura del talento.

Por ejemplo, para dar un esbozo de ambos casos, citaré algunas tajadas provenientes de los diabólicos ingenios.

De pronto en Colombia tiempo y espacio se unieron para hacer posible el encuentro entre Clímaco Soto Borda y una persona de baja estatura conocido por todos como el señor Pardo. Soto Borda rindiendo exagerada cortesía, saludó a su personaje, pero utilizando el diminutivo en el apellido de éste, “Pardito”. El así saludado exigió que no se volvieran a referir a él de ese modo a lo que el conminado, atento, obsequió al solicitante. “Entonces, Perdón”.

Una más.

Jorge Pombo fue el dueño de la biblioteca más grande que hubo en Bogotá, “prefería que le sacaran una muela a que quisieran quedarse con un libro suyo”. Después de haber sido detenido por cuestiones políticas locales escribió estas líneas: “Los dos bandos del godismo/ difieren en lo esencial/ en que con igual cinismo/ vende uno NACIONAL-ISMO/ y otro el ISTMO-NACIONAL”.

Entonces mi mente rebota hasta la Morada de Paz que yo viví por las calles de Donceles en la Ciudad de México. Veo al poeta

Renato Leduc caminando frente al Hemiciclo a Juárez en una tarde “ronronera” y reconstruyo al pie del monumento a un intelectual muy querido por aquellos tiempos, José “Pepe” Alvarado. Alvarado alcanza a ver a Leduc a punto de perderse en las sombras de la Alameda. Le grita. “¡Renato...!” Leduc voltea momentáneamente hacia donde está el monumento, muy serio, solemne, le dice a éste “Buenas tardes don Benito” y sigue su camino hacia la Morada de Paz, en donde de seguro ya estaban reunidos la periodista Magdalena Mondragón, quien fuera la primera directora de un diario en México (La Prensa vespertina), Aurora Reyes gran poetisa y la primera muralista mexicana, Concha Michel, folklorista, esposa del primer diputado comunista en México, Hernán Laborde, el fotógrafo Ricardo Magaña, el caricaturista RAM, la escritora Adela Palacios, esposa del filósofo Samuel Ramos, la maestra Estela Ruiz cuyo rostro adornado de tehuana apareció durante mucho tiempo en los billetes de diez pesos, Jesús Álvarez Amaya, cabeza del antifascista Taller de Gráfica Popular y tantos y tantos otros.

Entre la gente que asistía a la Morada, poetas, pintores, guitarristas, improvisadores, muchos de todo eso, muchos, iba un antiguo líder petrolero, Juan García Hernández, cuya tarjeta de presentación era la siguiente: “Yo he de jinetear mis penas/ manque tenga que sorberme/ tres litros de cañandonga/ pa estar a tono con ellas”. Era excelente versificador que había vivido las escenas heroicas de la expropiación petrolera en las épocas del Presidente Lázaro Cárdenas; nos las relataba con gran emoción haciendo que el breve espacio se estremeciera. Y la noche toda palpitaba con un nudo patriótico en la garganta. Un día llegó este Juan del que hablo con una larga tirada de octosílabos. En ellos venía el dibujo fidedigno de la gente que asistía a la Morada. Perfiles nítidos los de su pluma. Empezaba diciendo: “Esta Morada de Paz/ donde el que menos o más/ lleva su astilla de luz/ o llega dando traspiés/ porque le sangran los pies/ bajo el peso de su cruz...” Versos adelante decía “nos llega un historiador/ con nombre de Othón Villela/ pero más que de fervor/ nutre etílica secuela”. Un día antes había llegado a compartir trago y verso, en forma semiclandestina el Subprocurador de Justicia, el licenciado Franco Aguilar. Entonces el verso decía: “Ayer fue un Procurador, hoy vendrá algún procurado,/ mañana otro procurado/ con el pecho destrozado/ por algún lance de amor...” diciendo: “...Y así se aleja la noche/ remontando su

derroche/ con su lánguido capuz/ o se va dando traspiés/ porque le sangran los pies/ bajo el peso de su cruz...”

La lista era minuciosa y fidelísima, sin embargo, al final de ella alguien, algún secundario colado, notó que entre los convocados faltaba un personaje principalísimo en ese lugar, el poeta juchiteco Nazario Chacón Pineda. La voz anónima preguntó con cierta opacidad: “¿Y Nazario...?” Y en ese mismo momento Juan García Hernández, el versero, corrigiendo su descuido improvisó: “¡Ah, sí, y Nazario, claro.../ Nazario Chacón Pineda,/ antítesis del abstemio/ ante quien Baco se queda/ como aprendiz de bohemio”.

Ya que toqué a Nazario diré que éste era un tipo generoso, de gran talento que le profesaba un cariño especial a otro escritor de su tierra, a don Andrés Henestrosa. Sin embargo esa noche se mostraba molesto por la ignorancia de los musicólogos que hacían pasar imprudentes a Henestrosa como autor de las más bellas canciones del Istmo de Tehuantepec y sostenía que Henestrosa había hecho, no más, las traducciones del zapoteco al español de algunas canciones como La Zandunga, La Petrona, La Martiniana, La Llorona. Estaba en el centro de su diatriba cuando lo interrumpió Leduc: *Ya no llores llorona/ porque el llanto afea/ y el que mucho llora/ muy escaso mea...*

Me desato de los recuerdos. Retorno al libro de Guillermo Valencia:

Dijeron las Pirámides que el viejo sol rescaldaba:
“amamos la fatiga con inquietud secreta...”
y vieron desde entonces correr sobre su espalda,
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Guillermo Valencia también supo de esas reuniones llenas de luces, de bullicio, de ingenio y de hechos que luego se lamenta uno de no haberlos dejado grabados en algún sitio. Valencia no sólo conoció y vivió la bohemia en su tierra natal, en donde bullían personajes como aquel Julio Florez tan recitado sobre todo el mapa latinoamericano: “Si porque a tus plantas ruedo/ como un ilota rendido/ y una mirada te pido/ con temor, casi con miedo,/ si porque ante ti me quedo/ estático de emoción/ piensas que mi corazón...” A Valencia su labor como diplomático le facilitó conocer los personajes europeos que recorrían en efervescencias tanto en los planteamientos revolucionarios de las Vanguardias como en los encuentros rebumbiantes de una bohemia que poblaba bares y cafés de los diferentes países en donde estuvo. En el primer caso cabe citar su conocimiento y hasta cierta participación en el movimiento artístico y literario conocido como *Jung Wien* (Joven Viena).

Latinoamericano culto, Valencia fue contemporáneo de Karl Krause, Arthur Schnitzler y Gustav Mahler. Él les dio espacio a estos nombres compartiendo su contemporaneidad en los Cenáculos que empezaron a cundir en Bogotá. En uno de esos cenáculos conoció a su gran amigo, el poeta Baldomero Sanín Cano, quien influyó poderosamente entre los poetas jóvenes colombianos. Juntos vivieron el deslumbramiento que en Colombia y luego en toda América provocó el “Nocturno” que José Asunción Silva publicó en 1895. El poeta de los “Cénáculos” editó su libro *Ritos* en 1899.

Valencia fue el gran modernista colombiano, y como buen poeta modernista, junto con Rubén Darío, a quien conoció en París, renovó la prosodia española.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran la mirada del rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dácilo al son de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

Bajo la influencia del “romanticismo” primero, y del “parnasianismo” después, sentó las bases para desarrollar su poesía “modernista”, primer movimiento con el que el Nuevo Mundo imponía una escuela literaria a Europa. Padres de ese “modernismo” son considerados poetas como José Martí, Rubén Darío y nuestro Valencia. Fueron introductores de las nuevas corrientes europeas en el arte, la literatura y la filosofía.

En París conoció a Oscar Wilde, Jeán Moréas, José María Heredia, el cubano cabeza del romanticismo que en México sería protegido por la burocracia de Porfirio Díaz. Wilde le obsequió un ejemplar de *The Ballad of Reacling Gaol* que él se tomó el trabajo de traducir. Cuando en 1901 regresó a Colombia se encontró con que todos los jóvenes recitaban de memoria su libro “Ritos”. Su fama había avanzado entre las nuevas generaciones. Y ya se le conocía con el sobrenombre de “El Maestro”.

Los “Cenáculos” más famosos fueron “La gruta simbólica” y “La gruta de Zaratustra”, muchos jóvenes llegaban a ellas, buscando la conversación y las enseñanzas que se desprendían de ahí. Fue un momento muy rico para el desarrollo de las letras colombianas. Siempre se contaban con gran entusiasmo anécdotas que sucedían en esos lugares o se inventaban con la misma exultación.

Los camellos... nunca faltaba alguien que solicitara o que dijera el poema en voz alta, Los camellos.

¡Oh artistas! ¡Oh, camellos de la llanura vasta
que vais llevando a cuestras el sacro monolito!
¡Tristes de esfinge! ¡Novios de la palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

En algunas ocasiones que me encontraba en el primer cuadro de la Ciudad de México con el extraordinario poeta Juan Bautista Villaseca, ese, el gran ignorado que todo lo sabía, el que todo lo que tocaba lo transformaba en poesía, nos sentábamos frente a una mesa de café o de cantina (con mayor frecuencia nos inclinábamos por la segunda opción); le hacía alguna pregunta de cosas poco

mencionadas en el medio poético, sabiendo que lo que fuera y de la parte del mundo que fuera, iba yo a adquirir un amplio conocimiento como respuesta. ...Preguntaba... sorbía y esperaba el torrente alucinador.

Un día se me ocurrió conocer un poco más sobre el poeta Valencia. “Fue fundamental para la generación “modernista” me respondió Villaseca. Tuvo influencias del “parnasianismo”, luego del “simbolismo francés” para finalmente abrazar el “modernismo” junto con Rubén Darío. Su único libro, *Ritos*, lo publicó en 1896 (en realidad fue en 1899) y la segunda edición tuvo lugar en Londres, en 1914, lo que lo hizo popular y discutido fuera de América Latina. Años más tarde en una pequeña publicación de nombre “Catay” reunió poemas chinos que habían sido traducidos al francés y él los transportó al español”. Y hasta se dio el lujo el mentado Villaseca de recitarme un párrafo de ese libro dicho de puritita memoria. O quien sabe... así como era Villaseca, quién sabe si en ese mismo momento lo estaba improvisando. Cuántas veces nos evocó párrafos enteros de “Los camellos”:

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome camello que cabalgó el Exidio...
¡Cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises del lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Hubo diferentes vasos comunicantes entre lo colombiano y lo mexicano. Hubo, por ejemplo, una figura muy querida por muchos y despreciada por otros tantos, se trató del poeta Porfirio Barba Jacob... *hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres...* quien fue visto con admiración por muchos y por muchos detestado desde el fondo de los huesos.

En cambio, existió otro poeta, Germán Pardo García, quien se sintió tan identificado con la mexicanidad que expresó, en varias publicaciones que editó, entre ellas el periódico de poesía llamado Nivel, una enorme sábana que salía cada mes, que la primera

muralista mexicana, Aurora Reyes, como escritora, era la poeta contemporánea más grande de América Latina.

Otro personaje muy querido fue el escultor Rodrigo Arenas Betancourt quien creó grandes monumentos para edificios públicos en tierra azteca. Aprendió y creó un método para la enseñanza del maya y formó parte del movimiento trovadoresco yucateco que se creó con base en el bolero cubano y el bambuco colombiano, enriqueciendo así la canción mexicana. En esta tarea trovadoresca lo acompañó otro paisano suyo, también escultor, Rómulo Rozo, quien, en la ciudad de Mérida, en Yucatán, al final de la aristocrática avenida Montejo erigió el muy visitado Monumento a la Patria. Hablando de Rodrigo y de la trova, una periodista yucateca, Rosario Sansores, hizo un poema "Sombras" (*Cuando tú te hayas ido/ me envolverán las sombras, / cuando tú te hayas ido/ con mi dolor a solas...*) y el músico ecuatoriano Carlos Brito Benavides lo musicalizó en forma de "pasillo" enriqueciendo aún más a la ya tan afamada trova yucateca. Brito Benavides falleció sin haber conocido a Rosario Sansores, pero los dos se hicieron famosos en todo el continente.

Arenas Betancourt y el juchiteco Chacón Pineda, además de grandes trovadores eran grandes amigos entre ellos y les gustaba contar esta anécdota: Los dos querían mucho a otro arquitecto juchiteco. Se trataba de un genio de la arquitectura que construyó como después lo hizo Alfonso Ramírez Ponce, en Colombia, casas abovedadas.

Como arquitecto, doctor genial que había creado edificaciones hasta en Japón, se llamaba Lorenzo Carrasco.

Como trovador era nuestro Lencho Carrasco, esposo de la poeta Norma Bazúa.

En una ocasión, en medio de una intensa bohemiada y cantando todos La Zandunga, Nazario le preguntó a su paisano interrumpiendo la canción: "Lencho, cuánto me cobras por construirme mi casa, así como las que hiciste en Medellín", el arquitecto, que iba a la mitad de la frase "Zandunga mamá por Dios..." le respondió: "Un poema..." y siguió cantando.

Chacón Pineda acababa de adquirir con su sueldo de maestro de escuela un terreno por la zona de Acapatzalco, ciudad de México, dominio precorteseano del sanguinario Tezozomoc.

La casa existe en una colonia a la que llaman La petrolera y el cuerpo poético reza: *POEMA PARA CONSTRUIR UNA MORADA. Lorenzo/*

esta tarde llueve en el Valle de México,/ José María Velasco preside en el recuerdo/ una avalancha de granizos tan perfectamente blancos/ como los dientes de un antílope/ que golpeará sobre el casco de los siglos;/ alegrías vegetales conciertan una cita/ en la cima más alta,/ y en el aire la diafanidad de la atmósfera/ es tan lenta que veo el esqueleto del poema/ que te envío. Lorenzo,/ esta tarde llueve en el Valle de México,/ José María Velasco preside en el recuerdo/ una avalancha de granizos tan perfectamente blancos/ como los dientes de un antílope/ que golpeará sobre el casco de los siglos;/ alegrías vegetales conciertan una cita/ en la cima más alta,/ y en el aire la diafanidad de la atmósfera/ es tan lenta que veo el esqueleto del poema/ que te envío. Lorenzo,/ recoge la corriente despeñada de un río./ el alud que rueda incesante en las sombras/ de un tierno laberinto/ y sobre la tiniebla de lo no construido/ levanta con las piedras ancestrales del asombro/ una morada para un habitante herido,/ yo sé muy bien que de no medir/ mides sobre la tierra/ la superficie mágica del cielo/ igual que la flor del agua y la leyenda,/ el sagrado rostro de la mitología./ En las cuatro columnas primordiales/ coloca el norte en la palma de mi mano,/ el sur en un suspiro ineludible,/ el poniente en los ojos dormidos de la estatua/ y el oriente mirando hacia un mercado de sorpresas./ No quiero que me duelan las paredes de mi casa,/ que nadie diga que me mire al espejo/ ni que tire para siempre mis zapatos/ que perdieron su color por la distancia./ Constrúyela para que converse conmigo/ y ponle mil ventanas que den al paraíso/ y sobre las escaleras de granito/ tiende la noche musical y armoniosa/ hasta la prodigiosa rapidez del alba./ Róbele colores para pintar los muros,/ mezclales con nube, mar y mediodía/ y dale a sus estancias la presencia del día/ y con un azul de imposibles olvidos/ cruza su cielo en un vuelo de palomas. Este poema conmovía profundamente al político y filósofo oaxaqueño José Vasconcelos, así lo expreso varias veces.

Invitado por el arquitecto Alfonso Ramírez Ponce y la poeta y arquitecta Ileana Godoy di en la Facultad de Arquitectura de la UNAM una plática sobre la poesía en la arquitectura. Aproveché para relatar esta inconmensurable historia y así fue como por mucho tiempo el “Poema para construir una morada” permaneció sumado a una de las paredes de la Facultad. A Rodrigo Arenas Betancourt le regocijaba que yo recordara esta anécdota.

Así hablábamos de arquitectura. Así hablábamos de literatura. Y sucedían cosas. Y sucedían... Una vez, en el bar El Palacio, de la Ciudad de México, nos encontramos un grupo de escritores,

periodistas y artistas de diversas disciplinas. Estábamos Manuel Blanco, Jorge Meléndez, Humberto Musacchio, Ricardo Cortés Tamayo, Juan de la Cabada, Gonzalo Martré, Macario Matus, los poetas Alfredo Cardona Peña (costarricense), Ramón Oviero (panameño), José Luis Colín, Xorge del Campo, los pintores Carlos Humberto Valencia “El Vale”, Alfredo Cardona Chacón, el biólogo Salvador Ávila Beltrán, mencionados como parte apenas de una lista interminable.

Alguien le pidió a Rodrigo, siempre tan ameno, sembrador de ternuras él, que contara algo de su vida y accedió con gusto. En discurso jovial nos habló de parte de su infancia, de su adolescencia, de su vida ya madura y de pronto salió el tema de Gabriel García Márquez de quien resultó ser gran amigo.

Le preguntaron si podía organizar una fiesta en la que estuviera Gabo y él dijo que sí, sin más. Quedó en hacerlo en su casa en tres semanas cuando mucho.

A las tres semanas se realizó la reunión, pero no en la casa de Rodrigo, sino en la de Arnoldo Martínez Verdugo, en ese entonces dirigente máximo del Partido Comunista Mexicano.

Estábamos a la mitad de la reunión cuando Manuel Blanco, tímido, tartamudo, con su rechoncha y baja estatura se acercó a García Márquez y del interior de su ropa sustrajo un pequeño libro para dárselo al colombiano. Se trataba de una novelita que Manuel acababa de escribir con el título de “Viva mi desgracia”, igual que un viejo vals mexicano. Se dirigió a García Márquez puso el libro en sus manos y le dijo: “pa pa pa para usted”. García Márquez tomó el libro alegremente, sacó una pluma. Y escribió: “Para Manuel Blanco, atentamente” y lo devolvió rápido. Manuel, ante la vista de todos, sólo alcanzó a decir: “a a así no era, no no, así no no era...”

(Ahora pienso que otra sede para realizar esa reunión pudo haber sido la casa de la guatemalteca Rina Lazo, restauradora de los murales de Bonampak, en Chiapas, esposa del grabador Arturo García Bustos quien junto con otros talentosos artistas habían tomado clases con Frida Kahlo, por lo que se les conocía como “los fridos”. Cada ocho de diciembre celebraban ahí el natalicio de Diego Rivera y la casona ubicada en Coyoacán (Plaza de La Conchita) y que según la historia había sido construida por Hernán Cortés para La Malinche, se llenaba con puros personajes

de izquierda en donde convivían una vez al año quienes iban de un rojo harto subido hasta un bienarregladito color de rosa.

En retoma de nuestro personaje central. Según el poeta Villaseca, a quien había que creerle todo lo que nos decía, Valencia conoció a Darío en la Sorbona y desde 1899 se volvieron ambos los más notables poetas “parnasianos” y “simbolistas” de la lengua española, buscados y consultados de manera vehemente por las jóvenes plumas latinoamericanas. Era una verdadera pasión la forma como se les veía.

Juan Bautista Villaseca, médico de profesión, hijo de madre guerrerense y de culto médico chileno fue uno de los más importantes poetas —DE LOS MÁS IMPORTANTES POETAS— DE LOS MÁS IMPORTANTES POETAS de la segunda mitad del siglo XX en México. Sin embargo, los que “decidían” sobre las letras en el país se preocuparon muy bien para tener tanta grandeza en el vacío, en el casi anonimato. No obstante ello, sus poemas son muy enriquecedores para las posteriores evaluaciones de nuestras letras. Villaseca: *Se te perdió,/ se te perdió la oreja pero no el corazón./ A donde irá mi voz,/ entre qué calles,/ en qué trenes se fue,/ trapecista del viento hacia la vida./ Te olvidaste,/ que sonaban los pájaros a río triste,/ a palpitar de ave,/ a niños florecidos en las rocas,/ a pastores aéreos cayéndose de pronto hasta el paisaje./ Se te perdió,/ Se te perdió la oreja pero no el corazón./ Porque no sólo somos de metal y miedo,/ la luz no va como una piedra al pecho./ Yo te tocó los senos y me escuchas,/ yo me hundo en tus ojos y me escuchas,/ yo me hiero en tu boca y tú me escuchas,/ yo me apago en tu cuerpo y tú me escuchas./ Como el mundo está sordo te quejas como el mundo. Ahora golpeo los muebles,/ los libros,/ las palabras,/ para que tú/ nunca sepas que estás sorda. Canciones para una sorda. JBV. El gran poeta mexicano... Por eso lo que nos develaba sobre Valencia –por ejemplo- era y es tan importante.*

Volvemos a Valencia. Nos decía Villaseca:

“Hay que leer las traducciones que Valencia hizo de Goethe, Víctor Hugo, Baudelaire, Mallarmé, Wilde, D’Annunzio, Verlaine, Maeterlinck, Flaubert. Siempre tuvo en muy alto valor el haber entrado en contacto con Friedrich Nietzsche. Cuando la Segunda Guerra Mundial, fungía como Ministro de Guerra de su país y ahí defendió a toda costa la neutralidad de Colombia”. Aquí en México el gobierno servil del general Manuel Ávila Camacho le dijo Sí a Estados Unidos y siendo el nuestro un país pacifista, ridículamente le declaró la guerra a la Alemania hitleriana.

Villaseca me presume una pequeña rozadura debajo de la ceja izquierda y me comenta emboscado tras una sonrisa siniestra: “una insignia similar se debe haber ganado Valencia en medio de una trifulca acaecida en un cafetín vienés, al entrar en defensa de un entrañable amigo suyo, el poeta Peter Altenberg, hombre nacido en la bohemia y para la bohemia en Austria, autor de Cinco Lieder con música ni más ni menos que de Alban Berg, que al ser estrenados provocaron gran escándalo con jaloneos e improprios.

Valencia acompañó más de una vez a Altenberg a los cafés y bares en donde éste escribía sus aforismos y recibía y contestaba su correspondencia. Como acto de reciprocidad entre ambos una de las líneas de Altenberg, “Lo triste es así...” fue utilizada como epígrafe del poema “Los camellos” y después de la muerte del austriaco, esa línea permaneció durante mucho tiempo sobre su tumba, en el Cementerio Central de Viena en donde las jóvenes generaciones se reunían a dar lectura a sus aforismos.

Retoma el poeta nacido en la Ciudad de México el inicio de uno los párrafos de Guillermo Valencia: *Se pierde ya a lo lejos la errante caravana/ dejándome –camello que cabalgó el Exidio...* y nos puntualiza que la palabra *Exidio* proviene del latín, *excidere* y que quiere decir separar para señalar el inicio de una destrucción. En el caso del poema, el escritor pierde la voz de su doble, el camello que le ha servido para decirse, para irse definiendo, y se queda al borde de la cisterna y si bebe de ésta, será de su fondo mayor, de su fondo fondo, de su fondo más fondo y misterioso. El poeta está corriendo, desde su parecer, el riesgo de que su canto haya sido en vano y lo sufre y lo dice velada y angustiosamente.

¿Qué es lo que queda en frente de él?, la duna interminable, la extensión desolada y la indiferencia de distancias silenciosas. Su voz se vuelve nada en aquellos tambores candentes extendidos sobre lo inasible. La vertiginosa soledad sobrepesa sobre el dúctil más por más del paso dromedario.

¡Cuánta soledad mueve al poeta dentro de su recorrido de la vida a la muerte! Se introduce en el camello que le prestará la respiración para sus atisbos. Estalla el arenal prolijo y empiezan a desmenuzarse los significados. Lo mueven a él y mueven al camello que lo lleva dentro. Enfrente se extiende el interminable espejo de arena, la curva imperturbable, la cóncava luna sin final.

Y se bifurcan los símbolos, las cisternas, las pirámides, y los tiempos se empiezan a desdoblar para convertirse en el tiempo así como el tiempo del poeta se convierte en los tiempos deslizos en la piel y en la memoria, tegumento de arena inaplazable, gibosas epidermis viviendo, bebiendo, re-viendo versos.

Y así a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vio un camello con onda pesadumbre
mirando, silencioso, dos fuentes de zafiro.

Pasan, pasarán los años, los siglos pasarán sobre este avión que me regresa a México y seguirán vivos, seguro, todos estos mundos que nos ha heredado el poeta Guillermo Valencia. Recuerdo que aquí en mi equipaje, en mi cámara fotográfica de siglo XX, conservo, dibujada bajo un farol colonial, la silueta del último descendiente del poeta, la silueta que las circunstancias me permitieron conservar para platicarla con entusiasmo, mostrarla y platicarla en mi país.

Ya me encuentro de la Ciudad de México. Mandé a revelar los rollos que imprimí en Popayán, en las varias fotografías aparece el farol de la casa de Valencia pero no así la silueta del último descendiente del poeta. Busco y la silueta no está. Me parece increíble lo que está pasando ahora mismo, entre mis manos, entre mis ojos y mi conciencia.

Busco la silueta del personaje y no está, pero está el farol, y en este momento entro en la certeza de que si el avión que me trajo a la vieja Tenochtitlan de pronto volviera a tomar dirección opuesta a la que me trajo me encontraría nuevamente en Popayán, con el farol encendido, con ese farol con el que el poeta Guillermo Valencia, nos seguiría alumbrando sus mundos alrededor del mundo.

Estoy seguro de que me encontraría con el farol encendido de Popayán.

Mar: tumba cuna tumba cuna

Y todo surgió del mar, y al centro del mar todo vuelve, es matriz y cementerio permanente, que se mueve, fuerza motriz con pistones que trabajan hacia la superficie, útero y tumba a donde todo va y de donde todo viene, mecánica mágica que no es magia, que es mecánica; que no es mecánica, que es magia. Y en la realidad, trabajo son los hondos fondos desde donde se desprende el paridero una y otra vez hasta que nos encontramos en la vida, viniendo de quién sabe cuántas muertes. El poeta observa y la marea, su incesante movimiento, le da estas visiones que es como un sumarse salino a la maravilla del oscilio aquí planteado.

Qué es el mar —piensa el poeta de esta nuestra historia— sino una inmensa tumba en donde todo se concentra y de donde finalmente, después de una serie de reacomodos y aleaciones, procedemos todos, impulsados por la energía dinamizada desde las profundidades, en donde el sueño podría ser sueño eterno, pero se mueve cumpliendo con las leyes de su nacimiento... y de su muerte. Reacomodos y aleaciones construyendo la existencia manifestada en seres vivos y objetos inanimados que, sentenciados por la dinámica de la marea, igual se mueven, ¿hacia su vida?, ¿hacia su muerte?

Finalmente hablamos de un enorme cementerio en el que nada (si acaso el instante de Aquiles mientras la tortuga avanza) permanece estático de acuerdo con los más antiguos filósofos materialistas, desde Heráclito —por mencionar uno de los más presentes en nuestras consideraciones cotidianas—, Tito Lucrecio Caro, los primeros atomistas, etc. Y donde hay movimiento la muerte se convierte en generadora, entonces, el gran océano al que nos referimos, el gran cementerio, termina siendo la enorme entraña incubadora que recogerá el poeta en la mente, en sus visiones, y que elevará hacia el otro plano, hasta la altura del risco, para observar total, desde su elevación, el inabarcable cementerio que nos engloba desde la añil esfera.

El cementerio marino en donde Paul Valéry midió las dimensiones de la vida y la muerte, se encuentra en un risco, en la ciudad de

Sète, promontorio que imponente mira al mar desde sus tumbas, ese risco ya había sido utilizado como cementerio por los romanos, aunque la ciudad de Sète fue fundada oficialmente en 1666 como parte de las obras del Canal de Midi que uniría el Mediterráneo (Sète) con el Atlántico (Burdeos). Enfrente, las rutas aún vivas surcadas por romanos y cartagineses. Entonces, tal prominencia ya había sido el risco de los muertos que miran al mar, el mismo que les sigue dando vida al crear la dinámica de la paradoja.

Esta paradoja Valéry la canta a ritmo ceñido, alucinante. Desgraciadamente las traducciones de poesía, entre más veraces, entre más leales al pensamiento del poeta, se alejan por necesidad de la musicalidad planteada por el poema. No hay salida para esto. Va una cosa por otra, desgraciadamente. Quizá para nuestro caso funcionara un intento de explicación (trabajo que de ninguna manera corresponde al traductor, quien ya cumplió con calidad y oficio su encomienda) para acercarnos lo más posible a la música original del poema que nos ocupa.

La fuente (tomando nada más el primer párrafo) nos dice:

Ce toit tranquille, où marchent des colombes.
Entre les pins palpite, entre les tombes;
Midi le juste y compose de feux
La mer, la mer, toujours recommencée
O récompense après une pensée
Qu'un long regard sur le calme des dieux!

Imaginemos esta música. Los dos primeros renglones son un dístico (la palabra final del primer renglón rima inmediatamente con la palabra final del verso que le sigue) de diez sílabas cada uno. Después continúa una cuarteta de rima interna, como las de los sonetos clásicos, pero también de diez sílabas (los sonetos clásicos son de once). Así quedan enlazados en rima externa, el tercer verso con el sexto y en rima interna el cuarto con el quinto, creando, todo el conjunto, una dinámica musical que envuelve efusivamente al lector en la lengua original. Así accedemos solamente a las simbologías de las que se vale el autor, y quizá por ello, despojados de la lubricidad de la música primera, en un juego de ganar y perder, quedemos en la condición apropiada para abarcar más ampliamente el pensamiento puro del poeta. Éstas son simples ideas al aire.

Valéry nació en Sète, al sur de Francia, en 1871 y murió en París en 1945, después de lograda la arquitectura de su poesía y después de haber defendido con las armas a su país de la invasión nazi. Sus restos se encuentran justamente en el cementerio marino, lugar que inmortalizara con su poema del mismo nombre. En su lápida se grabaron estas frases de su poema inmortal: “¡Oh recompensa después de un pensamiento como vasta mirada sobre la calma de los dioses!” ¿Qué percibió el poeta ubicado en la altura del osario sitiado de mar? Nos lo dice en el poema, pero es que el poema dice muchas cosas, metáfora abierta a las dimensiones de la imaginación del lector.

Sète es ciudad surcada por canales, rodeada de agua, prácticamente una isla que se tiende entre el Mar Mediterráneo y la laguna de Thau. En el centro, como emblema de la localidad se erige el Mont Saint Clair, elevación más verde que el verde al delinarse decididamente en medio de un azul que le asedia por todos lados.

Desde el cementerio marino, desde las tumbas en donde la muerte guarda el producto de su trabajo, Valéry mira el mar. Pero se sabe también parte de su punto de observación y junto con las pequeñas capillas en torno, al lado del sembradío de cruces de piedra, el azul permanente se ve enfrentado por el rojo intenso de las cruces, a veces, anaranjadas, a veces, amarillas, y en medio de esos rojos y amarillos de los que además él forma parte, el poeta, también estudiante de filosofía, el poeta, también estudiante de matemáticas, inicia su meditación. Está iniciando su poema, su trabajo mayor, 24 sextetas de deslumbramiento y deslumbramientos.

En el principio se pone bajo el manto patriarcal de Píndaro y lo evoca en su epígrafe: *Alma mía, no aspire a la vida inmortal, pero agota el campo de lo posible*. Las tumbas que lo rodean vestidas de rojos y anaranjados, tintadas por un sol que ya declina en el horizonte iodado le están subrayando también que en efecto, la inmortalidad no existe, entonces, junto a Píndaro, de la vida habrá que agotar al máximo lo posible y eso intentará el poema. Y eso nos da.

Píndaro, el poeta que Valéry evoca, ha sido considerado por otros grandes poetas como el dueño de un estilo peculiar, creador de una escritura que proporciona dificultades al lector. Hace que su discurso dé saltos continuos e inesperados y de pronto se vale de asociaciones imprevistas, lo que le permite utilizar una enriquecida mixtura de elementos. Saturado de recursos retóricos

construye una obra oscura para los de su tiempo, y otro griego, Herodoto, asegura que su poesía es ininteligible, juicio con el que cientos de años después iba coincidir Voltaire, mientras que Goethe y Holderlin le llamarían “símbolo de la libertad del genio creador”.

Así, lo vio también Valéry, como “símbolo de la libertad del genio creador” y así lo asume en el inicio mismo de su gran poema. Por ello se volvería casi imposible -e inútil- hacer una lectura lineal del poema de Valéry, pues como en el caso del griego Píndaro, en su poema hay una confluencia de energías, de visiones, de definiciones del todo y de los todos que convoca a muchas energías y las pone a funcionar para que el lector haga su poema propio.

El párrafo anterior responde a un pensamiento que Valéry repitió en diferentes ocasiones y que era en referencia de que un poema no puede ser explicado, pues son muchos los misterios que confluyen en él y lo hacen poema y provocan que en el momento de que se quiera hacer una lectura lineal del mismo quede destruida la creatura poética. Según sus propias palabras: “no hay sentido verdadero de un texto”. Por lo tanto la ventana se abre y el alma vuela, Sin más. Como vuelan las palomas con las que se inicia El cementerio marino y que después de 24 estrofas, en pleno jubileo, se van a convertir en velas de embarcaciones picoteando el azul que es vida arriba, abajo, en el horizonte.

Decía el poeta de Sente, no me pregunten “que quise decir”—pregúntenme “qué quise hacer”— y en el caso en el que nos encontramos, sentimos que quiso partiendo de la muerte hacer la vida, y lo hizo.

Después de la cita de Píndaro y en traducción de Miguel Ángel Flores, el poeta inicia:

Ese techo tranquilo, campo de palomas,
palpita entre pinos y tumbas;
Justo al mediodía enciende fuegos
¡El mar, el mar, siempre recomenzando!
¡Oh recompensa después de un pensamiento
Como vasta mirada sobre la calma de los dioses!

No vamos a cometer la grosería de intentar una lectura lineal del poema. ¿Cuál es aquí el empeño?: navegar en las abstracciones del

poeta sin mayores pretensiones, flotar en ellas y en lo que se pueda -ya decía Píndaro: “agotar el campo de lo posible”, acercarnos un poco más, con humildad, a su visión de su mundo, a la de *su* la vida y a la de *su* la muerte. Estamos ahora en la cima del risco y clavamos la mirada en el infinito. La muerte ha escogido ese mar iluminado por el día, como su redondo espejo.

Desde su primer párrafo el poeta nos coloca en el resplandor del día. Si el mar es la tumba de lo que no nada, esta tumba no es oscura, sino por el contrario, está plena de un fulgor enceguedor y lo que no vemos no es por la sombra, sino por el estallido de luz del mediodía encendido en sus fuegos. Entonces, el mar, la enorme tumba de agua, es una tea, y si vamos en el morir hacia esa tumba, no vamos a ella por la sombra, vamos por la llama.

En la segunda estrofa se reafirma la visión, el mar imán de luz, y en medio de la paz que ejerce (el sol no deja de estar sobre el *abismo*, estamos todos sobre el *abismo*) se agrega una consideración más, sobre la aparente paz vamos a alcanzar el conocimiento de las profundidades por medio de la poesía, la poesía siempre en el borde del abismo nombrado.

¡Qué trabajo puro de finos relámpagos consume
tantos diamantes de invisible espuma,
Y qué paz parece concebirse!
Cuando sobre el abismo un sol reposa,
trabajos puros de una eterna causa,
Refulge el tiempo y el Soñar es saber.

Existe un mar frente al cementerio marino, pero ahora no hablo del mar sobre el que nos hemos intentado navegantes ni del risco poblado de tumbas (ahí mismo está enterrado Valéry, en la tumba de la familia Grassi, nombre de su madre), no de ese mar ni de ese cementerio desde donde se ve la línea dorada y curva de la playa de La Corniche. Estos son los otros sustantivos: existe un mar de teorías, explicaciones, discernimientos y minuciosas tesis, sobre el poema *El cementerio marino*. Pero quizá entre más nos acercáramos a los misterios del poema más crecería nuestra interrogante ante el autor que tanto insistía: “la obra es para uno el término, para el otro el origen de desarrollos que puedan ser tan ajenos como se quiera, uno al otro”.

Para Valéry los juicios producidos entre el productor, la obra y el autor son ilusiones, sólo producen reflexiones inválidas. Pero seguimos avanzando desde nuestra invalidez, hasta agotar lo posible, como proponía Píndaro. Qué magnífica emoción el intento de descifrar los símbolos del poeta.

Entre los terrenos de lo imprecisable sería prudente atenernos a las palabras del propio autor:

“Ya me he explicado en otras partes sobre este punto; pero nunca se insistirá lo bastante: *no hay sentido verdadero de un texto*. No hay autoridad del autor. Aunque *haya querido decir*, escribió lo que escribió. Una vez publicado, un texto es como un aparato del que se puede servir cada uno a su antojo y según sus medios; no hay seguridad de que el constructor lo use mejor que cualquier otro. Por lo demás, si el autor sabe bien lo que quiso hacer, este conocimiento turba siempre en él la percepción de lo que ha hecho”. Estas expresiones dotan de mayores márgenes al osado que en vez de leer al poeta propone intuirlo.

¿Por qué no es procedente “leer” sino intuir a Paul Valéry y con él su Cementerio marino? Ya se ha dicho aquí que a Valéry se le considera como un descendiente directo del Simbolismo iniciado por Baudelaire y llevado a su máxima expresión por Stéphane Mallarmé, quien al mismo tiempo da paso a las expresiones del Vanguardismo, que ya golpeaba con fuerza las puertas de la creación literaria contemporánea y de las revoluciones estéticas en general.

El Simbolismo nace en Bélgica y Francia como una actitud contraria a la enseñanza y a la descripción objetiva en el arte. Ese sólo hecho de separarse del arte que pretende “enseñar”, abre las ventanas al discurso. Se multiplican las posibilidades de la palabra, y su entramado desde el poeta. Se potencializan los significados según las posibilidades culturales y vivenciales del que recibe. No sólo se libera, se multiplica, se potencializa el emisor, sino que también se diversifican las arterias del que recibe transformándose y transformando. Se toca el misterio, y su profundidad es mayor y más honda que lo tocado por la prudencia didáctica del profesorado.

Según los simbolistas el mundo es el constante misterio por descifrar y el poeta debe establecer las correspondencias ocultas que unen los objetos sensibles. Fueron Baudelaire y Edgar Allan Poe quienes proporcionaron el mayor número de imágenes y figuras literarias

a este movimiento que reaccionaba en contra de los *movimientos realistas* del Romanticismo imperante -aunque muchos han dado en llamarle, al Simbolismo, la cara oscura del Romanticismo, su extensión sombría-, y que dio origen al Parnasianismo (Theophile Gautier: “el arte por el arte”) del que después se apartó al no estar de acuerdo con el postulado de “el verso perfecto” de los parnasianos. Seguimos buscando en la vastedad la posible lectura al marino Valéry.

Según el radicalismo de Rimbaud había que desarreglar todos los sentidos para poder ver, romper la pupila tradicional para crear nuevas imágenes, para encontrar las realidades ocultas, antirrealismo absoluto, ¡fuera la lectura lineal del texto y de la vida!

Mallarmé de quien ya se dijo fue el cúlmine del Simbolismo, junto con Paul Valéry, nuestro poeta marino (poesía esteticista, intelectualizada), fueron también principales columnas para la irrupción del Hermetismo italiano (Quasimodo, Ungaretti, Montale, D’Annunzio, Pascoli...) poesía de mediados del siglo XX ésta, pero con una intencionada cercanía al hermetismo del antecesor *culterano* español del *siglo de oro*, escrita con la intención de que fuera oscura, alejada lo más posible del gran público, lo que se lograba con base en analogías, asociación de ideas por yuxtaposición, imágenes oníricas, acentuando el mensaje atemporal en contraposición de lo cotidiano; poesía como intuición, sin propósitos prácticos. Cerrada.

La poesía parnasiana se derivó del Simbolismo, pero los simbolistas se apartaron de ella desdeñando su propuesta de claridad y objetividad a cambio de mayor libertad en el verso, y deshabitando la pretensión a la claridad, a la objetividad, al perfeccionismo. Sin embargo adoptaron de Gautier su posición de “el arte por el arte” y años después, Valéry descendiente de estos movimientos, acuña por su parte la idea de la “poesía pura”.

Sobre el destino de los simbolistas escribió Verlaine que el genio de cada uno los había separado del tejido social, como una maldición que los había conducido al hermetismo volviéndolo su expresión individual. Dado que el griego-francés Jean Moréas, autor del Manifiesto del Simbolismo falleció en 1920 y su inmediato antecesor, Stéphane Mallarmé, en 1898, se podría decir que Paul Valéry, muerto en 1945, fue el último simbolista.

Si tomamos estos datos como necesarios antecedentes tendremos ya más clara la idea de cómo acercarnos al poema *El cementerio marino*. En él existen las citas culteranas: Zenón de Elea, la diosa Minerva, impresiones paisajistas, simbologías sobre la vida y la muerte mientras el reposo de los dioses; el mar, como estímulo para los vivos y lugar de descanso para los muertos; el mar, hechura de palabras lúminas, sitio consagrado a la luz desde el fulgor terrestre... divagaciones... dispersiones...

Como el poeta se encuentra observando sobre el risco, y es vida, el mar recicla entonces la vida en la superficie. Al mismo tiempo el mar espera para ser el cementerio de la tierra firme. Tumba. Cuna. Tumba. Cuna. La muerte, que es vida, rodea al poeta que observa y éste mira la inmensa tumba azul que está esperando el descenso de la tierra para reciclarla. La muerte puede tardar pero finalmente es la tortuga que siempre le gana a Aquiles. El hombre, Aquiles, puede obtener triunfos, brillos, en su desbocada carrera pero al final, la tortuga siempre llega. El poeta nos refiere el veloz desplazamiento de Aquiles, más en su juego de simbologías, es él, sujeto también a la paradoja de su quietud. De lo que culpa al cruel filósofo:

¡Zenón, cruel Zenón, Zenón de Elea!
¡Me has traspasado con esa flecha alada
Que vibra, vuela, y que no vuela!
El sonido de mi infancia ¡y la flecha me mata!
¡Ah, El sol...! ¡Qué sombra de tortuga
Para el alma, Aquiles inmóvil a grandes pasos!

Medita el poeta sobre el risco y nos mueve dentro del sofisma de Zenón, la velocidad que no avanza y se queda suspendida entre Aquiles y la tortuga pertinaz; y porque el color, el olor, el dolor mismo, todo está condenado a perecer, se rompe el quietismo, ¡por eso se alza el viento, para tentar la vida!

Sobre la inclusión de este pasaje en el poema, el propio Valéry explica:

La exigencia de los contrastes que producir y de una especie de equilibrio que observar entre los momentos de ese “yo” me llevó (por ejemplo) a introducir en un punto algún llamamiento de filosofía. Los versos en que aparecen los argumentos famosos de Zenón de Elea (pero animados, revueltos, arrastrados en el

arrebato de toda dialéctica –como un aparejo en una racha de borrasca-) tienen por objeto compensar, con una tonalidad metafísica, lo sensual y lo “demasiado humano” de estrofas antecedentes; determinan también más precisamente a “la persona que habla” –un amante de abstracciones-.

Concederá la indulgencia del lector que la interpretación, anterior a esta explicación, hecha a la sexteta, vale, pues la lectura de un poeta como Valéry no se puede quedar en la noble explicación del autor de que su intervención en esa estrofa fue un simple intento de hacer un contraste entre lo demasiado humano y una tonalidad metafísica.

Y así cada estrofa queda abierta y lo que el lector desprenda de cada una, según la habilidad de su pupila, valdrá también, seguirá valiendo, desde el risco de su observación poblado de cruces de piedra enrojecida, hasta lo más profundo del vientre de su océano.

Así, el mar es cementerio para la tierra firme.

Así, el mar es cuna que está para la vida.

Así, el mar es fuente de conocimiento, “Templo de Minerva”.

Así, el mar es sentencia entre la superficie y las profundidades.

Así, el mar es el poderoso imán de las conjeturas del poeta.

Así, el mar disuelve el tiempo con su abrazo de agua.

Así, el mar es recipiente de la muerte que reinventa los latidos pero que en su fondo conserva inviolado el gran misterio.

¿En dónde concluye el mar?, no en los continentes, estos son apenas una concesión del mar. El mar continúa más allá del litoral, sigue en el pensamiento del hombre que lo está observando y sigue en el pensamiento de éste sobre la muerte y el final de la carrera de Aquiles. ¡Ah cementerio marino! ¡Vultio de agua!

Pero cuando la tierra se sumerge en el cementerio hidráulico ¿cuánto se lleva para alimentar su eternidad?, ¿de cuántas culturas están empedrados sus medios fondos?, ¿de cuántos pensamientos?, ¿de cuántas almas aceptando la sentencia de Píndaro?, ¿de cuántos poetas concentrados en el juego y rejuego de las mutaciones?, ¿cuántas ecuaciones se encuentran sepultadas en su vientre?, ¿de cuántas ecuaciones elabora las crestas de su espuma?

¡El viento se eleva!... ¡Intentemos vivir!

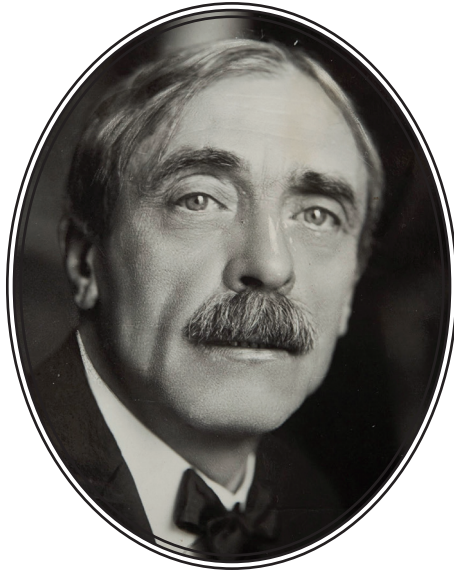
El aire inmenso abre y cierra mi libro,

¡La ola en espuma se atreve a brotar de las rocas!

¡Vuelen, páginas tan embelesadas!
¡Rompan olas! ¡Rompan aguas regocijadas
Ese techo tranquilo donde picotean las velas!

(Traducción de Miguel Ángel Flores)

Las palomas del principio ahora son velas marinas, reciben el bautizo junto con los continentes. El libro del poema -como el poema del libro-, es abierto y cerrado por un aire inmenso. Al final de cuentas, en el cementerio marino (magia de la mente del poeta y magia de la existencia misma, ¡rompan aguas regocijadas!), triunfa el himno por siempre de la vida. ¡El viento se eleva!... ¡Intentemos vivir!



Paul Valéry

La letra escarlata

X (Equis), quien en cualquier descuido podría cubrir patronímicamente el diccionario íntegro (son los tiempos que son, que es el tiempo), falleció de agudo e intransigente vulvibácter que le marcó sin inflexiones la pena moral y su muy visible deterioro físico... y prefirió la muerte, una muerte que bien pudo haber sido conjurada con un oportuno tratamiento antibiótico. El miedo a la intransigencia de las mayorías mata. No es de hoy ni del 1600, no es del 1850, cuando se escribió la novela *La letra escarlata*, no es por las vaporizaciones de estas puntuales tropicalerías ni por las incomodidades climáticas de lo muy al norte pervivente. Es, en veracidad suprema, un fantasma que por las encrucijadas de todas las geografías los seres en comunidad se reparten para la flagelación.

Los prejuicios de las religiones antisexuales son el abono más eficaz para esto. La voz ventajosa de las mayorías, alevosa y perversa que, sabiéndose el cuerpo de los más, se ovilla hipócritamente en los crespones de lo que decidieron como el bien y desde ahí, su pluralidad descarga el odio contenido contra la singularidad, la persigue, la cerca, la atormenta, voltea hacia ella la culpa para disimular las propias, método efectivo comprobado una y muchas veces a lo largo de la historia de la humanidad.

La mayoría tiene la razón, la minoría con su presencia solitaria plantea el debate irresoluble y muestra las entrañas de la libertad del uno aplastada por el reglamento de los muchos. El marco duro e inflexible desde la geometría que en su exactitud no late, sólo demuestra, es impuesto contra el pulso, dueño de los caminos, mismos que no le permiten transitar porque la libertad envenenaría a los coludidos con la ley, la que se crea para armonizar y se convierte en imposición y asesinato.

¿Cuántas veces hemos sido llevados al centro de la plaza por fuerza de la multitud justiciera? ¿Cuántas veces la mayoría nos ha elevado hasta la dignidad pavorosa del patíbulo y nos ha hecho pagar nuestra soledad frente a la rabia conglomerada? ¿Cuántas veces nos hemos

tenido que rehacer de horca o guillotina por haber pretendido sernos leales? Las mayorías mandan y sus fanatismos, en lo moral, en lo religioso, en lo político, firman la sentencia. Luego la ejecutan. Y hay que volver a nacer para repetir el episodio. Para ello hemos contado con todo el tiempo del mundo.

¿Qué sufre más, la mente o la carne? La mente es atormentada con la conciencia del delito cometido, la hacen creer en él, padece, se angustia; a veces acepta ante el natural de todos, y a veces sufre más todavía al rebelarse frente a la vesania encegueda que clama por el crimen como venganza porque criminal califica el agravio que dice que se le ha cometido. La mente se inclina hacia su reducto intimísimo de libertad y sufre profundamente ante la sordera y la ceguera de la ira masiva.

Para los inclinados hacia la carne creemos que ésta es la que más sufre, porque además de conllevar los efectos de las mismas prohibiciones, su promoción angustiante y represora, soporta directamente, como adversa suma, el dolor de la agresión física, la conflagración en la piel, la hendidura en el cuello, la horadación del proyectil, el filo de la rata en la mazmorra, el escupitajo que quema.

Pero la carne sufre desde antes, desde que se convierte en el objeto de la prohibición. Algo tan vital, tan principal, tan sustancia en la vida humana; se le carga de amarras, de vergüenzas, de cadenas (mentales y reales) porque se le identifica con el diablo, esto en el horno propio de las religiones contemporáneas. Se le identifica con el diablo quizá porque se piense torcidamente que la libertad de la carne lleva finalmente a la libertad del hombre. ¡Sexo!, grita el diablo. Y la mayoría somos pobres diablos hipócritas, que queremos... pero nos persignamos para tener las manos ocupadas.

Entonces las cavidades húmedas se clausuran a sí mismas, los volúmenes expandidos se disimulan y a veces hasta se les flagela por el intento de romper los moldes de lo que ya impuso lo sagrado; los deseos se domeñan a bozal y rienda firme y crece la palabra pecado como valladar primero, cuyo abatimiento, si lo hay en colmo de desacato, se pagará primero y después con el martirio de la carne y después y primero también con el martirio del alma. No hay salvación posible, las buenas conciencias, las buenas costumbres, los buenos modales impondrán finalmente la salvación de la carne y la del alma.

¿Así fueron los primeros pasos del puritanismo de aquellos casi legendarios colonizadores de la Nueva Inglaterra?, ¿los primeros pasos del “hombre civilizado” en el norte de nuestro continente? Hombres de fanatismo bien calzado —de lo que existen fehacientes testimonios— nos hacen pensar en aquellas imágenes que la intolerancia debe haber diseñado para los que no comulgaran con la cerrazón de la alfabardada mayoría que imponía sus creencias, y sus leyes morales y sociales a partir de esas creencias.

Inauguro mi relación a partir de la letra W.

Con la letra W, en español, se inicia la palabra wuichita, el nombre de un grupo étnico que habitaba las extensiones norteamericanas y que nada sabían del puritanismo que un día iba a cruzar el océano para avasallarlos. También desde el español se puede componer la expresión washigntoniano, para designar a los originarios de la ciudad que representa la unión de los estados que se formaron después de cruzado el Atlántico. Con la letra W, en inglés, se puede decir wacky, para denominar lo absurdo. También se puede decir weeping, para referirnos al llanto. Ahora, la W se va a convertir en nuestro eje.

Cuando llegaron los puritanos a las costas atlánticas americanas el fanatismo instauró lo absurdo y el llanto, wacky and weeping. Una de las primeras ciudades fundadas fue la de Salem y aquí no entrarán a participar en el texto asuntos filmicos, ni escenográficos, sino hechos reales, que fueron dentro de los marcos históricos. Una de las grandes fechorías de la sociedad puritana fue su cacería de brujas llevada a cabo después de los juicios de Massachusetts en 1692. Los enconos entre los propios fanáticos hicieron que en Salem se condenara bajo cargos de brujería, como resultado de la gran histeria que en ese sentido habían desatado las autoridades en la región, a hombres y sobre todo a mujeres a quienes finalmente no se les pudo probar nada. Durante aquellos acontecimientos fueron ejecutados siete hombres, trece mujeres y 400 personas más fueron arrestadas y enjuiciadas.

Todo esto provocó un torrente de acusaciones falsas entre los habitantes; bajo signos de extremismos religiosos creció un caudal de procesos amañados entre los que incluso fue acusado, para evitar la ira de Dios, hasta el presidente mismo de la Universidad de Harvard. Todos se espiaban y se delataban, todos se acusaban,

todos se indiciaban... histeria absoluta... demencia colectiva... en los interiores las libertades individuales eran manoseadas morbosamente por el exterior investido.

A tal grado había llegado el absurdo que el propio gobernador William Phillips tuvo que perdonar 18 meses después a los sospechosos que todavía no habían sido ejecutados. Cuatro años después de estas deformaciones aquí relatadas, los jurados que habían dictado sentencia desde su celo en preservar lo moral, lo casto, lo puro, se vieron obligados a firmar una confesión de error para reiniciar de esa manera una nueva página de su historia.

Uno de los jurados más feroces, quien incluso se negó drásticamente a firmar esa confesión de error fue William Hathorne, bisabuelo del escritor Nathaniel Hawthorne. Aquí, en este punto, nos vuelve a aparecer la W que habíamos anunciado como eje de este texto. Wuichita, washigntoniano, wacky, weeping, etnia, gentilicio, absurdo, llanto y aparece una W más, la que Hawthorne agrega a su apellido para diferenciarse por ese medio lo más posible de la infamia de su antepasado.

Y no sólo eso, sino que termina escribiendo una de las novelas clásicas de la literatura estadounidense, *La letra escarlata*, en la que hace una severa denuncia de los hechos ocurridos y de los graves daños que pueden provocar en las sociedades y en los individuos el fanatismo y la intolerancia religiosa. De la novela escrita por Nathaniel se desprende que los puritanos de 1620, que desembarcaron en Cabe Code, los de 1650, que ya poblaron por miles la zona, los de 1650, que es el año en el que se ubica su novela, se parecen mucho a los puritanos de hoy y de siempre. En todos los casos su cerrazón puede llevar a la muerte.

Cierto, la novela se ubica como ya se dijo en 1650 pero Hawthorne la escribe en 1850; hoy nos disponemos a leerla una vez más, en el siglo XXI y la historia sigue siendo tan actual y posible que continúa constituyendo una advertencia real que nos reitera la escritura de este autor tan cercano en su tiempo al llamado socialismo utópico.

¡Qué gran novela! ¡Qué gran mujer la que se eleva como su personaje central! ¡Qué gran escritor el que nos obliga a considerar profundamente reflexiones morales, sociales, políticas, históricas y culturales que abarcan una época y las épocas! En *La letra escarlata*

estamos citados todos en los diferentes tiempos en los que nos ha tocado estar sobre este planeta. Hawthorne nos invitó a conversar a todos en las páginas de su libro.

La trama nos refiere a una mujer, Hester Prynne, quien es acusada de adulterio por los moralistas de su tiempo y es obligada a reconocer públicamente su falta ascendiendo por un cadalso rodeado por la población entera, con su hija en brazos, producto del “pecado” y llevando zurcida en la vestimenta una letra “A” escarlata, como vergüenza, como símbolo de su falta: “Adultera”. Harold Bloom el gran crítico literario de nuestro tiempo se atreve a calificar a esta Hester Prynne como “la Eva americana” y le considera un gran poder sexual, lo que otros identifican como la expresión de una fuerza moral que la eleva por encima de los mezquinos que pretenden humillarla.

La dimensión de Hester crece aún más porque el hombre con el que ha alcanzado su realización sexual es el mismo, el que por razones circunstanciales, se ve obligado a subir con ella al patíbulo y a exigirle en nombre de la autoridad que descubra la identidad del otro pecador, del padre de su hija. Ella calla. Los dos sufren ante esta situación; cada uno por lo que está desgarrando al otro.

Después del escarnio público, ella regresa a la cárcel y tiempo después a la libertad, pero siempre bajo la burla generalizada. Por lo tanto, la libertad que le dan los otros es ficticia. La verdadera libertad se la da ella, con su decisión y con su carácter.

El padre de su hija, que resulta ser su confesor, de nombre Dimmesdale, no puede más con los grandes remordimientos que le corroen y cuando siente cercana su muerte, después de un lúcido sermón que impresiona a todos por su elocuencia, decide ante la multitud ascender también por el cadalso y confesar públicamente que él es el complemento de la otra parte de la falta. Ante el asombro de la gente después de su confesión cae muerto y muchos que presencian la escena aseguran haber visto sobre su pecho, cosida en su piel, la letra escarlata que pregonaba su pecado.

Todo esto nos lo cuenta Hawthorne creciéndose dueño de un gran estilo. Su prosa no es ligera pues está llena de metáforas y simbolismos. No obstante que habla omnisciente interviene en la trama en interacción continua con los personajes. De esta escritura resultan oraciones extensas a cambio de pocas y breves diálogos. Cada caso, cada situación, cada paisaje con su profundo

significado son asumidos cuidadosamente por el escritor. Se trata sin duda alguna de un gran libro escrito para mostrar, desde el viento hasta la entraña.

Algunos precisarán con mayor puntualidad que se trata de una forma de prosa barroca. Por mi parte considero que tal estilo es el más apto para abrir en la imaginación del lector una serie más abundante de posibilidades de interpretación y por lo tanto una mayor suma de consideraciones síquicas y morales con respecto a los hechos que se relatan. Los personajes principales merecen por parte del autor una detenida atención que se interna detalladamente en los valores de su íntimo. Gozará ampliamente la lectura el que esté dispuesto a desentrañar las maravillas que proporciona todo buen tejido metafórico como lo es este.

La sicología del autor desarrolla su lenguaje, pero la descripción del paisaje también y éste tiene mucho que decir desde la ciudad morbosa hasta la libertad del bosque en donde crece Perla, la hija de Hester. Hawthorne nos coloca ante las diferentes consideraciones del pecado, del arrepentimiento, de la culpa, del castigo, del fanatismo, del odio colectivo y en 24 capítulos no de gran extensión, formula una crítica que con los años iba a tomar un nuevo y mayor sentido cuando entre 1950 y 1956 Estados Unidos iba a experimentar esa otra desmesura violatoria a los derechos humanos conocida en el mundo moderno como el macartismo.

Pero estamos en el año en el que fue escrita *La letra escarlata*, es necesario recordarlo porque la historia que narra ya la habíamos vivido antes, desde Salem, desde mucho antes todavía, en otros continentes, y pareciera como si estuviéramos condenados a seguirla viviendo mientras exista el fanatismo sobre la faz de la tierra.

Por lo pronto lo que tenemos en las manos, en firme, es un gran libro que inauguró parte de la gran literatura estadounidense. El alegato de Hawthorne en contra de la fanática intolerancia sigue vivo como nunca, quizá porque se da dentro de un gran libro, y quizá también por que los grandes libros tienen ese maravilloso don, el de ser inmortales.

Quién sabe cuánto tiempo más nuestras sociedades se seguirán desgarrando entre la gracia divina y la justicia de los hombres con su respectivo castigo, por lo tanto libros como *La letra escarlata* seguirán teniendo su fuerte carga de actualidad. Cuando apareció,

fue tan importante que se mandó a imprimir en lo que para aquellos tiempos fue abundante tiraje, mismo que se agotó en tan solo 10 días. La salida del tomo fue todo un éxito, pero no lo veamos como éxito comercial, sino como el éxito de una fuerza delatora que se enfrentaba y removía conciencias. Ese es el gran libro que ahora volvemos a tener en las manos.

Del propio Hawthorne fueron las siguientes palabras: “la naturaleza humana a no ser por la presencia del egoísmo está más predispuesta al amor que al odio”.

Leamos el libro, es un buen ejercicio para aprehender la buena literatura, para filosofar sobre lo bueno y lo malo que podemos ser dentro de la misma unidad, sobre los ángeles y demonios que nos revolotean en torno, sobre el pecado y su pretendido acto conjurador (perversión multiplicada), sobre la luz y la sombra. Cerremos el libro, pero al ponerlo sobre el buró no nos asomemos al espejo, porque podemos identificar en el centro vitrio una letra escarlata que nos cubra el pecho; y sabremos que no es cierto, que tal imagen no es real, que es la malvada imaginación con su portentosa fuerza creadora la que desde las confluencias del cómplice reflejante nos estará gritando que sí es cierto.

La Cruz de Galileo

¡Ábrara! Estas palabras están planteadas justamente en el segundo anterior al primer segundo que va a presidir el gran estallido. Recurriendo al mundo de las ecuaciones el discernimiento acerca del término sería: “es el segundo anterior al primer segundo multiplicado por la raíz cuadrada de la luz”. Socorro Trejo Sirvent nos pone en esta circunstancia precursora. La escritora, motor infatigable una y muchas veces del desarrollo literario en el sureste mexicano, en esta ocasión se ha lanzado a la gran empresa de recopilar la buena poesía que se ha escrito en Chiapas entre 1900, tomándolo como el gran principio (hablábamos del ábrara porque de cualquier manera siempre habrá el antes del antes), hasta 1990.

Si tomamos en cuenta que los nacidos entre el 1990 y el 2000 en estos momentos son casi unos niños que por su corta edad no han madurado aún una obra como la que conjuntó esta antología, podríamos decir en plena justicia, que con ésta, Socorro Trejo Sirvent, realizó, ni más ni menos, que la Antología de la Poesía de Chiapas del Siglo XX. Acto descomunal y definitorio el de ella; para abordarlo, hemos tenido que crear un sistema de aprehensión al que hemos denominado La Cruz de Galileo. El doctor Galileo Cruz Robles, poeta de excelencias, nació en Villa Corzo el cinco de mayo de 1887, vivió los principales acontecimientos que impactaron el Siglo XX, falleció hasta el 22 de marzo de 1976 y su principal libro, *Éxtasis* (compilación de toda su obra) fue editado por segunda ocasión en el año 2003 por CONECULTA de Chiapas, así es que resultó el personaje que mejor podía cobijar las emociones de acopio de Trejo Sirvent dentro de una larga simbología que toca tres siglos, por lo tanto fue el inspirador desde quien elaboramos el sistema al que hemos llamado —para abordar esta empresa de hitos monumentales a la que nos enfrenta Socorro Trejo Sirvent—: La Cruz de Galileo.

Estas líneas que plantan su trazo a partir de la figura del doctor Galileo Cruz Robles se desplazan hacia los cuatro puntos cardinales de la poesía chiapaneca y asumen eléctricas las rutas que con tales

finés abrió el vasto trabajo de la escritora Socorro Trejo Sirvent. El tiempo cuenta con cuatro estaciones, el pasado, el presente, el futuro y el sumado de tres que sobre tales nos permite actuar para los que fueron y para los que vienen. Con las cuatro instancias jugaremos hasta asumirnos tiempo total. Hay una segunda posibilidad de trayectoria: hacia arriba, hacia abajo, hacia las tensiones equiláteras. En esto, interviene el asunto de propuestas y calidades, en las que tanto antologadora como prologuista sólo cumplen con presentar las existencias escuetas. Aquí a los lectores toca hacer el otro libro (su libro) y suerte se les desea para el éxito de la delicada pero emotiva empresa.

Hagamos por lo pronto un ejercicio geométrico. Tomemos a la poesía como la tangente que toca un punto X de la línea curva (como alcanzándolo apenas), la poesía rozando la vida y su materia que no tienen principio ni fin pero que para que no escape a los insondables la encerraremos en una circunferencia en cuyo interior estableceremos las atmósferas del llanto, la risa, el grito, el regocijo... La poesía, la tangente, toca la línea curva; el “apenas” provoca instantáneo lo material-etéreo. La enorme curva permanece después del mínimo roce maravillante pero la otra línea se nos escapa hacia sus extremos, es inasible total; el poeta alucinado va por el punto mágico, no puede permitir que se le diluya la inaprehensible traza y sobre la línea provocadora de volatilidades inventa una forma de desdoblamiento y le cruza otra a la primera que va a crear el punto dinámico justo en la verdad en la que había sido tocada la circunferencia.

La tangente volátil se encuentra cruzada por la otra línea que la ata en esa forma (aunque ya sabemos que no, aquí ya todo es etéreo). Entonces la tangente (poesía) cruzada por el otro trayecto (poeta) vuelve a nacer latido en el dibujo de la Cruz de Galileo. Todas las demás líneas que habitan el círculo: diámetro, radio, cuerda, secante, son expresiones de lo nuestro cotidiano, forman parte de nuestra vida común. El trazo-poeta, toca el punto hechizo, pero uno de sus extremos se proyecta a la nebulosa mientras que el otro penetra en lo material de la circunferencia, o si se quiere, de tal centro parte hacia el “punto” voluta y de ahí a la inmaterialidad, final en lo que sería su principio sin fin. La Cruz de Galileo es lo que importa, cruce de líneas vitales y de encantamientos que encuentra como solución única un eco, la metáfora, fantasma que nos

resuelve la vida a los poetas, magnitud hechizada entre rastros palimpsestos y hermeneseísmos vitalizadores.

Si el cruce de dos diámetros, forman cuatro cuadrantes dentro de la traza curva o si refiriéndonos estrictamente al trazo recto, suman cuatro radios que trasciendan la circunferencia, nos encontramos con que el cruce de las dos direcciones que proponemos (la Cruz de Galileo) da por resultante la libertad absoluta fuera del perímetro, las dos proyecciones se van al espacio insondable y precisamente por ello -Hölderlin estuviera absolutamente de acuerdo con esto- poeta y poesía, son los únicos valores al alcance de nuestra comprensión, dotados para transitar por las propuestas ondulantes del infinito. Lo demás es... lo demás.

Pero dotemos de materia a la Cruz de Galileo. La línea cruzada sobre la tangente como es claro de percibir, se resuelve en dos realidades, la primera, es la que va del punto mágico al exterior, tiende a diluirse en el extremo inabarcable; vuelve, pues, a lo insondable, mientras la otra entra en el cuerpo del círculo, de sustancia plena. Si sumamos la dos partes, estamos hablando de la línea poeta. La Cruz de Galileo nos somete al tejido de las consideraciones, para trabajar con ella es necesario abordar la mitad que ha quedado adentro de la entraña circular.

Surcamos dentro del juego del cuatro. El cuatro multiplicado por 100, al dar por resultado 400 establece la metáfora de los 400 cantos del ceniztle, cada uno de los cantos -o cada 100 cantos si se quiere- representaban los cuatro puntos cardinales. En las consideraciones geométricas que estamos haciendo la línea que se conoce como tangente (la línea poesía), es dividida en dos por el punto voltio que es en el momento que toca el instante de la circunferencia; la otra (la línea poeta) también se divide en dos; una de las partes viene a ser el radio, magnitud que va del centro del círculo al punto mágico de la circunferencia; la otra parte, del otro lado de ese punto, es en realidad la multiplicidad de un radio lanzado al exterior.

Aquí fijaremos el primer cuatro. Está determinado por el cruce de la tangente (la tangente dividida en dos) y por el radio y su proyección hacia fuera del círculo. Pero si por lo pronto vamos a trabajar con los materiales que se encuentran en las áreas del círculo, para referirnos a la historia no de la poesía, con sus líneas hacia el infinito, sino de la poesía en Chiapas. Buscaremos

el segundo cuatro dentro de la circunferencia. Este lo lograremos atravesando el círculo por dos diámetros en cruz. La expresión más a la mano que tendremos de la Cruz de Galileo. Por eso al sumar dos más dos, la dos primeras líneas que encontramos y ahora los diámetros cruzados dentro del círculo terminaremos dando con el siguiente cuatro, lo que ayudará a fortalecer nuestra visión. Si tenemos que emitir un concepto sobre la historia de la poesía de Chiapas recordemos que un cuatro más otro cuatro, más un nuevo cuatro menos la raíz cuadrada de cuatro nos tendrá que dar por resultado, diez.

Si la intersección de dos líneas dibujan la cruz de la que nos estamos valiendo los puntos A-B y B-C de una de ellas al sumarse a los puntos A-B, B-C de la siguiente, nos da una suma de dos cuatros (un ocho) para llegar al diez previsto líneas arriba habría que agregar dos valores más y éstos son tiempo y espacio. Entonces la Cruz de Galileo nos descifrará su lenguaje completo para conocer cuáles han sido los latidos más hondos de los poetas de esta tierra.

Galileo Galilei considerado por muchos como el padre de la ciencia estableció la ley de la isocronía pendular, descrita de la manera más elemental como dos o más acontecimientos que suceden simultáneamente en el transcurso del hecho oscilatorio. La velocidad del péndulo no varía, aunque las distancias se alteren, sea cual sea el ámbito de oscilación ésta guarda siempre el mismo ritmo. De esa manera Galileo pudo tener un concepto más claro de la rotación terrestre y habría que detenernos a considerar que el gran pensador no contaba con los elementos técnicos necesarios para llegar a su descubrimiento; esto lo logró midiendo las oscilaciones del péndulo de la catedral de Piza con sus propias pulsaciones. Entonces... la poesía... oh la poesía... en el plano que nos ocupa el péndulo puede desplazarse del amor a su odio o bien del odio a su anhelado amor conservando la sustancia central que le lanzó al movimiento. La poesía siempre estará en el centro de ese movimiento y el centro de todo movimiento es la materia.

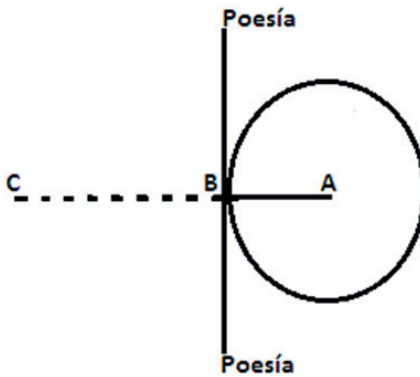
Si hemos de continuar con la figura de Galileo será más claro referirnos al hecho de que uno de sus logros más reconocidos en el plano científico fue la perfección del telescopio. Aquí nos fijaremos. Intuyo a Socorro Trejo Sirvent asistiéndose con el telescopio de Galileo para llegar con la poderosa lente al más alejado rincón

de su búsqueda. Ella observa a través del telescopio de Galileo y entonces logra la visión más completa sobre lo que busca en los terrenos de la creación de todo un siglo de palpitaciones y expresiones. El telescopio de Socorro recorre minucioso nombres y fechas, metáforas y descripciones que van del amor carnal a la visión del paisaje y todo lo concentra y todo lo hace un sumatorio en el que los poetas de Chiapas que latieron en el siglo XX retornan a ser nuestro hoy para que de alguna manera vuelvan a ser nuestro mañana.

Si desde Rodulfo Figueroa es que venimos (o desde muy antes) es la Cruz de Galileo la que nos facilita la visión en el manejo del telescopio de Socorro porque en Galileo Cruz Robles vivimos la entrega del joven que participa en un ardiente mitin en contra de la supuesta “paz porfiriana” y en la Plaza de Santo Domingo de la Ciudad de México es rescatado por una mujer para no caer asesinado ante las garras de los sicarios del dictador Díaz. Es el mismo Galileo cofundador de la Peña Literaria del Club de Periodistas de México a mitad del siglo XX. Es grande el compás, inmenso lo que abarca, lo que dentro de él existe ha sido detallado y acumulado minuciosamente por el telescopio de Galileo manejado por la sapiencia de una mujer apasionada y todo esto dentro del sistema dialéctico que hemos denominado la Cruz de Galileo.



3.- Crucímetro



A.- Primer libro publicado por Galileo Cruz Robles.

B.- Su aparición en la antología *Fiesta de pájaros*.

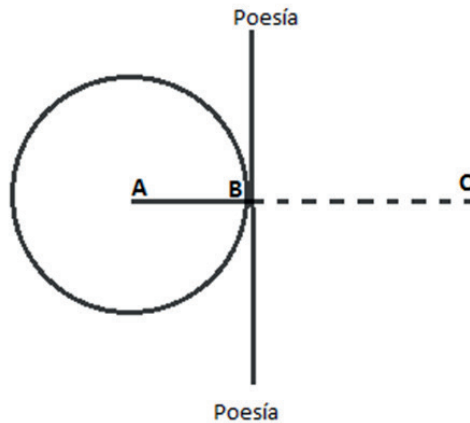
B-C.- Corrientes literarias de autores contemporáneos.

4.- Crucímetro

A.- Fallecimiento de Galileo Cruz Robles.

B.- Aparición de su antología en septiembre de 2003.

B-C.- Los poetas contemporáneos.



El trabajo de Socorro Trejo Sirvent inicia su larga lista con la referencia de Antonio Vera Guillén, nacido en Trinitaria, 1900. La acumulación de hechos y datos se va sumando a cada página. Para la realización de éste trabajo tuvo que consultar veinte antologías iniciando con la denominada *A la luz de los naranjos*, proyectada por el Taller Literario "Juan Rulfo" y publicada por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo Estatal para la Cultura

y las Artes / Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tabasco y el Instituto de Cultura de Tabasco, en el año de 1997. Hubo también la minuciosa consulta de más de un centenar de obras, de una gran cantidad de entrevistas, consultas, diálogos, investigaciones personales y bibliográficas.

Antonio Vera. Inicia. Muy bien.

[El año de 1900, que es el año del que Trejo Sirvent parte para su investigación, fue el año en el que Ferdinand von Zeppelin vuela por primera vez en un globo dirigitivo. Ya no solo los poetas podían conversar con las nubes. El mundo estaba poblado por 1.600 millones de habitantes. Todo tipo de drogas era permitido hasta que posteriormente se prohibieron por los gobiernos para constituir las en uno de los negocios más grandes y sangrientos que existen hasta la fecha. Se reconoció a Gerard de Nerval como al mayor poeta del romanticismo francés. Perteneció al “Club de los Hachisianos”, famosos por su exagerado consumo de drogas. Se suicidó ahorcándose en una obscura callejuela de París.

Un año después, en Buffalo, Nueva York, es asesinado el presidente William Mackinley, a quien se atribuye haber establecido a Estados Unidos como potencia mundial cuando como congresista incrementó los aranceles Mackinley Tariff. Fue el vigésimo quinto presidente y el último veterano de la Guerra Civil de ese país elegido para la primera magistratura. Fue el tercer presidente asesinado en funciones, después de Abraham Lincoln y Abram Garfield. El seis de septiembre lo balaceó el anarquista León Golosz. Fue sucedido por Theodore Roosevelt.

El siete de agosto de 1900, los hermanos Flores Magón fundaron en México el periódico Regeneración, como principal órgano periodístico en oposición al dictador Porfirio Díaz. No sólo por su confrontación con Díaz, sino por sustentar la ideología anarquista fueron perseguidos y encarcelados en diferentes ocasiones tanto en México como en el sur de Estados Unidos (California y Texas), (después, a Ricardo Flores Magón los gringos lo mataron en Kansas State, en la penitenciaría de Leavenworth). Los primeros hechos de armas en contra de la dictadura fueron encabezados por ellos y los líderes del Partido Liberal, de posición anarquista. Para muchos pensadores ellos, los Flores Magón, fueron los verdaderos iniciadores de la Revolución Mexicana.

En 1900, un niño nacido en Villa Corzo, se preparaba para iniciar sus estudios en la ciudad de Oaxaca. De ahí volvería a su lugar de origen convertido ya en bachiller. Su padre le esperaba para hablar de su futuro. Entonces el joven, ya de 20 años, manifestó que quería seguir la carrera de derecho pues la figura de Benito Juárez representaba su máximo ideal. El padre le hizo ver las terribles circunstancias en las que vivía el pueblo en Chiapas. Le hizo sentir la necesidad de atención médica que tenían los hombres que en esas tierras morían de fatiga, de explotación, de abandono, cercados por la tuberculosis, el paludismo, la oncocercosis. Le habló del requerimiento de una mano que ayudara a vivir a esa gente. Fue cuando nació para los humildes el médico y poeta Galileo Cruz Robles].

De vuelta con Socorro Trejo Sirvent y su libro *Universo Poético de Chiapas*, señalaba yo que su relación abre en 1900 con el poeta Antonio Vera Guillén y en su primera ficha nos informa que nació en Zapaluta, hoy La Trinitaria y que falleció en Comitán en 1957. Nos documenta Trejo Sirvent: Poeta y político. Fue magistrado del Tribunal Superior de Justicia. En 1948 los Talleres Linotipográficos del Estado editaron su libro *Huella peregrina* y en 1952, el folleto titulado *El maestro Mariano N. Ruiz*, con una viñeta de Francisco Cabrera Nieto. En 1946, el gobierno del estado inició la publicación de *Cuadernos de Chiapas*, integrados principalmente por biografías; entre los títulos publicados se encuentra *Breve reseña del Hospital "María Ignacia Gandulfo"*, de Comitán, Chiapas. Sus poemas aparecen en la antología *Fiesta de pájaros*, de Héctor Eduardo Paniagua publicada en 1932. Considero importante señalar lo siguiente. En esta ficha, Socorro hace por primera vez la mención de la antología *Fiesta de Pájaros*. Este libro editado por el poeta y periodista, luchador revolucionario, Héctor Eduardo Paniagua, se publicó, como ella cita, en 1932, pero recoge las voces de los poetas nacidos –la gran mayoría en el siglo XIX– que escribieron entre la influencia que marcó tan profundamente Rodolfo Figueroa en su época, y los primeros años agitados del siglo XX. Fueron poetas políticos o bien dedicados al periodismo o a la educación la gran mayoría, por ello participaron tan activamente en los asuntos sociales aunque esto no se refleje en su obra poética (quizá sí en cierta temática tocada por Cruz Robles). En su enumeración tendríamos que empezar principalmente por el

propio Paniagua, a quien se le conocía por muchos, como el “poeta de la Revolución” y seguir con nombres de escritores comprometidos como lo fueron Galileo Cruz Robles, Ernesto Parrés (tapachulteco a quien pocos lo recuerdan por su seudónimo: Gastón de Vilac), Ranulfo Penagos, Gilberto Pinto Yáñez y sobre todo, Luis Espinosa (aunque estos dos últimos no aparezcan en la antología); los perfiles de Espinosa son heroicos desde que en Chiapas se enfrenta a Victoriano Huerta después de que éste dio muerte al mártir Madero. Fue antirreleccionista absoluto. En 1912 escribió su libro más importante, *Rastros de Sangre*. Fue fundador de los periódicos *El Regenerador* y *Chiapas nuevo*. Fue congresista de Querétaro en el 17, en donde debatió sobre los artículos 3°ero, 27, 123 y 130 de nuestra actual Constitución. Cuando el general Villa fue asesinado en Hidalgo del Parral, Luis Espinosa, sin haber sido villista, en plena Cámara de Diputados de la Ciudad de México denunció desde la tribuna que ese no había sido un asesinato de orden común sino un crimen político.

[Mientras el telescopio de Socorro Trejo Sirvent realiza su minucioso recorrido disgreguemos un tanto, con la figura en Europa de Filippo Tommaso Marinetti. Poeta enardecido por su tiempo, quien en 1909 y en 1910 publicó en el periódico *Le Figaro* sus primero y segundo Manifiestos Futuristas, su propuesta de vanguardia que propulsó en una buena cantidad de ensayos y poemas, coreografías y obras de teatro de carácter experimental. Desarrolló la mística del *superhombre* inspirada en el poeta italiano Gabriele D’Annunzio. Dentro de esta pasión del *futurismo* es abrazado cada vez más por el fascismo hasta convertirse en el poeta oficial del régimen de Benito Mussolini. Marinetti tuvo ecos en América al grado de que existió en el nuevo continente un *futurismo* representado por el escritor Jorge Luis Borges.

El 19 de diciembre de 1910, nace en la Habana, Cuba, el escritor José María Andrés Fernando Lezama Lima, poeta, novelista, cuentista, y ensayista, sin duda alguna es uno de los hombres más trascendentes de nuestro idioma y su novela *Paradiso* una de las obras categóricas del idioma español. José Lezama Lima es tomado como el principal referente del *neobarroco cubano* que habremos de mencionar como estilo cargado de símbolos robustecidos con

referencias cultas a poetas barrocos latinos dados a sus lectores a través de un excelente manejo del idioma. Dos de sus ensayos más renombrados son *La cantidad hechizada* y *Analecta del reloj*. Cabe mencionar que el 30 de diciembre de 1930 tuvo destacada participación en los movimientos estudiantiles que se llevaron a cabo en contra de la dictadura de Gerardo Machado.

Por esos tiempos, en México, Justo Sierra, reconocido en todo el continente latinoamericano como “El maestro de la juventud” es titular de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, instituciones creadas bajo su inspiración.

La dictadura de Porfirio Díaz empezaba a desmoronarse después de décadas de abusos y oprobios contra el pueblo. El disgusto afloraba por todas partes, y no obstante lo sanguinario del personaje y sus secuaces, por todas partes también se manifestaba el malestar social. En cierta ocasión, en ese año (1910), en la escuela de Medicina, que se encontraba frente a la Plaza de Santo Domingo, se organizó un mitin que convocó a estudiantes y viandantes de dicha plaza. Se volvió un mitin multitudinario. Uno de los oradores era un estudiante chiapaneco ya conocido como poeta por sus compañeros. En un momento del mitin y cuando el joven estaba en el uso de la palabra, aparecieron en el sitio los matones de Porfirio Díaz. Muchos huyeron despavoridos, el orador trató de ganar una salida por las calles de Brasil. Ahí chocó contra un portón y sintió desfallecer. En el momento en el que el sable del matón iba a descargar su fuerza criminal sobre el joven poeta, el portón se abrió repentinamente y una robusta mujer arrastró al joven inerte hacia los interiores del oscuro lugar salvándole la vida al poeta Galileo Cruz Robles].

Socorro Trejo Sirvent informa: escritor, poeta y cronista, Manuel de J. Martínez Vázquez nacido en Tuxtla Gutiérrez, estudió la carrera de profesor en la Escuela Normal Mixta y Preparatoria del Estado. Fue catedrático de la Escuela Normal Mactumactzá (1956), Normal del Estado, de la Secundaria Nocturna del Estado y de la Escuela Primaria Camilo Pintado, en donde sostuvo el periódico Alma Infantil. Fue presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística de Chiapas, de 1994 a 1996; miembro distinguido de la Asociación de Escritores y Poetas Chiapanecos, A. C., de la Asociación de Cronistas del Estado de Chiapas y del Consejo de la Crónica Municipal de Tuxtla Gutiérrez. Fue fundador y director

de la radiodifusora XEON, en Tuxtla Gutiérrez. En 1998 el Instituto Chiapaneco de Cultura le otorgó el Premio Cabeza de Pakal de Oro en reconocimiento a su labor de rescate de las tradiciones zoques; el Ayuntamiento de San Cristóbal de Las Casas, el Patronato Fray Bartolomé de Las Casas y la editorial del mismo nombre le otorgaron el premio José Weber (1998) y el ayuntamiento de la capital lo declaró Hijo Predilecto de Tuxtla Gutiérrez; Obra publicada: *Brujos y visiones de mi tierra, Tuxtla en las primeras décadas del siglo XX* (coautor) y *Tuxtla al tercer milenio*. Su trabajo poético ha sido publicado en la antología *Cuando sopla el viento* (Conaculta/Pacmyc/Conaculta, 2008). De esta manera Socorro Trejo Sirvent nos vuela a configurar en el tiempo. En 1910, Chiapas estaba tan atrasado que ni siquiera sabía que en México había revolución, en la que habían muerto ya un millón de personas, el 10% de la población y que de ella había nacido un conjunto de leyes que pretendían fortalecer a los más humildes, pero que al mismo tiempo los tales deseos ya puestos en grafía jurídica se desvanecían en medio del choque de las facciones, algunas para hacerse del poder absoluto, movidas por la ambición, otras, para hacer materialización los principios por los que se había luchado. Así, cuando una de las facciones triunfadoras, la constitucionalista, encabezada por Venustiano Carranza, tomó la ciudad de México, de pronto se acordó que existía Chiapas y entonces envió un ejército con el nombre de División 21. Inmediatamente los finqueros, terratenientes, aristócratas usureros, mantenedores de tiendas de raya, latifundistas, los explotadores de siempre, presintieron sus intereses amenazados y de inmediato elaboraron en Chiapa de Corzo el *Acta de Cangui* y formaron un ejército opositor empleando para esto a sus propios peones, ¡Qué crimen! Finalmente, de las facciones revolucionarias que estaban en pugna en el país, resultó la carrancista la más inclinada a las posiciones de derecha, sin embargo, para abordar el lenguaje revolucionario, desde su llegada a Chiapas promulgó la Ley de Obreros, conocida también como Ley de Liberación de Mozos, lo que acabó de disgustar a los terratenientes quienes con el pretexto de que defendían a Chiapas de la invasión carrancista crearon un ejército de asaltantes y depredadores bajo el mando de Tiburcio Fernández Ruiz que fueron rápidamente conocidos como “los mapaches”, quienes incendiaron dos veces Tuxtla Gutiérrez, el cinco de junio y el 29 de julio de 1917, la saquearon y convirtieron el Palacio de

Gobierno en cenizas con archivos y documentación que había en el interior. Es decir, la ultraderecha con su vandalismo combatiendo a la derecha, con el pueblo en medio, como carne de cañón. Los poetas lucharon contra esto, como Galileo Cruz Robles en Villa Corzo, pero no lo dejaron escrito en sus poemas, sus poesías más bien fueron idílicas en su mayoría, describiendo leyendas y paisajes. Los carrancistas aplicaban leyes de beneficio social pero al mismo tiempo molestos por una población que no los comprendía reaccionaban saqueando a una sociedad confundida, y cómo no, si mientras su lenguaje y ciertos actos eran revolucionarios el resto de su proceder era atrabiliario; la otra facción también vejaba al pueblo, asesinaba y robaba, máxime que eran encabezados por verdugos y explotadores que habían vivido de sorber las entrañas de peones y agricultores, dioses en sus haciendas, mochadores de orejas de indígenas como lo fueron en apoyo del chacal Victoriano Huerta; existen fotografías de ellos realizando esa criminal acción, como la del delincuente huertista de nombre Agustín Castillo Corzo, quien con orgullo prepotente mantiene a un indígena de rodillas, le cercena las orejas mientras sonríe hacia la cámara fotográfica. Los poetas lucharon por la justicia, pero no denunciaron estos hechos pensando en la fraternidad, tratando de crear un Chiapas ideal, lejos del crimen. No lo consiguieron, pero sí nos dieron en palabras el paisaje, el memorial de las tradiciones, la ratificación de los dones con que la naturaleza había favorecido al Sureste lastimado.

[El año de 1942 es considerado como la fecha en la que la Segunda Guerra Mundial cambia de rumbo. El ataque frustrado a Moscú por parte de los alemanes volteó el curso de los hechos hasta el momento mismo en el que en 1945, el ejército soviético entra a Berlín derrotando definitivamente la locura hitleriana. Para entonces ya había desarrollado su magnífica obra el poeta alemán Gottfried Been, dentro de la corriente expresionista. No querido ni por los aliados ni por los nazis, la gran obra de Been tardó mucho en ser reconocida.

En ese año, en Brasil, el poeta Mario de Andrade publicó *O Movimento Modernista* (ya en 1940 había dado a la imprenta su ensayo *Modernismo*), en él insiste en el carácter revolucionario y libertario de su movimiento y declara la llegada de la literatura brasileña a una edad “casi adulta”. Sostiene que todo es construcción, hasta la destrucción que obliga a partir a nuevas formas. Es uno de

los pensamientos que nos hace reflexionar a muchos en el sentido de que el vanguardismo es perenne, es un imperativo de la creación.

En México se da, como una expresión necesaria, el movimiento conocido como “Estridentista” en el que participaron Manuel Maples Arce, Germán List Arzubide, Arqueles Vela (quien habiendo nacido en Guatemala siempre se reclamó chiapaneco), Luis Quintanilla, Salvador Gallardo y otros. Constituyeron uno de los movimientos más importantes que se haya dado en México y que provocó la decisión cerrada de la burocracia cultural mexicana de desaparecerlos de nuestro panorama poético. Lo consiguieron en parte -la irresponsabilidad del poder de la derecha en acción- porque hasta ahora, en universidades, reseñas bibliográficas, talleres literarios, son la exquisitez y el desapego hacia el hombre los que aparecen como dioses únicos de ese tiempo mexicano, no existe nadie más. Sin embargo, el Estridentismo, desde su posición vanguardista provocó una intensa estética plástica, representada en diferentes momentos de la vida artística de Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros y en la obra de Fermín Revueltas, por los pintores Alva de la Canal (principalmente), Aurora Reyes, Frida Kahlo y Jean Charlot, además del escultor Gernán Cueto, del grabador Leopoldo Méndez, los fotógrafos Paul Weston y Tina Modotti, y en el ámbito musical por el compositor Silvestre Revueltas, así como otros dignos talentos, entre coreógrafos, críticos literarios y teatreros.

El médico Galileo Cruz Robles había ingresado al ejército revolucionario en las tropas al mando de Salvador Alvarado, el creador del Partido Socialista del Sureste en el que participaron Felipe Carrillo Puerto y Rafael Gamboa. Había puesto sus conocimientos al servicio de los que luchaban en contra de los abusivos seculares. Había visto como en Huixtla, las hordas mapachistas habían recibido una reprimenda mortal cuando aún no se había dado el acuerdo Álvaro Obregón-Tiburcio Fernández Ruiz. Ya eran otros tiempos.

Alzó la vista, empezó a escribir: *Soy la Piedra de Huixtla que vigila/ por las noches la estrella que cintila;/ la aurora que despunta regamente/ tras las crestas azules del Oriente/ y las puestas del sol en agonía/ de la tarde que muere con el día./ Veo a lo lejos el mar, que arrulla o brama...* (Aquí inevitablemente recordé a mis paisanos Máximo Cerdio y Eduardo Hidalgo)].

[Socorro Trejo Sirvent nos vuelve a su relatoría. Cordelia Vázquez (Yajalón 1942) Médica anesthesióloga. De 1997 a 2000 fue presidente de la Asociación de Escritores y Poetas Chiapanecos A.C. (AEPCH). Miembro del Seminario de Cultura Mexicana, corresponsalia Tuxtla Gutiérrez. Premio “Juan Rulfo” otorgado por la AEPCH. Obras publicadas: *Yajalón esmeralda del arcoíris*, *Ni huella del polvo*, *Regresaré sobre mis pasos*, *Amanín*, *Fusil de Bois*, edición bilingüe publicada en Francia; *Ríos de luz*, *Cuchillos ciegos*, edición trilingüe editada en Francia; *Cegos Cutelos*, editada en Brasil; *Crayolas*, *Colorines: ajedrez de palabras*, *Coral nocturno*, *Estampas y ciudades*, *Historia del Hospital Regional* (en coautoría con el Dr. Didier Gómez Trujillo), *Ana Karina*, *Aristas del diamante*, *Por el filo del gozo*, *Intemporal*, *Arrecife de cristal*, *Secreto Eros* y *Akabal-nhá* (narrativa). Autora de la letra del himno de la Asociación de Escritores Chiapanecos. Autora del disco ABC Musical Infantil. (Música de David Pichardo). Su obra ha sido antologada en libros y revistas nacionales e internacionales.

Retrocediendo el tiempo vemos en el estado de Morelos al general Emiliano Zapata dando instrucciones para que el licenciado Rafael Cal y Mayor regresara a su tierra, Chiapas, y creara las primeras fuerzas zapatistas en donde los mapaches se habían apoderado anti-históricamente de las banderas agraristas. Así es como Rafael Cal y Mayor es el creador del primer reparto agrario en Chiapas, esto fue en las haciendas de San Pedro Custepeques, San Vicente y el Laurel dentro de la demarcación de La Concordia. La pugna ya existente entre carrancistas y mapaches impidió que se extendiera mayormente la acción de Cal y Mayor, desprestigiado por los gringos por haber capturado a varios hacendados estadounidenses en Tabasco (denuncia hecha por Franz Blom al haberse encontrado con el parte que en ese sentido enviaba Cal y Mayor a Zapata). Los mapaches sólo pudieron accionar con sus tropas de explotados en el centro del estado porque en el Soconusco había otro tipo de realidad con la United Fruit explotando la riqueza bananera y creando otro tipo de relaciones con los trabajadores de la tierra, habitando zonas exuberantes en la que laboraban jornaleros agrícolas y hacendados liberales. Por ello, cosa rara, en el Soconusco se dieron los primeros sindicatos agrarios. En la actualidad en Cacaohatán existe un ejido que se llama Unión Roja. Desde la época del anarquista Flores Magón, éste designó a un

guerrillero veracruzano llamado Santanón para que llevara el anarquismo al sur de Veracruz, a Tabasco y Chiapas. En mi libro *Las mariposas de la tía Nati*, (Ediciones de Cultura Popular, 1973) en la página 93 publico un documento que cayó en mis manos en donde el secretario interino del ayuntamiento en Tapachula, Ricardo Belarmino Mayorga informa sobre la muerte de los anarquistas Federico Coronado, Silvano García, Pablo Hernández, Cipriano Velázquez y otros, miembros del Club Juan Álvarez quienes fueron colgados e incinerados entre Huixtla y Escuintla cuando se les llevaba al cuartel de Tonalá bajo los cargos de preparar un golpe armado para favorecer sus ideas anarquistas. Trascendió que esas muertes en realidad habían sido ordenadas por un próspero cafetalero alemán de apellido Broum. Había por esos rumbos otro tipo de pensares, por eso los mapaches no los vieron propicios como campo de acción. Basta con señalar las derrotas que los seguidores de los ideales de Luis Espinosa les infringieron en Acacoyagua, Escuintla y Acapetahua en donde quedó aniquilado el cabecilla Emiliano Escobar; en Unión Juárez, fue capturado Julio C. Farías y ejecutado después en Tapachula, frente a los muros de la iglesia (hecho asentado también en *Las mariposas de la tía Nati*), y en Huixtla los hombres comandados por Ángel María Pérez huían despavoridos, río arriba, hacia un sitio llamado Piedra Canoa, de donde resbalaban hasta las corrientes del agua y la derrota. Nada o muy poco de esto quedó registrado por los poetas de *Fiesta de Pájaros*, utilizando aquí este título, como mera referencia testimonial. Ese presente-pasado había que romperlo hacia adelante y tal se dio con la llegada necesaria de los vanguardistas, Armando Duvalier, Rosemberg Mancilla, Santiago Serrano, Gastón de Vilac (Ernesto Parrés) y Antonio Vera Guillén, el estridentista. No olvidemos al estridentista anterior, al guatemalteco-chiapanececo Arqueles Vela. La vanguardia siempre joven, siempre estando, reinventándose de diferentes maneras, rompiendo hacia la luz la matriz de la historia].

El 22 de febrero de 1976 el gobierno de Estados Unidos reconoció haber realizado experimentos con cuerpos humanos entre 1945 y 1947 para estudiar los efectos de las radiaciones ionizantes en quienes fabrican bombas atómicas.

En esa misma fecha Ana Cara-Walker publicó *Creolización in Argentina: Folk Poetry, Tango and Literary Criticism*, por parte de la

American Folklore Society. Las aportaciones de métricas y ritmos negristas en las propuestas de vanguardia. Esas cosas pasaban en el mundo.

Años más tarde, en México, el licenciado José López Portillo es elegido presidente de la República. “México se prepara para administrar la abundancia, mientras el presidente promete defender nuestro peso como un perro”.

Por esas fechas el poeta Galileo Cruz Robles, en la ciudad de México, es cofundador de la Peña Literaria del Club de Periodistas de México (que luego se llamaría Peña Literaria Juan Bautista Villaseca). Fallece el poeta el 22 de marzo de 1976. En el 2003 se publican por segunda vez sus obras completas, bajo el título de *Éxtasis*.

[Socorro Trejo Sirvent nos hace la relación de los poetas chiapanecos del Siglo XX. Arbey Rivera (Nueva Independencia, Ángel Albino Corzo, 1976). Poeta, artista plástico y promotor cultural. Egresado de la licenciatura en Historia de la Facultad de Ciencias Sociales de la UNACH. Ganador del Concurso Nacional de Poesía Acequia 2006, de Sonora, y becario del PECDA Chiapas en 2007. Es autor de los libros *De los mil y un engaños*, *Cantos de mar para evitar naufragios*, cuya tercera edición fue traducida al catalán, en 2012, y *Volver a Ítaca*. Su trabajo literario aparece en *Identidad chiapaneca a través del cuento*, *Cuentos desde la altura*, *Cofre de cedro*, *Carruaje de pájaros*, *La fuerza de la tierra*, *Poesía arbitraria de poetas jóvenes de Chiapas*, *Letras de la Memoria*, *Jaime Sabines, 83 años 83 poetas*, entre otros, y en revistas de circulación nacional e internacional. Como pintor, además de las técnicas convencionales, maneja la técnica mixta de hilos sobre madera y papel encerado, hallazgo personal que ha experimentado desde hace 14 años. Su obra ha sido expuesta en Costa Rica, España y México, tiene 15 exposiciones individuales y más de 25 colectivas. Reside en Comitán y dirige el proyecto Puente cultural del Sur-Sureste y la editorial Lengua de Colibrí. Hay un libro que es una leyenda en la poesía de Chiapas, *Los pinos del Malé*; “nadie lo conoce y quizá nadie o muy pocos hayan oído hablar de él”. De niño escuchaba a mi madre continuamente hablar de *Fiesta de pájaros* y de *Los pinos del Malé* (además de su inseparable *El declamador sin maestro*). Ahora sé que los dos primeros fueron libros del mismo autor. *De fiesta de pájaros* se testimonian diferentes menciones; *Los pinos del Malé* se perdieron en

el misterio. Llegué a creer que fue un invento de mi madre. Hoy sé que no. Que existió. Que fue editado en Huixtla y que lo publicó la imprenta del maestro Alberto C. Culebro. *Los pinos del Malé* si fueron realidad. Fue el inicio, después, nuestros poetas habrían de darnos muy donosas páginas como la extensa investigación de Socorro Trejo Sirvent nos lo demuestra. En esta conjunción del verbo encontraremos luces y sombras, belleza y tragedia. Chiapas es uno de los estados con mayor retraso en México. Escogimos para elaborar el prólogo de éste compendio el método de la Cruz de Galileo, porque este poeta es el que nos cubre con su poesía y su vida desde los albores del siglo pasado, inmediatamente después de la antología de Luis Espinosa y de la figura señera de Rodolfo Figueroa (Siglo XIX), hasta iniciado el siglo XXI cuando en el 2003 se publica la segunda edición de su obra completa, además porque en él se reunió el poeta que escribe del edén pero que al mismo tiempo es consumido por el fuego epopéyico. Canta al paisaje pero también es uno de nuestros primeros poetas sociales al hablarnos, por ejemplo, de la muerte de María Herrán, joven asesinada desde el palacio de gobierno de Tapachula, cuando encabezaba un mitin que la llevaría a su muerte derramada sobre los prados del parque central de esa ciudad; crimen que provocó la caída del gobernador Manuel María Esponda. Cruz Robles fue un buen poeta que también supo reconocer a los buenos gobernadores que tuvo Chiapas como cuando dijo del ingeniero Raymundo Enríquez: “Es el más grande” y en otra ocasión: “Le tocó gobernar en 1928. Hombre probo y decente, realizó una aceptable gestión agraria”. Pero volvamos a nuestra antologadora. Dentro de un marco que parte desde 1900 hasta 1990 es que trabaja Trejo Sirvent para darnos el gran panorama que requerimos conocer. Quizá los poetas de Chiapas de nuestro ahora sigan en su mayoría sin ser violentados por la situación que vive el estado. Hubo poetas que cantaron al paisaje pero que al mismo tiempo participaban en acciones cívicas y hasta bélicas. La investigación de Trejo Sirvent nos dice de alguna manera cuál es la situación actual. Para mí que en varios momentos seguimos siendo cantadores “de las sedas de las selvas”; en muchos casos no pasamos de ser sensualistas con figuras afortunadas del lenguaje, pero también es de decir que desde que aparecieron las vanguardias con Armando Duvalier al frente surgió una generación más preocupada por el hombre que por la sensualidad del paisaje o las aflicciones personalísimas; no han faltado clasemedios de

grandes urbes que desde lo llamado en literatura: “de lo cotidiano”, con base en mentadas de madre y chingados, “epinicios” de violencias ciudadanas, han creado un recurso de atracción. Nuestra aguda pobreza no impidió que en hechos de alguna manera recientes, durante el reclamo histórico de los despojados (zapatismo marquense), esos “sensualistas” llegaran hasta a publicar libros para dolerse de los pobres latifundistas “tan mal que han sido tratados” o que los que usan el lenguaje procaz como sistema de éxito no llegaran a calificar a un respetable poeta preocupado por la suerte de los humildes, como “monaguillo de Samuel Ruiz”, en un periódico de circulación nacional. Aquí estamos todos convocados y la historia será la que hable posteriormente. En 1926 el gobierno de Carlos A. Vidal fue de corte socialista, entonces aparecieron periódicos como *Adelante*, *La Gleba*, *Alba Roja* y *El obrero del Soconusco*. La saña hizo que el gobernador Vidal fuera asesinado en Huitzilac, Morelos, y dentro de esa misma atmósfera política, el director de *Alba Roja*, Ricardo Alfonso Paniagua. No hemos alcanzado el Chiapas idílico que se perseguía en *Fiesta de pájaros*, pero sí los poetas que hemos requerido para que las heridas no queden en la sombra. Esta es la multiplicidad de voces con las que cuenta Socorro Trejo Sirvent, por eso podríamos decir que su libro se vuelve canto múltiple, un himno del bosque, pero también del alma. Al arribo de Duvalier, de Rosemberg Mancilla, de Mariano Penagos Tovar, de Eliseo Mellanes, de José Falconi Castellanos, de Raúl Garduño con su torrente metafórico, lleno de maravillas del lenguaje, cargado de alucinaciones verbales, de Rosario Castellanos, reclamando la equidad de género y latiendo tan cerca del dolor de los desposeídos, se abrieron nuevas posibilidades y así es como se han dado las voces contundentes de Juan Bañuelos después, de Oscar Oliva, de José Falconi Oliva, de Mario Luis Altuzar, de Marlene Villatoro, de Ulises Córdova, de Ameth Rivera. Vino el doctor Hernán León Velasco con su sensibilidad humanística hasta la hermanía con sus enfermos de bajos recursos. Hay más como Mario Nandayapa, Julio Solís, Balam Rodrigo o Fernando Trejo. El poeta Alejandro Molinari, comiteco él, me comentaba que repudia tener que ir a la capital (se refiere a Tuxtla Gutiérrez) a la que sólo asiste por situaciones imperiosas, muchos más jóvenes que él expresan lo mismo, pero con respecto a la capital mayor, la ciudad de México. Esto no representa problemas mayores. Hay que subrayar que las

nuevas técnicas de comunicación, propias del contemporáneo universo electrónico “han reducido considerablemente las dimensiones del mundo” y con ello, al acercarse los seres por esas vías han aflorado nuevos lenguajes que bien manejados se constituyen en vehículos enriquecedores para los procesos de la comunicación, los idiomas se ensanchan y las terminologías experimentan cambios radicales, hay nuevos tejidos léxicos y renovadas astucias verbales, sin embargo, tengo la impresión de que muchos de los que constituyen las nuevas generaciones (no obstante la existencia de ejemplos contundentes como los de Bañuelos y Oliva) siguen sin percatarse de la realidad tremante que les rodea en su Sureste cuna; les ha costado reconocer que lerman de tales ríos no obstante que ya desde hace bastantes años Enoch Cancino Casahonda había visto a Chiapas “triste, como la imagen del indio clavada entre la cruz de tus caminos”. Pero por una vía o por otra, hay un cúmulo que en cualquier forma nos enriquece, que es una realidad, un modo de “cantidad hechizada”, una suma de la que saldremos ganando finalmente, un compendio para el alma. De todo ello (de todos ellos) da fe (dará fe) el tomo de Socorro Trejo Sirvent, el que espera, más bien, el que exige el enfoque desde una lectura apropiada. La llave de los prodigios verbales es Socorro Trejo, la que nos puso en las manos con su Universo Poético la riqueza de la palabra, universo y planeta: la poesía, verbaria de un siglo desde la sensibilidad convertida en libro, y junto, sumamos nuestra propia voluntad, nuestra visión del siglo XX desde la magnánima y abarcadora Cruz de Galileo. Gracias Socorro.

LA VOZ DE LA GEOMETRÍA

En el auxilio solicitado a la geometría, reconocimos en el centro del círculo la concentración del magma de donde parte la sucesión de puntos radiales hasta tocar ésta el perímetro de la circunferencia. Llega hasta ahí y como la cantidad hechizada de Lezama Lima, rompe la curvada línea carcelaria para impulsar su dirección hacia el infinito, sobre área libre. El punto de partida del vector es marcado como el Punto A. El contacto y rompimiento con el perímetro circular desde donde la línea se lanzará a un destino indefinido queda marcado como Punto B. Vemos al centro, gestor de materia

(incluyendo la escritura del poeta), lanzarse a romper el primer dique, para luego, desde ahí, desde el Punto B impulsarse a lo impredecible que es lo que configurará el Punto C.

La otra línea convocada, la tangente, cumple su destino al tocar por fuera el punto de intersección con la línea anterior, al imantarse en el mismo vértice de ángulos crea la Cruz de Galileo. Viene de su propio Punto A. Realiza el contacto eléctrico con la línea curva y el vector que procede del centro del círculo, el Punto B; sigue su destino hacia lo que llamaremos su Punto C. En sus dos extremos la tangente viene y va de y a lo innombrado; por lo tanto, al contribuir a formar en su trayecto la Cruz de Galileo y al trasladar este lenguaje de: poeta-poesía, se convierte tal complejo de líneas en asuntos de prodigios infinitos.

OTRA VERSIÓN DE LA CRUZ DE GALILEO

				1					
				2					
				3					
				4					
				5					
A	B	C	D	+	E	F	G	H	
				6					
				7					
				8					
				9					
				10					

1.- Nace el poeta Galileo Cruz Robles en Trinidad de la Ley hoy Villa Corzo el 5 de mayo de 1887.

2.- Se recibe de bachiller el 1907 en la ciudad de Oaxaca.

3.- 1910. Participa en un mitin estudiantil en contra del dictador Porfirio Díaz en la plaza de Santo Domingo de la ciudad de México. Ahí estuvo a punto de ser asesinado.

4.- Llega a Chiapas como médico militar en la división 21 del Ejército Constitucionalista.

5.- Comenta del gobernador Ingeniero Raymundo Enríquez: “Hombre probo y decente, realizó una aceptable gestión agrarista”.

+

6.- En 1928 publicó su primer libro: El Sumidero o la epopeya de Chiapas.

7.- En 1931 obtiene su primer premio literario por uno de sus poemas más célebres: La espada y la idea.

8.- Su principal libro Éxtasis (recopilación de su obra poética) es publicado por primera vez en 1955. La segunda edición se realizó en el 2003. Edición de Coneculta-Chiapas.

9.- En la ciudad de México fue cofundador de la Peña Literaria del Club de Periodistas de México, denominada después como Peña Literaria “Juan Bautista Villaseca”.

10.- Fallece en la ciudad de México el 22 de marzo de 1976.

Poetas de finales del siglo XIX y principios del XX que además de actividades literarias se avocaron a ejercicios cívicos:

A.- Galileo Cruz Robles

B.- Héctor Eduardo Paniagua

C.- Luis Espinosa

D.- César Augusto Lara Ramos

E.- Gilberto Pinto Yáñez

Poetas contemporáneos comprometidos con los acontecimientos sociales:

E.- Armando Duvalier
F.- Rosario Castellanos
G.- Juan Bañuelos
H.- Oscar Oliva

Por obvias razones las listas que aquí se dan son restringidas. Habría que mencionar a Mariano Penagos Tovar, Raúl Garduño, Ulises Córdova, José Falconi Oliva y a varios más.

En el foco cenital de la paradoja

“Que atrasada está la ciencia”. Las ruedas de la camilla giraron como buscando direcciones independientes; finalmente, aunque confusas, terminaron siguiendo la ruta que el camillero, obstinado, les impuso. Al despertar de la anestesia, entre dolores e hinchazones violáceas, el primer pensamiento que expresó en voz alta fue ese: “qué atrasada está la ciencia”. Después, más sereno, o más bien, menos afligido, hincó en el origen de su discernimiento: “una operación de columna vertebral, una tajada de caballo en la espalda, ocho tornillos invadiendo el cuerpo, ocho horas boca abajo, anestesiado. ¿Y el trabajo de tantos científicos en el mundo?, ¿para qué, entonces, tantas experimentaciones de la técnica y la ciencia, si para curar los males del organismo tiene éste que pasar por brutalidades que sólo por el tópico de la asepsia -no siempre eficaz, por cierto- apenas pueden diferenciarse de la edad media? Enfurecido pensó en lo vano de sus estudios de fisiología; de los tantos postulados de físicos, químicos, matemáticos, que había estudiado y discutido con pasión en veneración auténtica a la ciencia y la tecnología. Dentro de su mente, ahora tan adolorida como su cuerpo, él, en horizontalidad de víctima, rencoroso pleno, empezó a ordenar lo sustancial de su enorme acervo. Amontonó ecuaciones sobre ecuaciones; teorías, fórmulas, enunciados; todo lo concerniente a asuntos cuánticos y sobre la relatividad; Teoremas como el de Gödel y sus proposiciones indecidibles, las deliberaciones de Copenhague; las consideraciones sobre el experimento de Schrodinger; el dodecafonismo de Shöemberg; el sonido 13 de Carrillo; Alfred Watkins y las líneas ley; las simbologías producidas por Bohr y Heisenberg; más antes, las de Euler; más antes las de Al-Jawarizmi; Dios jugando, sí o no a los dados; Curva de Koch; Ley de Hooke, Método de Möhr; Leyes de Kepler; experimentos del planckismo; Fisión atómica. Todo eso y más juntó en su mente enfebrecida. Todo eso y más. Recordó la clave que había ideado para destruir todo eso y más, en caso necesario. Con el ardoroso

dolor en la espalda y la espumosa rabia en la conciencia aplicó la fórmula mentalmente. Desde su camastro de hospital su cerebro dictó: *Rotor M-O repele bono Z*. ¿Cuál fue la naturaleza reactiva que produjo esta hoguera mental liberando en cadena y luego impactando entre sí cálculos y comprobaciones, zumos filosóficos y summas astronómicas? ¿Propuestas teóricas y certezas de los métodos? ¿En dónde, en qué código científico se podría discernir la naturaleza de la reacción provocada? No hay causa sin efecto (según el acerto primitivo, el axioma primario). El caso es que, en ese mismo instante, en otra parte del mundo, una terrible arma secreta se accionaba borrando a libios y palestinos de la faz de la tierra. Poco después, al saber la noticia, con el cerebro convertido aún en hoguera de electrones, lleno de admiración, en el cúlmene de la paradoja, todavía entre dolores y analgésicos, iba a pensar en voz alta y algarabada: “qué avanzada está la ciencia”.

Ignición del meteoro

La fricción producida por la velocidad de su desplazamiento delecta cada segundo cósmico. Estamos en el Meteoro, reproduciéndose como materia de su vuelo en cada instante de la estela incandescente que deja tras de sí su cola de pavorreal, perfil vultúrigo. Meteoro es una fuerza que revisa hacia adentro y hacia afuera las verdades recorridas por el colosal impulso. La atmósfera es su casa, mejor, es la materia en la que penetra macho como verbo vulvático que testimonia nuestra presencia viva, los devenires en su incendiado rastro. Esta energía que se alarga, vuela desde muy antes y más fuerte que los telescopios, que los métodos y los instrumentales para medir el portento; que su lóngita curva quemada. Aquí tendrán su propio espacio el canto que de la entraña brota; la danza, raíz en movimiento; el arpegio, hecho de sensibilidades y sapiencias; las simetrías de los escenarios junto al dictado del ojo y su pincel creativo. Síntesis de su recorrido cuando se vuelve letra o trazo, sonido o pupila educada. Meteoro resolviendo a cada paso aéreo la raíz cuadra de la luz (en mecánica ondulatoria la Ley de la inversa del cuadrado establece que para una onda como la luz que se propaga de una fuente puntual la intensidad de la misma disminuye de acuerdo con el cuadrado de la distancia de la fuente de emisión. Lezama: “es el rayo de luz impulsado por su propio destino”. Nerval: “La Trezieme revient... C'est encore la première”. Ábrara. Y el meteoro se desplaza. Y el meteoro nos cuenta su historia andarina.

En París faltaban lámparas

(Nerval lo sabía)

Ábrara. La décima tercera regresa... es aún la primera. No hay comillas asumibles. Es el todo que en nombre de los todos delinea su curso curvo en contrarreflejo de tiempos, e incluyente, voz colectiva y pensamiento que la mueve en nombre de la suma. La trezieme revient... C'est encor la premiere. Es el rayo de luz impulsado... (Lezama)..

Tarquino El Soberbio ordenó poner en cruz los cadáveres de los suicidas y abandonarlos como alimento de las aves carroñeras y de otros animales salvajes para combatir así, de manera categórica, una epidemia de suicidas que estaba azotando su reinado. Los suicidas crucificados regresaron al mundo entre colmillos voraces y picos filodrásticos.

Una y otra vez he caminado hasta las orillas del Sena con este pensamiento y me he devuelto en ámbito de vergüenza por la decisión trunca y el ánimo incapaz, ángel derrotado. Retorno a la loza resbaladiza, maloliente, sin una moneda en la bolsa, pero meditando en que aún no es la hora de iluminar con el sumo desprendimiento esta oscuridad de atmósfera irrespirable.

Los griegos enloquecían ante el loco y asesinaban el espejo fuera de sí mismos, lo destruían desbarrancándole hasta fundirlo con las olas que bullían mar abajo, agitando desesperadas sus espumas carnívoras. Los medievales crearon la diabólica “nave de los locos”, en ella embarcaban a los alterados y los lanzaban hacia las rutas infinitas sin brújulas ni timones. Algunos que por momentos retornaban a estados de razón, volvían a enloquecer, irremediablemente, al saberse a bordo del destino terrible impuesto por los que habían quedado en tierra, comentando las características del más reciente embarque.

Tarquino fue el último rey romano, el último de siete, faltaban seis para el reinicio de los procesos, por eso los dementes no se extinguieron en tales prisas y siguieron proliferando dentro de su reinado. Aquí mismo, entre las sombras de la Rue Vieille-Lanterne he visto a un hombre caminar con paso dificultoso mientras jala

una langosta en el extremo de un listón azul. El hombre, oscuro, la langosta, el listón azul, Tarquinio hubiera enloquecido en pleno Primer Distrito de París.

Fui dado a luz en 1808, pero los que saben cosas dirán que fui dado a la sombra por mí mismo en 1855, en apegado cumplimiento a un poema mío llamado "Epitafio": "Y una noche de invierno, cansado de la vida, dejó escapar el alma de la carne podrida y se fue preguntando "¿Para qué habré venido?" Ni el más mínimo eco de respuesta ni entre ramas ni entre árboles se ha escuchado desde ese entonces en los etéreos devenires del cementerio de Pere-Lachaise.

Pero también el brillo del día es mi brillo, lo sabe la langosta, lo goza igual que yo, la langosta, esa tierna compañía que desprecia junto conmigo el asombro de la gente que nos ve pasar por las pequeñas y sucias callecitas que entre sus encrucijadas nos llevan a los resplandores de la pequeña plaza de St. Michel, en uno de los costados resbaladizos de la Isle de la Cite -llena de pordioseros y desgarrados- cuando podemos caminar sobre ellas, cuando no están inundadas y llenas de lodo podrido.

Gerard Labrunie era el verdadero nombre de aquel que alguna vez expresó: "mi misión es restablecer la armonía universal evocando las fuerzas ocultas de las antiguas religiones" y considerando que el sueño es el desdoblamiento de una segunda vida, desde sus dos seños se convirtió en el más grande poeta del romanticismo, para muchos, el verdadero padre de la modernidad de la poesía francesa.

Su gran cultura fue sacudida también por las creencias de religiones remotas, por fantasías que se desprendían de viajes realizados a Egipto y a países del medio oriente. Todo ello le brindaba el sueño, el universo del otro, hasta llegar a los lindes del mundo de la langosta, hasta contenerse en la orilla misma de Aquerón, cuando en uno de sus poemas la reina (la Virgen María, la Diosa Isis, Jenny Colon) besó su frente calcinándola.

Y afuera del verso los pordioseros en aquellas calles malolientes que acentuaban las dualidades en las que vivía y que lo llevaron a seguidas depresiones hasta tenerlo que internar varias veces en clínicas siquiátricas, hasta su muerte. De pronto el hombre de la Francia de mediados del siglo XIX enredado en asuntos de ocultismo, magia, hermetismos, taumaturgias, sufriendo la más aguda pobreza después

de dilapidar una herencia materna arrebatado por el amor a una actriz, Jenny, con quien experimenta pasiones abismales y quien incluso, con su muerte, a los apenas 34 años de edad, agrava los desequilibrios de su sistema nervioso.

A esto habría que agregar los experimentos –muy de los artistas de la época- con el hasis, el ajeno, las drogas y los estimulantes de toda naturaleza, en sesiones que realizaba con Baudelaire, Balzac, Flaubert, Dumas, todo esto en el interior del Club de los Hachisianos fundado por Théophile Gautier en el Hotel de Lauzun, por cuyo adoquinado recorrieron todas estas ansias en busca de conocer las sustancias verdaderas de los seres y del mundo, libres de los formalismos racionales, es decir, en su estado más puro, para alcanzar el alma más pura, para crear el arte más puro, la más genuina expresión del hombre y del universo. Este Club de los Hachisianos funcionó entre 1844 y 1849, atrás de los misterios de su silencioso adoquinado.

Yo lo vi. Yo lo experimenté. Yo lo sé, hay otro mundo tanto o más terrible que éste. Lo vi de tal manera que traté de explicarlo cuando escribí “Aurelia”: “vi monstruos que se cambiaban de forma y despojándose de sus primeras pieles se alzaban más poderosos gigantes. La enorme masa de sus cuerpos rompían las ramas y las hierbas, y en el desorden de la naturaleza se entregaban a combates en los que yo mismo tomaba parte, pues tenía un cuerpo tan extraño como el de ellos. De repente fluyó un aire divino, el planeta se iluminó; todos los monstruos que había visto se despojaban de sus formas extrañas y se convertían en hombres y mujeres o en peces y pájaros de formas conocidas”.

Los médicos de la época lo auscultaron, lo atendieron, diagnosticaron: su mal es: “Demoniomanía”.

Y él, mientras, seguía tropezándose, sin un centavo, en aquellas calles lúgubres, de un París muy antiguo, de barracas de ecos medievales, calles que constituían verdaderos acertijos del demonio, en donde amasaban los pobres sus miserias, en donde se respiraba a excremento cuando no se untaba el ser en indistinguibles viscosidades enverdigando el asco.

-¿Y por qué le diagnostican como mal el de “Demoniología”

-Porque él mismo sostiene que “sostiene comunicaciones demoniacas y que es un profeta anunciado por el Apocalipsis”.

Camino hacia mi descanso pero la langosta es lenta, despreocupada, no le importan los orinales que se vacían a nuestro paso. Para evitar estos perjuicios en varias partes ya abrieron canales, e incluso muchos de ellos ya no permanecen al aire libre, se ha creado un sistema de cloacas, pero las cloacas no nos liberan de estos olores nauseabundos. Los desechos arrojados desde las sillas para regir se guardan abajo, en depósitos de excrecencias que por las noches se hacen llegar a los grandes conductos de la ciudad para desalojar todo aquello, pero no obstante, entre los pobres, todos los días conviven la peste, la sarna, el cólera, la tuberculosis, revueltos con los malos olores...

Llevo la cinta azul en la mano, me detengo, no paso más allá de Aquerón, aún no es el río de fuego del que ya no se regresa, es el infierno si éste de acá no es. Pero si éste es, para qué juntar los dos desde hoy. A veces no se pisa acera de piedra, se pisa lodo, pero hay que caminar. Ayer arranqué un pedazo de periódico y leí algo que firmaba el Visconde de Launay:

“Qué feo es París después de un año de ausencia. ¡Cómo se ahoga uno en estos pasillos oscuros, estrechos, húmedos y fríos a los que nos gusta llamar calles de París! Uno pensaría que se encuentra en una ciudad subterránea, ¡tan pesada es la atmósfera, tan profunda la oscuridad! Lo digo desde este 1838”.

Alejandro Dumas describía así la atmósfera que me rodeaba: “Su hábitat podría ser, ni más ni menos, que un fumadero de opio de El Cairo o un comedor de hachis de Argel”. Por cierto, se dice que fueron mis viajes a esos otros puntos del planeta, a la otra latitud del sueño, los que me acercaron más a las clínicas psiquiátricas.

Leo esto y me causa sobresaltos ¿esta es la existencia? “Lo quise saber todo y al final nada he sabido”. “Un domingo me desperté con un dolor sombrío, fui a ver a mi padre y no lo hallé, vagué por calles, llegué a la iglesia de Notre Dame, fui a arrojarme a los pies del altar pidiendo perdón por mis culpas. Pero algo en mí decía “la virgen ha muerto y tus rezos son inútiles, Dios también ha muerto”. Salí desconsolado, me dirigí a los Campos-Eliseos y luego a la Plaza de la Concordia, mi pensamiento era destruirme. En varias ocasiones me encaminé al Sena con ese fin, pero algo me impedía cumplir ese designio. Las estrellas brillaban, pero de repente me pareció que se apagaban como las velas que había visto en la iglesia; creí que los tiempos estaban ya cumplidos y que

tocábamos el fin del mundo anunciado en el Apocalipsis. Creía ver el sol negro en el cielo desierto y un globo rojo de sangre por encima del jardín de Las Tullerías. Me dije: “La noche eterna comienza y va a ser terrible”. ¿Qué va a suceder cuando los hombres se den cuenta de que no hay sol?”

Pero hay que cumplir. Para Séneca “el suicidio era un acto enérgico por el que tomamos posesión de nosotros mismos y así nos libramos de inevitables servidumbres”.

Y entonces van a decir: Nerval nació en 1808 y murió en 1855, su sombra deambuló entre deshechos para liberar su alma en la calle más oscura que pudo encontrar. Su vida y su suicidio anticipan a la denominada “poesía maldita”. Su interés por lo onírico es precedente del Surrealismo. El mismo término de “Surrealismo” denominó a otra corriente poética posterior. Entre sus obras hay que nombrar el ensayo “Los iluminados” las novelas cortas “Las hijas del fuego”, la novela fantástica “Aurelia”; la poesía recogida en “Las Quimeras”.

Faltaban tres años para que el poeta Nerval muriera cuando Napoleón III comisionó al Barón de Haussmann con el fin de que acabara con las cloacas y diseñara el París moderno que hoy todo mundo conoce. Como cualquier supuesto acto de modernidad, el Barón aprovechó el encargo para engrosar su bolsa en forma desmedida y a su vez para trazar una ciudad que no terminaba con la pobreza, con la miseria ni con las epidemias, tan sólo las desplazaba a las orillas de las orillas.

Una vez desplazados los trabajadores se aprovechó también para diseñar una urbe que impidiera a los ciudadanos el recurso de tender barricadas contra los malos gobiernos. Se abrieron grandes avenidas, para favorecer el comercio, pero también para que por ellas pudieran avanzar los grandes ejércitos para aplastar los movimientos populares, como se vio pocos años más tarde cuando por esas avenidas creadas por Haussmann, el genocida Adolphe Thiers aniquiló a la histórica Comuna de París. Pero en las orillas de las orillas prevalecían insistentes el hambre y la miseria, como las que llevaron al suicidio, en parte, a Gérard de Nerval.

Pero eso vendrá después, ahora yo, Nerval, me ahogo en la miseria y el abandono cuando no en el peregrinaje de hospital a hospital siquiátricos. Vi a Dios muerto como ya lo habían visto en Alemania

Jean-Paul Richter y lo poetas alemanes. Jean-Paul ya nos había advertido supuestamente en la voz de Cristo: “He recorrido los mundos, subí a los soles y volé con las vías lácteas a través de los desiertos del cielo, pero no hay Dios. Bajé lejos y profundo, hasta donde el Ser proyectaba sus sombras. Miré al abismo grité: “Padre, ¿dónde estás?”, pero sólo escuché la eterna tempestad que nadie gobierna; y el brillante arco-iris formado por todos los seres estaba ahí, sobre el abismo sin que ningún sol lo creara, y se derramaba gota a gota. Y cuando alce la mirada hacia el cielo infinito buscando el Ojo de Dios, el universo fijó en mí su órbita vacía, sin fondo; la Eternidad reposaba sobre el Caos, lo roía y se devoraba a sí misma -¡Griten disonancias, dispersen las sombras ya que Él no es!”

Y más adelante, como justificando el suicidio mismo: “¡Cuán solos estamos en la gran fosa del Todo! Sólo me tengo a mí mismo. - ¡Oh Padre!, ¡Oh Padre!, ¿dónde está tu pecho para que en él yo descance?,- ¡Ah!, si cada yo es su propio Padre y Creador, ¿Por qué no puede ser su propio Ángel Exterminador?”

¿Por qué no puedo ser yo mismo mi propio Ángel Exterminador? Me regresé del Sena varias veces. Me he negado a cruzar el Aquerón, la frontera de fuego. Pero en la iglesia la virgen me dijo que ya había muerto. Yo sigo golpeándome entre estas paredes oscuras, llenas de frío y humedad. De este paisaje tenebroso, dentro de muchos años, cuando de mí ni el polvo de mi polvo exista alguien vendrá. Le dirán Lezama. Les dirá Lezama:

“Así como Baudelaire unió la querida gorda y la flaca, característico de su estética que prefiere guardar el dado y esperar el azar, Nerval, por el contrario, se rodea de dos tentaciones: la idea de que todo en él va a dar en el suicidio y de que tiene que depender de la casquivana actriz Jenny Colon. Sus sensuales excentricidades bajando el telón, las reuniones de artistas en casa del escultor Jean du Seigneur, romántico, enemigo del Ciérsinger donde se reúnen madame de Sebatier y Baudelaire, sus viajes a Bélgica para encontrarse con la actriz pueden hacer un Meyerber; pero su suicidio colgándose en el callejón de la Vielle Lanterne, es un tema Berlioz-Doré. Su vida pasada de un Berlioz a una cita con Liszt, pero sin detenerse en la única compañía del gran músico que tiene que acompañar al poeta, pues Wagner parece ser desconocido por su prosa de un impresionismo homogéneo, de calada llovizna, pero fiel a la constante amenaza del suicidio, cosa en la que seguramente

no pensaba mucho Wagner.” Esto es latir, sustento, del Lezama, dentro de su analécta del reloj.

Hay un lugar en el planeta al que llaman distancia, de más allá, arrojado por palmeras y exageraciones tropicales, dentro de mucho más de un siglo de trajines, vendrá un Roberto López quien vivirá unos días en la Rue Francs Bourgeoi, justamente a la mitad del tramo que queda entre la Place des Vosges y el edificio de Les Archives Nationales. Cruzará todos los días por Le Pont Sully, y caminará por el Boulevard de Saint Germain hasta alcanzar la renovada Place de Saint Michel, desembocadura de varias avenidas modernas que serán para entonces. Las excursiones constituirán lo ocioso, las nostalgias inventadas, la automentira sostenida con tirantes necios, la falsa evocación, el suspiro hipócrita. No hallará nada, todo esto habrá desaparecido, sólo se mentirá conscientemente. En aquel París de turisterías no habrá quedado ni sombras (y él bien lo sabrá) de lo que fue esta maraña de callejuelas deprimentes, transitada por el pordiosero y el asaltante, en donde hemos comido los de hoy, este pan oscuro que se nos vuelve cuerpo del suburbio mismo.

Yo soy el otro. La Trezième revient... C'est encor la première Vamos hacia el final que es ir hacia el principio. Se ha hablado de mi interés por la cábala, en ella, el símbolo 13 es un esqueleto, la muerte, con una guadaña, dedicada a segar hombres en un campo de hierba tierna, donde cabezas y rostros jóvenes parecen estar porfiando desde debajo de la tierra y surgiendo así por todas partes. Es el número de los cataclismos para que se pueda partir la tierra nueva.

Como porta una advertencia sobre lo desconocido y lo inesperado, adaptarse adecuadamente al cambio atraerá para beneficio la fuerza de la vibración y reducirá los potenciales negativos. Está asociado con el genio, con la ruptura de lo ortodoxo, con el descubrimiento.

El siguiente paso, el 14, se asocia a la comunicación magnética, a la interrelación por la escritura, por la publicación, por la difusión, por el anuncio, evangelante energía, espiritual dialogalidad, que interaccionan los tiempos.

Entonces en el paso 13-14 que se hace uno -uno del nuevo 13- se está reiniciando, reciclando, reinventando incluso, estamos reSiendo con la nueva novedad de enfrente que se convierte automáticamente en la nueva novedad pasada. Aquí parte el recorrido dibujando una espiral, más que un círculo. Ábrara, como se viene de donde se viene

representa el inicio del inicio; la partida, sin que nada parta de la nada. El hombre-materia es ábrara del hombre espíritu, el salto dentro de la espiral. La Trezième revient...

Dejo lo escrito. Me interno en la oscuridad de un callejón sin esperanza alguna en el otro extremo. Algo ha pisado mi zapato haciéndome resbalar ligeramente. ¡Qué honda oscuridad! Me regresé del Sena aquella vez, algo, quien sabe qué, me detuvo. En el siguiente episodio me negué a cruzar el Aquerón, el río de fuego, rehuí al no retorno y por ello seguí arrastrando la desdicha. Me cimbré sacudido por el terror frente a los monstruos que se repartían a Dios entre sus fauces. Bajo mis pies corre el agua oscura entre excrementos y animales terribles, propios de lo sombrío. Soy el suicida que no ha cumplido con su exterminio. Soy el otro y no tengo derecho a atarlo a esta curva tenebrosa que es mi curva, la mía. ¡Soy Nerval! ¡Farol de petróleo, estrella caída sobre la turbia calle! ¡Soy Gérard de Nerval! ¡Soy esta lámpara encendida entre las sombras!

-Sssshhhh, no vaya al callejón del fondo, hay un hombre colgado del poste.

Variaciones de invierno

Carlos Humberto Valencia se restregó los ojos irritados y extendió por la cara un gesto de fatiga.

La última paletada cayó ligera sobre el túmulo que aprisionaba los restos de Juan Bautista Villaseca; la última porción de tierra se sumó a la que se apretujaba ya contra el ataúd de color gris en donde reposaba el cadáver del poeta que había sido acompañado al solitario panteón de San Isidro, en Atzacapotzalco, por un escaso grupo de amigos aquel día, siete de marzo. La tarde estaba parda, próxima a la lluvia.

La tierra no ha de haber quedado lo suficientemente apisonada dado que el cuerpo del poeta, en algo que consideramos como un acto de protesta contra sus amigos que pretendíamos dejarlo en aquel lugar alejado, se empezó a mover provocando un ligero movimiento terrestre bajo nuestros pies, los que lograban mantener apenas el equilibrio de nuestras cabezas, víctimas de un imperceptible mareo.

El cuerpo del poeta se volvió a poner de pie frente a nuestros ojos y ahí mismo se no fue haciendo invisible, y con un silbo frío se elevó sobre nuestras caras asombradas y se fue a burlar de nosotros entre las ramas de los árboles que producían un ruido largo y trise. En el automóvil en el que viajábamos de regreso le dije con voz opaca a Adolfo Anguiano: “como que lo árboles quisieran doblarse, ¿verdad Adolfo?”. El sólo respondió: “creo que va a llover”. Guillermo Anguiano completó con un rumor que no alcanzó a salir plenamente de su garganta; las vibraciones del motor fueron las únicas que se dejaron oír por espacio aproximado de media hora.

La verdad era que el poeta había sentido hasta el último momento su gigantesco miedo a la soledad y por eso decidió pegarse a nosotros, descender en forma de lluvia, de aire, subirse a nuestro coche y meterse rabiosamente en nuestras células, para que no nos atreviéramos más a dejarlo en aquel alejado rincón del panteón de

San Isidro. Desde entonces nos empezó a acompañar a todos nuestros cocteles, a todos los homenajes que nos dedicamos a hacer en su memoria, a cada trago de Bacardí o de ginebra económica que nos regalábamos generosos. Empezó a no soltarnos con el pleno conocimiento de que en esa forma siempre estaría cercano a sus gustados “consomecitos”. Ah qué Juan, nunca le ha fallado la intuición. Cabe citar que a veces, cuando escribo mis cosas, me exaspera, como el día de hoy, que se asomó a leer estas líneas que estoy iniciando y con sus ojillos malévolos y su insoportable sonrisa irónica me espetó su clásica frasecita: “más pendejadas...”

Tal parece que habremos de soportar a este Juan por los siglos de los siglos, lo supimos desde aquel día de marzo, cuando regresó con nosotros antes de que le agarrara la lluvia en las lejanías de San Isidro. 1969 fue un año muy lluvioso. Bien sabíamos que finalmente él sería quien nos enterraría a todos nosotros, lo supimos desde que se nos encaramó en el carro en el que volvimos a la ciudad. Después nos lo encontrábamos en cada poste, ataviado con un traje musgoso, con parches de versos maltratados; lo encontrábamos en los semáforos impertinentes que invaden las esquinas de la ciudad; lo veíamos cruzando las calles con su paso lento, cansado. Y decirle al humo: “buena sombra humo” o al smog: “buena sombra smog”; o al sol: “buena sombra sol”. Por las noches llegaba a dormir a nuestras casas; sabíamos que estaba en la sala o en el comedor, aunque no lo viéramos.

Luis Alveláis a quien entregamos toda la obra de Villaseca (lo que cada quien tenía, aparte del gran grueso que el propio Villaseca puso en sus manos) con el fin de hacer una edición póstuma que sacara al gran poeta del desconocimiento oficial, le arregló un cuarto en la azotea de su casa para que ahí estuviera tranquilo y nadie le molestara, y como Juan Bautista Villaseca podrá morir veinte mil veces y nunca se le quitará lo poeta, aprovechó el tiempo en el que vivió sobre la cabellera de Alvelais para escribir su libro *Azoteas del insomnio*. Ah qué Juan, siempre sobre los versos.

Así ha permanecido Villaseca, hablándonos de Pablo Neruda, Vicente Huidobro, de Vallejo, de Pedro Garfias. Cuando habla de los poetas mexicanos ya no acaba con Manuel José Othón, con Díaz Mirón, con López Velarde, con José Juan Tablada, con Carlos Pellicer, para terminar siempre con Efraín Huerta porque dice que es su cuate y que se admiran ambos. Me gusta su lenta

movilidad y escucho con atención sus juicios polémicos, de pausado dinamismo.

Nos ha contado Juan que nació el 21 de abril de 1932 en la calle de Héroes #50 de la ciudad de México; que su madre fue doña Paula Quintero, del estado de Guerrero, pero que su padre, don Juan Bautista Villaseca Toro fue un culto médico chileno, y de ahí saco yo que a eso se debe su gran conocimiento de los poetas sudamericanos y la influencia que a veces le noto de Neruda y Vallejo. Luis Alvelais, que en eso de las técnicas literarias se las sabe de todas, todas, afirma que la obra de Villaseca es tan importante como la de Vallejo. También Adolfo Anguiano da mucho en compararlos, yo creo que los dos son grades y muy ellos cada quien, y pienso, si algún día Juan te llegas a morir, solo, sobre una fría plancha del Hospital General (cadáver desconocido), si algún día se te sube la ginebra tanto, tanto, como para que te cierre los ojos y te tape el resuello, y luego de que pasen días, después semanas, meses y luego años y siga la inactividad de quienes serán designados para dar a conocer tu obra íntegra, haré una recopilación de tus cosas para que sepan todos los que no te conocieron y que son los más, quién eras, y que aquellos que te conocieron y se hicieron los disimulados agarren a los poetas con los que se cachondean en sus mafias destartaladas y se los...

Pero luego también pienso que hay muchos libros escritos por Juan que yo no poseo para esta recopilación, y los títulos surgen como pequeños fantasmas: *Azoteas del insomnio*, *Siete pétalos en el preludio de la primavera*, *De la tierra a la rosa*, *Variaciones de invierno*. Qué buen título este último para la recopilación en caso de que no pudiera incluir ese tu libro en ella, pienso, y también pienso en la gran cantidad de poemas sueltos que dejas extraviados entre tus conocidos, como tu serie sobre los acontecimientos del 68... y los inconclusos... Pienso que para que las *Variaciones de invierno* fueran completas, aunque me falten muchos de tus libros como *Diurnos* y *En el sur de la tormenta*, y un montón de inéditos que tú mismo dejaste a resguardo de alguien, buena onda sería incluir un párrafo de tu novela *Pánfilo Godínez* en donde te retratas con una prosa bellísima pero que para mi gusto no llega a constituir una verdadera novela, para mí sólo llega a ser un saco repleto de bellísimas metáforas que pretenden contar una historia. Pienso en esas cosas... y sigo repensando hasta que llega Juan

con su “consomé” en la mano y su sonrisita irónica para decirme su maldita frase: “más pendejadas...”

Una vez al poeta se le descompuso el reloj, las manecillas caminaban en forma exagerada, las horas se adelantaban a su paso lento y a la lentitud con la que se llevaba el vaso a la boca. Decía Villaseca de su reloj descompuesto: “se adelantaba tanto a mi pobreza que al hotel estrellado de la noche le despertaba el sol”. Él siempre hablaba en verso, aún para afirmar que para beber había que tener fuerza de voluntad. “El tiempo no goteaba –decía cuando hablaba de su reloj- era un río, quería todas las estaciones para vivir un día. Las horas se salían de su jaula saludando una vida anticipada”. Se quejaba de que su reloj quisiera que llorara más aprisa y de que le adelantara hasta los cobradores. “Era como toda ilusión –decía de su reloj- un inexacto”.

El reloj se perdió posiblemente en la casa de empeño, pero a Juan le ha seguido marcando el tiempo, desde donde esté, en forma violenta. Por eso Juan se agarró de nuestros hombros cuando la tarde aquella de San Isidro; por eso se nos adelantó la lluvia cuando veníamos de regreso a la ciudad mientras los árboles doblegaban su ramazón por allá, por Azcapotzalco, después de un leve temblor de tierra.

Villaseca se vino con nosotros aquella vez, después de la última paletada de tierra, y empezó a amargarnos la existencia con su sonrisa irónica. Por eso Carlos Humberto Valencia se restregó los ojos irritados y después de un gesto de fatiga, el plumín sobre la mesa, nos consultó: “cómo ven, ¿lo habré agarrado bien? Perfectamente -le respondimos- es la mismita cara gruñona de Juan. “Carajo –dijo Valencia- no vaya a ser que me haya fallado en algo el pulso y se vaya a enojar nuestro cuate”. El retrato era perfecto, y había sido logrado sin que estuviera el modelo presente, de puritita memoria.

Valencia es un genio, dije yo, y el Vale: “no te hagas, qué pasó con la de Bacardí. En la Morada de paz, ante el desparramiento patriarcal del doctor Martínez Montes, nos bebimos las horas lentamente en venganza contra el reloj descompuesto que le había adelantado las horas en forma alevosa al “Bautista de la Villa Seca”, como dice Sergio Armando Gómez. Festejamos hasta el anochecer el retrato que de Villaseca había hecho Valencia; era para mi primer libro, *Trilogía entre la sal y el fuego*, título para unos sonetos en los que me

orinaba sobre los responsables de todo el tronchadero de Tlatelolco. Al final del libro venía una sección de homenaje al poeta que meses antes, en el cuartucho en donde sosteníamos la Rama de Escritores Mexicanos (parte de un enorme taller de zapatería), por las calles de Jaime Nunó, me salpicó con sus lágrimas después de haber presenciado a su Universidad con la alegría izada a media asta. El retrato logrado por Valencia iría al final del libro. Ah qué Juan, siempre se queda al final de todo.

Por este entonces, en las paredes de la Morada de Paz había un soneto escrito con nuestro puño y letra en donde Juan planteaba: “La noche con la espina se hizo rosa”, y yo completaba: Una rosa que sangra el universo, y él: “y el corazón con que camina el verso”, y yo: “tiñe la piedra en que el amor se posa”, y él: “noche que en las corolas se desposa”, y yo: “engalanada con orlado cierzo”, y él: “y en los labios un beso ya disperso”, y yo: “entre las sombras su verdad solloza”, y él: “Morada de la Paz, trébol amigo”, y yo: “licor de vida que la sombra escancia”, y él: “una alondra dormida sobre el trigo”, y yo: “gota de luz que suspiro en la pena”, y él: “la noche en las paredes es distancia”, y yo: “otro eslabón de la fugaz cadena”.

Esta vez el poeta no se quedó a finalizar la reunión, lo cargué sobre mi espalda y nos fuimos tambaleantes por la calle de Donceles, como quien va para la Cámara de Diputados, en donde había una cantina que se llamaba El Submarino; en la mente llevaba la frase que él tanto repetía: “Para beber hay que tener fuerza de voluntad”.

La Rama de Escritores Mexicanos, para nosotros simplemente “la REM”, ya no existe, pero existió, era un cuartucho mal oliente propiedad de Adolfo Anguiano, que contaba en sus cuatro costados con el bullicio agresor de varios talleres de zapatería. En el cuartucho, apuntalado con botellas de Bacardí y Ginebra Oso Negro, todo estaba destartalado, hasta nuestras risas revueltas muchas veces con lágrimas o con solemnes mentadas de madre. ¿te acuerdas Juan del cuartucho donde te quedaste a dormir varias noches? ¿te acuerdas de aquella mesa dura rodeada de cuadros y ruido de ratones, y de aquellos contundentes recordatorios familiares ante nuestra imposibilidad de conseguirte una mediana colchoneta para que pasaras la noche? Ah qué Juan, tú siempre tan amargo.

Adelante de mí la espalda del poeta era sola una sombra que dificultosamente se movía a la derecha, a la izquierda. Escribí: “nadie miró su sombra que achataba la tarde, nadie miró el soltero silencio de su andar...”, corrí unos metros y di alcance al poeta.

-Ya esta la línea Juan, cuál sigue.

-Este Pánfilo Godínez nos va a sacar de pobres, hermano.

-Qué línea sigue Juan.

-Ni se hizo el vacío que se queda en los cuartos...

-y luego?

-ni esa humedad humana que no sabe llorar.

Me atrasé nuevamente para apuntar las otras dos líneas de su poema. Pronto le di alcance.

-¿Crees que nos irá bien con el libro?

-Este *Pánfilo Godínez* lo escribí con sangre, ¿por qué no nos iba a ir bien con él?

-Pues es que luego le salen a uno conque si “¿lo regalan con todo y autógrafo”?

Pasos adelante Juan ya no podía caminar. Por la mañana unos zapateros amigos suyos recibieron de las manos del poeta algunos ejemplares del libro *Pánfilo Godínez* y como pago le dieron un par de zapatos duros que le quedaban grandes. Nos detuvimos frente a un tiradero de basura y ahí recogimos varias cuartillas de papel carbón conque rellenamos las partes holgadas de ambos zapatos.

-Poeta -le dije en las difíciles circunstancias-, el que sobreviva de los dos tendrá por obligación el narrar estas cosas que nos suceden.

-El que sobreviva de los dos tendrá que vestirse con una piel de amargura para poder hacerlo -me respondió.

Lo de *Pánfilo Godínez* fue todo un merequetengue bastante grueso. Con algunos meses de anterioridad el poeta nos había informado en la REM que había empezado a escribir su novela y que al terminarla aliviaría en definitiva su situación económica debido a que era amigo de varios intelectuales y de líderes que habían estudiado con él, que en algún momento le debieron favores y que en la actualidad estaban alcanzando altos puestos en la política. Ellos podrían comprar toda la edición de Pánfilo pues tenían los medios, “con los dineros que nos esquilman con base en impuestos y cuotas, hermano”.

De al tiro que nació con mala suerte el mentado Pánfilo; primero no teníamos para el papel, pero doña Ramona Quintero, mecenas de poetas y pintores, nos ayudó a superar el primer escollo; después empezamos a dar vueltas y vueltas a la imprenta del tal señor Limón, quien algún día se ahogará en su propia acidez. Pasaban los meses y no nos podían entregar las pruebas de galera. Un buen día nos dieron las condenadas pruebas; el encargado de la edición era Luis Alveláis Pozos, quien estuvo a punto de fallecer del coraje. El trabajo que nos habían entregado era como para tirar el tololoche y sentarse a llorar en la banquetta. Frases enteras habían sido cambiadas de sitio, otras simplemente desaparecieron, los capítulos habían sido alterados en su orden y las faltas ortográficas sumaban un caudal más atiborrado que el que forman los vehículos que transitan a las catorce horas por la avenida Peralvillo. Villaseca hizo primero un gesto de desesperación, y posteriormente sólo comentó con voz pausada: “Más pendejadas...”

Las pruebas de galera fueron regresadas a la imprenta con una airada protesta por parte de la REM, pero cuando nos dieron las segundas pruebas la cosa no había cambiado en nada. Así se sostuvo la situación por otros varios meses entre nuestra desesperación y el incumplimiento de los “imprenteros”. “¡Denme el libro como quieran, pero dñmelo ya!” les grito una vez el poeta, bajo los síntomas de una marcada indignación y fue cuando por fin fijaron una fecha para la entrega del mal hecho libro. Cuando se cumplió el plazo nos presentamos a la imprenta y nos encontramos con la novedad de que un día antes ésta había sido clausurada y por lo tanto había una tajante prohibición para sacar las cosas que se encontraban en el interior del local. Villaseca no pudo contener las lágrimas de la ira. Se sentó a llorar sobre la acera.

Al poeta siempre le han sucedido cosas raras con sus libros ¿No es cierto Juan? ¿Te acuerdas lo que te sucedió con *La Soledad Rescatada*? ¿Te acuerdas? Estábamos esa vez un millón de personas sentadas alrededor de una mesa larga, larga, brindando por el feliz término de una sesión más de la Peña Literaria del Club de Periodistas; unas botellas iban y unas muchas venían. La noche había sido larga, como la larga mesa que sostenía vasos, cascos vacíos y todo un cargamento de versos de todos sabores y colores. Tú acababas de escribir *La Soledad Rescatada* y te pidieron que leyeras algo del libro. Empezaste a leer hasta el momento en que tu poema decía:

“marinero si te vas, una noche de petróleo tira este poema al mar...” y arrojaste con furia el libro que pasó pitando entre las cabezas de los presentes. El libro desapareció como por arte de magia y esa noche te tuviste que sentar de nueva cuenta a reescribir de un tirón *La Soledad Rescatada*.

Así es este poeta.

—Tengo una sed de beduino errante.

—Hay hermano, andamos ahora sí que muy bajos de oros — Alveláis—.

—Vamos al centro de cultura hermano, tengo unos maravillosos lentes con arillos de oro que pueden quedar a cambio.

—Así éramos todos.

—A dónde vas Roberto.

—Voy a rescatar al poeta que se quedó empeñado en el Centro de Cultura.

—Pues qué; ¿le fallaron los lentes con arillos de oro?

—Es que los arillos no aguantaron el peso de todos los “consumecitos” que se chupó.

—¿Y qué está haciendo?

—Pidió más y se quedó en espera de que paguemos el rescate.

—Y con qué ojos.

—Con los de Pánfilo Godínez que parece que aguantó el trancazo con los cuates del Club de Periodistas.

—El poeta se encontraba sólo, rodeado de cascos vacíos; cuando me vio, la cara se le iluminó y me recibió con su dichito festivo:

—Para beber hay que tener fuerza de voluntad.

—Pero a veces se mete uno en cada bronca...

—Precisamente, por eso es que hay que tener fuerza de voluntad. Me encuentro en la casa de Adolfo Anguiano.

—Si vieras Adolfo qué bronca para pagar esa cuenta.

—Así es Juan, confía en que sus amigos no lo dejaran solo.

—Pues qué modito de confiar tan expuesto.

—Confía porque él siempre fue generoso, sobre todo en la época en que ejerció.

—Cuánto tiempo tienes de conocerlo.

—Lo conocí por los cincuentas, ya era un poeta importante, en ese entonces fungía como directivo del Instituto de Intercambio Cultural México-Checoslovaco y por las tardes atendía a sus pacientes en un consultorio que tenía por la Calzada de los Remedios.

—¿Entonces tenía pacientes que aguantaban sus gruñidos?

—No te culpo que tengas esa imagen de Juan, pero sí quiero que te lo imagines por aquella época; vestía con una elegancia que a veces caía en la exageración, el corte de su ropa era muy fino pero los modelos que se mandaba hacer estaban inspirados en modas de muchos años atrás, sólo que él los lucía con mucha categoría, en ocasiones usaba polainas, bastón y se dejaba crecer unas largas patillas.

—Pero me hablabas de la generosidad...

—Siempre trató a sus empleados con mucha cortesía y estos por su parte tenían que tratar a los pacientes que iban a la clínica, en la misma forma, por humildes que fueran. Por el lugar en donde se encontraba el consultorio ya te imaginarás que los enfermos que lo buscaban no eran de condición económica boyante y a eso se debía que a muchos de ellos ni siquiera les cobraba.

Yo escuchaba a Adolfo con atención.

—Era un tipo muy seguro de sí mismo, de una gran preparación, en ocasiones insolente con los demás poetas que le seguían y que frecuentes le visitaban en el consultorio, en donde tenía un lugar para recibir a los intelectuales y amigos que le buscaban, ahí bebían y él nunca permitió que nadie pagara nada de lo que se ingería.

Adolfo imparable:

—Daba la impresión de ser un pagado de sí mismo, pero cuando se le empezaba a conocer más a fondo esa autosuficiencia que demostraba a los demás poetas desaparecía, sobre todo cuando trataba con los que empezaban a caminar por los caminos de la poesía, que tú sabes cómo son difíciles.

—Oye, ¿Por qué dejó el consultorio?

—El alcohol, y la gran cantidad de pacientes a los que no les cobraba.

Cuando salgo de la casa de Adolfo, Juan me espera en el coche, no quiso subir con Anguiano debido a que se encuentra en medio de uno de sus tantos nudos de histeria. Me ha pedido que lo lleve a la casa de su hermana que vive en el pueblo de Ticomán, últimamente se ha estado quedando a dormir allá. Juan Bautista se encuentra sumamente molesto por un disgusto que acaba de tener con uno de sus familiares, me relata a medias la causa, y como este Juan todo lo dice en poesía, me ruge con su voz gruñona:

—“Yo los ayudé para que fueran lo que son, para que no se los tragara el viento de las aceras, y ahora me sueltan la cadena como a un oso que viene a tirar sus lágrimas a la mitad de la pista”. Da un puñetazo sobre el tablero del coche que me hace volver la cara hacia él. Veo la cara del poeta mojado por las lágrimas. Volteo nuevamente a ver el pavimento, afuera llueve.

—Te acuerdas de Taxco.

—Hay hermano... y de la hermana iguana.

Luis Alveláis acababa de ganar uno de sus cinco millones de premios de poesía, —tiene monopolizadas las flores naturales de todo el país, por los que algunos comentan que: “de aquellos campos no dejaba ni una flor” —, como dice el corrido, y toda la REM en masa, nos fuimos a Taxco a recoger el premio Luis Alveláis, Othón Villela Larralde, Adolfo Anguiano, Pilucha Marroquín, Juan R. Campuzano, Villaseca, su hermano Marco que también es médico y yo, nos adueñamos por dos noches de las calles de Taxco. Además de poeta Juan tiene una bella voz, motivo más que suficiente para que esas dos noches no hayamos dejado dormir a nadie: “porque no engraso los ejes me llaman abandonao...” “descreído soy del amor y por eso tomo vino...”

Aquella farra entre poetas hubiera continuado quién sabe por cuánto tiempo más si no hubiese mordido la hermana iguana que dormía con Villaseca una mano de Marco Antonio lo que provocó a éste una peligrosa hemorragia y de éste un incontenible río de improperios.

—¿Porque se te ocurrió recoger aquella cosa del camino?

—¿A la hermana iguana? Fue algo efímero.

Aquí mejor cambiamos de onda Juan, porque fijate bien, con todo y tu poesía, de la que no poseo más que una breve muestra. La mayor parte está en poder de Alveláis y muchos poemas más no los hemos podido descifrar de tus libretas, además de los que se han perdido: tu libro *Diurnos* que consta de más de cien poemas y en el que según Alveláis esta lo mejor de tu obra—, yo lo tengo bastante incompleto, con todo y todos y tus interesantísimas y lucidas disertaciones sobre la obra de Sor Juana, de Gabriela Mistral, de Aurora Reyes, de Margarita Paz Paredes, de Rosario Castellanos, con todos y tus premios nacionales de poesía y en especial aquel segundo lugar que tuviste en Campeche, porque el primero se lo llevó Carlos Pellicer por un pelito de cara de gato

bodeguero como te dice Luis, con todo y las discusiones que a continuo sostenemos sobre tu obra que si es de esencia romántica con procedimientos modernos, que si las influencias de poetas Sudamericanos, que si Huidobro, que si Vallejo, que si muchas cosas más, con todo eso, tu maldito reloj, ese que te adelanta hasta los cobradores en el desayuno, sigue descompuesto; descompuesto estaba desde aquella madrugada en que a instancias de Luis Alveláis llegamos hasta tu domicilio, entonces vivías en la Calzada de Los Misterios, con tus hijitas, una de ellas inspiradora de tu libro Diario para María Azahar y con tu esposa la que nos abrió la puerta con una cara de fatiga y de miedo para decirnos: “Juan se está muriendo”.

¿Te acuerdas de esa vez Juan?, esa madrugada inauguraba un aniversario más de tu nacimiento y tu reloj descompuesto te estaba adelantando la agonía. El etílico Luis dijo:

—Venimos a cantarle a mi amigo hoy que es su santo.

—Está muriendo.

Entramos a tu recámara que olía a reloj descompuesto y ahí estabas tú, silencioso, con los ojos cerrados por una fiebre que te estaba incendiando la almohada y las sábanas y los pensamientos. En aquel cuarto asfixiante estábamos Federico Coronado y Alejandro Ortega, quienes sostenían una marimbita sin patas, sobre cuyo menesteroso teclado Gabriel Arreola de Huixtla se retorció como lo hacen los virtuosos marimbistas de Chiapas para tocarte las Mañanitas y la Sandunga, Luis Alveláis, quien acompañaba con su guitarra y yo, quien a los pies de la cabecera repetía por enésima vez entre nosotros un viejo soneto de don Rodolfo Figueroa: “cuando en la calma de la noche quieta, triste y doliente la Sandunga gime...” ... y te empezaste a mover. Ah qué Juan, ya desde entonces sabíamos que te íbamos a soportar por los siglos de los siglos, con tu sonrisita irónica y tu voz pausada: “más pendejadas”.

Pues con todas esas cosas Juan, tu reloj te sigue caminando tan aprisa... tan aprisa... y tú socarrón: “es algo efímero”... y nosotros: levántate Juan, que esperas, vamos a llegar tarde; tu recital está programado para las diez y nueve horas en el Sindicato de Maestros y son las diez y nueve treinta, carajo, qué concha, hermano, qué impuntualidad la tuya y tú te empiezas a levantar lentamente, después te diriges a la puerta más lento aún, y finalmente llegamos

tarde y te enojas con nosotros porque nos atrevemos a llamarte la atención y nos dices a Luis: Himmler, y a mí; alcahuete de Himmler, y a Adolfo boxeador que boxea con las palabras y a todos: punta de cabrones. Pero no hay tiempo que perder hermano, no te pudimos conseguir la colchoneta que tanto nos pediste para quedarte en la REM acompañado por los hermanos cuadros y por los hermanos ratones, tienes que llegar en punto a la plancha fría del Hospital General, a las cinco cuarenta de la madrugada, acuérdate que es martes 6 de marzo y si quiera por esta vez hay que jugarle una mala pasada al maldito reloj éste. Ah que Juan, a las cinco cuarenta en punto. Si estuviera aquí Othón Villela te estaría diciendo: — “Hermano, hermanito del alma, carajo, cómo se te quiere”, y te alisara el traje de verso maltratado que te pones a últimas fechas como jugándole una broma a los que usabas con polainas, bastón y patillas largas. Hoy miércoles siete voy a soñar que te mueres y mañana, al medio día te voy a ir a buscar a la REM y sólo voy a encontrar en la puerta próxima a caer un sencillo moño negro que puso por la mañana Adolfo Anguiano y voy a entenderlo todo de golpe. Esta noche vas a arañar la puerta del sueño de Aurora Reyes, allá por el departamento que tenía en Balbuena y le vas a decir cuando ella se asome: “hermana, me vine a despedir de ti”. Ahora te llevan al cementerio de Iztapalapa, pero tu hermano marco protesta porque asegura que él y el poeta Leonel Aguilar hicieron el trámite para el panteón de San Isidro, en Azcapotzalco, hasta la otra punta de la ciudad. Rectificamos el rumbo, pero llegamos tarde. — Siempre el maldito reloj— y ya no quieren que entremos a sepultarte. La tarde se empieza a poner parda, como si quisiera llorar. Como si fuera a temblar. Como... Hay una confusión con respecto a las fosas y finalmente resulta que no tienes ni fosa. Los sepultureros nos conceden la gracia de que te enterremos en una fosa que originalmente estaba destinada a un niño, la diferencia solo estriba en las dimensiones del pozo... tú eres un poeta. Los pocos amigos que te acompañamos vemos descender con dificultad el ataúd gris. Yo pienso, Ah que Juan, buena sombra. Vicente Magdaleno se encarga de la oración fúnebre y al concluir repite una frase que se dijo durante el entierro de Víctor Hugo: “Desde hoy la tierra pesa menos”. Magdaleno nos despidió de ti, hermano, y los árboles a lo lejos se doblan con el

aire. Regresamos a la Ciudad de México, pero tú no te quieres quedar solo en San Isidro y te cuelgas de nuestros hombros y te subes al coche y volvemos todos juntos... en silencio...



Los tiempos de Castañón

En días recientes, por vía postal, llegó hasta mi domicilio, el Mundo, ancho, impresionante tomo cósmico, cubierto por solapas color de rosa, con el título “La campana en el tiempo, 1970-2020”. Autor, Adolfo Castañón. Universidad Autónoma de Sinaloa. Universidad Veracruzana. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Sí, era el mundo, con su carga de tiempos y geografías, lleno de latidos y de imponderables sorpresas, ratificado por la firma de Castañón escritor al que leo permanentemente y con quien he recorrido por medio de sus letras gran parte de este planeta en estado de ebulliciones sorprendentes.

Conocí a Adolfo Castañón desde cuando laboraba él en el Fondo de Cultura Económica, era un personaje lleno de conocimientos, de pluralidades disciplinarias, de propuestas muchas que llenan de riqueza su obra, en la que tarde o temprano terminamos reconociéndonos. Por eso, cuando tocó el Mundo a mi puerta, en ese mismo momento me puse a hojearlo con gusto, reconociendo en el acto la viva tinta del escritor mencionado.

Y sí, ahí me volví a encontrar nítidamente con ese personaje que en la actualidad suma ser miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, desde donde continúa ampliando su horizonte de conocimientos. Me volví a encontrar con ese talento que domina con gran destreza sus lenguajes reflexivo y lleno de experimentaciones.

Quedo impactado por todo lo que promesa se despliega ante mi imaginación y al mismo tiempo me pregunto en qué forma agradeceré la generosidad del dadivoso envío. Abro el libro y lo primero que leo es un breve texto que el gran Eliseo Diego firmó en la ciudad de La Habana el 31 de marzo de 1987. Qué gratos inicios. Observo el escrito, el copiarlo al pie de la letra significa entonces la puesta en práctica de mi mayor forma de agradecimiento. Una pluma como la de Eliseo Diego no podía alcanzar tan en mejor forma ese objetivo.

De Eliseo Diego para Adolfo Castañón en México:

No sé cómo agradecerte las muchas atenciones y delicadezas que has tenido conmigo. A ver si te decides y apareces aquí en casa, para decírtelo de voz viva, como Dios manda.

Quizá sepas que he andado como un Marco Polo cualquiera de los que andan por ahí, un Marco Polo corriente o de jardín. Con todo, he leído con gusto y envidia los epigramas de El Reyexuelo. Tiene una curiosa autenticidad, como escritos en una Roma de veras eterna que estuviese ahora mismo en torno nuestro.

¿Quiénes serán este Fabio, esta Severa?, se pregunta uno como perdiéndose el picante último y lamentándose de perderlo. Pero, no importa, Severa y Fabio viven en alguno de los barrios de las siete colinas.

Gracias por todo.

Te recuerda siempre con cariño tu amigo.

Eliseo Diego.

Estoy, pues, ante el hecho del polígrafo. En su tinta viven el poema, la narración, la crónica, los textos surgidos de la experimentación subrayando su acento de libertad, su poli-ritmo, sus hechuras de abrir una y otra ventanas, y la otra, y la otra, y la otra para no estar ayuno de nada de lo que nos envuelve y mueve en nuestra realidad. Un ser tan informado tiene muchos caminos que ofrecernos en el vértice de nuestros tránsitos.

Todo lo que cita en sus cuadernos de calígrafo, son traducciones y transcripciones que al convocarlas nos van dotando de planeta. “El calígrafo es un nómada —nos dice Castañón— un pasajero que va de silencio en silencio. Su guía una piedra. Su pincel es un pelo de cría; su tinta, calma que ensancha el silencio”. Y sobre ese motor tan complejo y tan nosotros es que empezamos a recorrer las sombras de la verdad y las luces de lo oculto, Tenemos guía. Contamos con rutas para vivirlas.

Ahí, en frente, está el libro y empiezo conmigo como sujeto del tramado de alucinaciones. Mis primeros zapatos formales en la ciudad de Huixtla, don Nicolás Arciniéga, foja 133 frente y

vuelta 134, eran unos zapatos de cinta tinta con copia al carbón y paso apenas por enterarse. Quizá fueron intuitos para entre brasas, pero intento trascendencia a los deméritos, inercia en translación, tensiones para cantar el corazón cantando geometría, sonido desde eje centroide corazón del corazón en rotaciones. Voz. Vez. Veces. Voces. Vibra tramo de seda, lapso puente tiempo, construcción, reconstrucciones. Resistencia de luces y recuerdos (neblisombro) líneas finitas, infinitas Cantan. Canta, sí, y a las primeras líneas estos cantos abren el prólogo con las palabras *El Reyexuelo*, que nos hacen evocar entre el oleaje del tiempo. *El Reyexuelo*, ese delicioso y sabihondo libro del que ya habló al principio Eliseo Diego. Le sigue en el índice el título: “Sombra pido a una fuente”, poemario en el que morimos y revivimos de continuo, entre sombra y fuente y portentos que nos altera la pupila de los aciertos.

Como de campanas hablamos (es decir, de libros que suenan desde la conciencia) continuamos con “La otra mano del tañedor”, todo un bordado de alucinaciones: “Una semana, siete días. Un hombre, dos manos. Un día, otra historia. ¿Dónde está el centro del mar? Hay mil en una noche Solo perdura el día y ve caer la hojarasca, cambiar las estaciones de edad. (Aquellas palabras que oía repetirse han roto el capullo. Ahora, ilesas, son la magnífica plaga, su peste carcome el tronco torcido de la ciudad)”. “Alegres montañas las voces de Oc, las vocales nevadas del Anáhuac. Tengo tres montañas, y un solo país, Yo no me pierdo ni en México ni en Perpiñan”. Sigue un nuevo título “Cielos de Antigua” Un solo poema construido en XXXVI partes, signadas con números romanos, dedicado a La Antigua, Guatemala, con epígrafe, del poeta Efrén Rebolledo. “Lindas entoldadas por los cobres luminosos/ de los cúmulos espesos y los cirrus vaporosos”. Luego viene “Recuerdos de Coyoacán”, deliciosos momentos líricos.

No podía faltar una voz dirigida a Octavio Paz; debo aquí añadir que esta figura mundial y al mismo tiempo tan mexicana nos ha hecho coincidir a ambos infinidad de veces. Después viene una deliciosa colección a la que puso como título: “Había una voz”. Se trata de poemas escritos entre 1997 y 2003.

Aquí hago un breve paréntesis para expresar: “¡Cuánta vida! ¡Cuánta!” Se cierra el paréntesis. Retomamos:

Reabro con: “La tercera mitad del corazón” en donde viene una amplia relación de los nombres antiguos de las calles de la Ciudad de México.

Pasamos a “Local del Mundo: Civismo de Babel” y después de las maravillas planetarias seguimos con “Local del Mundo: Cuadernos de Calígrafo (traducciones, transcripciones)”. De sobra esta decir que seguimos en el centro de las alucinaciones y las sapiencias.

Castañón pasa a los textos de renglón corrido con su sección “A veces Prosa” en donde da amparo a subtítulos como “Fuera del aire”, “El pabellón de la límpida soledad”, “La batalla perdurable” y “El señor pasea por su casa”.

Terminé de leer el más reciente libro de Adolfo Castañón. Hace apenas unos días (siglos tal vez), alcancé el punto final que estremeció las 860 páginas en las que se cimbró el tomo. Él se aplicó en su tinta y me hizo reescribir a latido e imaginación el grueso tomo al que me asomé y ante el que me asombré a todo y en todo lo que toca en su palabra.

Como ya se dijo, “La campana en el tiempo, 1970-2020” se titula la obra y en ella, el autor y su lector reptan, vuelan, corren, nadan los fantasmas que dieron vida en el arco de los tiempos a espíritus que entre Revueltas, Gorostiza, Reyes, Paz, multiplicándose en los Rulfo, sumándose en los Arreola, dieron sentido a los puntos cardinales y los dotaron de nombre desde aquí y desde muchos más acentos idiomáticos que resuelven en el planeta.

Leí y pensé en mi propia visión del Ábrara: “es el segundo anterior al primer segundo multiplicado por la raíz cuadrada de la luz”, simplificado guarismo explicado de esta manera por José Lezama Lima: “es el rayo de luz impulsado por su propio destino”.

Estas líneas del Ábrara castañido fueron escritas por la emoción y el gozo. Gracias palabras por existir en el conocimiento y la sensibilidad. Gracias Adolfo Castañón por existir en la Palabra (conocimiento y sensibilidad) y en la palabra de todos y por todos. Gracias por parte de nosotros y muchas más gracias por lo tanto recibido.

Los ingleses de Kestelman

Leticia Ocharán, pintora y crítica de arte a quien perdimos para siempre en octubre de 1997 fue, durante dos gestiones consecutivas, presidente del Comité Mexicano de la Asociación Internacional de Artistas Plásticos AIPA/UNESCO y como tal viajó por todo el mundo en defensa de los derechos de los artistas y a favor de un trato más digno a los autores. Yo, como su esposo que fui, la acompañé más de alguna vez a esos sus viajes en donde se reunía con pintores de otras partes del planeta que se encontraban en similares empeños.

Así fue como en uno de nuestros tramontares estuvimos en la ciudad de Londres, a donde llegó ella para establecer contacto con el pintor abstracto Morris Kesterlman, quien a su vez fungía como presidente de la AIAP de la Gran Bretaña. Dos artistas, pues, trabajando en la misma dirección, dos creadores profundamente preocupados por su gremio saludándose, aboliendo la distancia impuesta por el gran océano.

Kestelman —todo un caballero inglés, aunque descendiente de polaca y ucraniano— nos recibió en su domicilio de Belzaize Park Garden, en el segundo piso de una casa típicamente londinense, al cúlmine de una escalera de crujiente madera, cubierta en la parte central de los escalones por una alfombra roja dibujada con flores impresas en color oro. Todo recién pintado. Todo envuelto por la acogedora tibieza de la madera. Todo tocado por la atmósfera de una sonriente cordialidad.

Entre el humo del té del obligado té londinense; entre las evoluciones grisáceas subiendo, expandiéndose en el ambiente, en aquel espacio que la atmósfera inglesa nos regalaba esa tarde, en una flor de pasados librescos y presentes muy vivos que borboteaban en nuestra imaginación, se fue abriendo paso la conversación sobre el tema que dominaba en los ánimos de Leticia y Kestelman, el asunto de los pintores, de allá y de acá, de acá y de allá unidos por un mismo lazo de intereses gremiales.

Mientras, iniciaba desde mi lugar, mi actitud expedicionaria por aquella casa tan británica empecé a escuchar en un español salpicado con palabras en inglés, luego en un inglés salpicado con palabras en español, frases para mí de sobra conocidas por mi relación tan cercana con Leticia; capturaba, pues, sonoridades que configuraban frases como “derechos de autor”, “libre tránsito de aduanas”, “incumplimiento de los gobiernos a los acuerdos firmados ante la UNESCO”, “legislación para la protección de los artistas”, y cosas por el estilo que a estas alturas me eran ya tan familiares.

En uno de los estantes (inicié mi revisión) había unos cuantos discos LP de Henry Purcel, y de algunos otros (no muchos) compositores, seguramente ingleses también, que no pude reconocer. El momento invitaba a seguir revisando el ámbito del pintor mientras los dos artistas seguían hablando de sus planes de acciones conjuntas de defensas gremiales y de intercambios artísticos.

El humo del té se paseaba por aquellos interiores y era como un mismo humo que todas las tardes se repetía para Kestleman y ahora nos hacía partícipes de su costumbre a los dos visitantes acomodados en aquella placentera tarde. La Asociación Internacional de Artistas Plásticos, mantenía ahora en conversación a dos de sus representantes: a la presidente del Comité Mexicano, al presidente del Comité Inglés. Yo, un semintruso curiosiando.

Mientras Leticia y él hablaban, y los tres tomábamos té vespertino, entre estantes blancos cargados de libros, mi vista recorrió —a rabillo de ojo y hasta donde podía llegar— algunos títulos de los tomos colocados sobre aquellos estantes; habían obras de escritores de diferentes partes del planeta, pero predominaba, ostensiblemente, diferentes secciones de Marcel Proust, grandotas y delgadas, chiquitas y gordotas, con tapas de color azul y letras doradas, con tapas de color rojo...

En una pausa de su conversación con Leticia, sonriente se dirigió a mí y me hizo notar que se había percatado de mi interés por los libros reposantes en los estantes blancos. Entonces hablamos de su admiración por Proust y de mi extrañeza por el hecho de que en aquellos estantes no hubieran autores ingleses. Kestelman se levantó y me pidió que le acompañara. Siempre risueño, hombre de considerable altura, de escasa cabellera plateada, enmarañada

a su modo sobre la reluciente extensión calva coronando su rostro ameno, colorado, iluminado por unos ojos verde-gris cubiertos con grandes anteojos claros y redondos, abrió una puerta también pintada de blanco y me invitó a ingresar en su mundo de maravillas. Toda la historia de la literatura inglesa estaba ahí; y parte de su vida, la de Kestelman, ahí estaba también, rebullente en aquel breve espacio que solamente era el universo, pero nada más.

Ediciones antiquísimas. Ediciones modernas. Desde una de las esquinas de aquella biblioteca nos miraba Chaucer, dispuesto a contarnos una vez más sus historias; el poeta John Donne nos atisbaba metros adelante; se levantaban como en un eco lejano y próximo a la vez, los siete pecados capitales recitados por la voz quebradiza de John Gower, montado entre latín y la nueva lengua; los alegatos de Lutero; Surrey proponiendo la novedad de su verso blanco, encabalgándolo al estilo de Virgilio, pero ahora libre de su prisión en el castillo de Windsor.

En otro punto de ese universo dialogaban Spencer y Sydney, quienes vibraban en Milton y en el poema de Keats, sumándose en un Shakespeare navegando en el Avon, a la entrada de Stratford. Y luego los de nuestra era, libreros habían cargados con las palabras de Aldous Huxley, Anthony Powell, su admirado irónico novelista moderno, Iris Murdoch...

Al salir nuevamente a la estancia en donde Leticia nos esperaba y ver los cuadros abstractos sobre las paredes me di cuenta, de golpe, que los ingleses de Kestelman se habían apoderado de las paredes del pintor, de las escaleras de madera, del aire que respirábamos. Y más, porque al salir, al despedirnos, al dar los primeros pasos sobre la calle comprobé que los ingleses de Kestelman vibraban, llenos de vida, en la atmósfera de Belzaiza Park Garden, en el cielo de Londres, que se habían apoderado, por derecho propio, de la dorada luz de aquella tarde, que dueños han seguido siendo siempre de los días y de las noches de Inglaterra. Y de eso, los cuadros de Kestelman lo sabían todo. Algo de ello quedó vibrando después en los pinceles tropicales y abstractos, tabasqueños y universales de Leticia Ocharán, la pintora de los bellos ojos verde-sureste.

Mis tres encuentros con Josué Mirlo

En una oscura covacha malincrustada en el interior de una enorme fábrica de calzado en amenazas de destartarse y mayores enconos en estridencias domiciliadas en las calles de Jaime Nunó, por el viejo Peralvillo, nos reuníamos al filo del mediodía un grupo de inquietos, que con nuestras pláticas, enojos, discusiones, teorías sobre las corrientes literarias, ensayos de nuevos poemas y gárgaras de ginebra de marca al justo alcance de nuestros bolsillos, dábamos nueva vida a lo que había sido la Rama de Escritores de México (La REM) y bajo ese reasumido o semiplagiado nombre hacíamos y deshacíamos, más bien deshacíamos en nombre del verso.

A ese lugar llegábamos a hablar de metáforas (metaforitas y metaforotas), los poetas Adolfo Anguiano Valadez, de alguna manera copropietario del lugar o raro socio del mismo o algo así; don Vicente Magdaleno, de visitas esporádicas a nuestro sombrilegio; Juan Bautista Villaseca, quien en verdad, en cuestiones de poemas todo lo sabía y sus charlas eran verdaderas conferencias sobre López Velarde, Tablada, Vallejo, Huidobro, Neruda, los Estridentistas, Aurora Reyes, Pellicer, Montes de Oca (para hablar de los actuales en esos entonces). Cada vez que Villaseca intervenía eran verdaderas disertaciones sobre el tema que abordara, serio, malhumorado siempre o casi siempre, con un lenguaje plagado de metonimias, rico en ideas, conocimientos y en alguna que otra malsonancia.

Ahí, en La REM, fue en donde escuché por primera vez el nombre de Josué Mirlo y algunas de sus cosas, y lo oí buen poeta, y me interesó más, porque por esos tiempos andaba con odio cerrado (creo que lo conservo aún) contra todo lo que oliera a poetas de la oficialidad, contemporaneizados perennes; dioses en las aulas; dioses en las antologías “bien” dirigidas y mejor pagadas; dioses en las crónicas de los suplementos culturales; dioses en las publicidades pagadas por el Estado; dioses en becas y reconocimientos y más becas y más reconocimientos (como creo que sigue pasando

en nuestras fechas); dioses para quienes no sabían nada de poesía pero que repetían lo que los críticos reconocidos “repetían” en las páginas de los medios, desde las oficinas de la SEP, del INBA o desde los proliferados talleres literarios.

Sabía que todo eso, que esa malhadada mecánica nos había arrebatado del conocimiento y de la imaginación a hombres muy valiosos que hasta la fecha no conocemos o no los conocemos bien, porque nos siguen embarrando a los otros como la historia verdadera. Mi enojo era mayúsculo cuando leía o me leían excelsas páginas de un Abigail Bohórquez, de un Miguel Guardia, de un Ramón Martínez Ocaranza, de un Manuel Maples Arce.

Entonces, escuchaba la obra, el nombre de un buen poeta desconocido y me llenaba de regocijo y de rabia al mismo tiempo, rara mezcla. Así di oídos a la poesía de Horacio Espinosa Altamirano, de Margarita Paz Paredes, a los corridos de Miguel N. Lira. Bueno, pues en una de esas tardes supe el nombre de Josué Mirlo, poeta de excelencias, nacido en el Estado de México que estaba muriendo precisamente en 1968 como en un mal simbolismo y que sí, desconocido era para la mayoría de los que hablaban de estos temas, no obstante que sus restos mortales iban a ser enterrados en la Rotonda de los Hombres Ilustres en el Panteón Municipal del Estado, de Toluca, después de los estragos de una neumonía que lo asesinó en el hospital 20 de noviembre del ISSSTE.

Este fue mi primer encuentro con Mirlo.

Entre las pláticas de Juan Bautista Villaseca y de los demás... Luis Alvelais Pozos, Sergio Armando Gómez, Othón Villela Larralde... me enteré de que el verdadero nombre de Josué Mirlo había sido el de Genaro Robles Barrera y que había nacido el 10 de julio de 1901 en el pueblo de Capulhuac en el Estado de México. El pseudónimo de Josué Mirlo tuvo su inicio, al participar en su primer concurso literario, y con él se quedó para firmar lo que iba a ser el resto de su obra literaria.

La vez de la que hablo, el poeta Villaseca barajó un puñado de hojas amarillentas, que quién sabe de dónde había sacado y nos empezó a leer a un poeta que algunos de nosotros no habíamos advertido hasta entonces, nos leyó poemas de Josué Mirlo. Y yo empecé a entrar en ese raro proceso al que ya me he referido, de

delectación y al mismo tiempo profundo rencor hacia los que consideraba responsables de que las obras de los buenos poetas no se conocieran en México.

Villaseca leyó más. Yo pregunté más, y así fue cómo me enteré que Josué Mirlo vivió en la época de los Estridentistas, incluso que los frecuentó en el ya mítico “Café de Nadie”. Fue gran amigo de Maples Arce, de List Arzubide, de Arqueles Vela, de Gallardo, de Quintanilla, etc. Pero finalmente su formación literaria no logró compaginar con las propuestas vanguardistas del Estridentismo y terminó tomando una ruta romántica-moderna. Villaseca nos mostró la portada del libro “Baratijas” y cuál no sería mi sorpresa al ver que estaba ilustrada por el excelente grabador Mariano Paredes, quien había sido maestro de grabado de la pintora Leticia Ocharán, mi esposa.

La sesión concluyó, pero quedó en mi mente que había otro poeta, otro más, escamoteado, al que tenía la obligación de buscar para beneficio, aunque fuera, de mi tranquilidad personal, y que a lo mejor hasta podría con el tiempo publicar una colección de esos sus poemas sometidos al disimulo.

Pasaron algunos años, no sólo era Josué Mirlo el escamoteado a nuestra literatura, han sido muchos. Y entre esos muchos se asumen proyectos acerca de ellos o se dejan de lado (lamentablemente); así se fue alejando de mis urgencias aquella primera impresión. Una vez, en cumplimiento de unas diligencias que iba a realizar en nombre del Club Primera Plana, agrupación de periodistas de la que era Secretario de Cultura (ya había sido secretario de prensa y de cultura de la Unión de Periodistas Democráticos (nuestra inolvidable UPD) la más activa organización de periodistas de izquierda fundada por Miguel Ángel Granados Chapa) me tuve que dirigir a la población de Santiago Tianguistengo, en el Estado de México.

Manejaba sobre la carretera que lleva a Santiago, y resultó que al llegar a la población, a sus puertas, la carretera se dividió en una y griega. La parte derecha, el carril por donde iba, entraba a la población y la parte izquierda venía siendo el carril de salida formándose así el tramo de la carretera por donde yo arribaba. Entonces, en el eje de tal bifurcación, recibiendo al viajero de frente, se levantaba un muro blanco y sobre él, con letras azules, manuscritas con elegancia, estaba escrito un poema. El poema se llamaba “A mi Pueblo” y al final del mismo venía la firma: “Josué

Mirlo”. Fue un gran impacto este segundo encuentro con el poeta. Sentí un enorme nudo en la garganta y me puse a pensar que cuando un pueblo se une con su poeta, cuando un poeta se une con su pueblo, es cuando se dan estas cosas excelsas.

Santiago Tianguistengo me recibía con palabras de su poeta, puestas en la entrada. Santiago Tianguistengo me estaba diciendo: “sea usted bien venido a este ámbito de luz que vive y palpita bajo la protección de estos versos, de estos signos esgrafiados en medio de esta verdad vegetal y cósmica”. El poeta y su pueblo. El pueblo y su poeta. Y el viajero recibido por el evangelio de la poesía. Jamás olvidaré ese segundo encuentro con el poeta. Villaseca ya había muerto, ya no podía platicar con él sobre el portento.

Mirlo había estudiado medicina, matemáticas y muchas otras cosas, siempre con la idea de servir a su gente. Por sus ideas fue expulsado del hospital en el que trabajaba y del instituto en el que daba clases, entonces decidió dedicarse a la educación rural, empeño en el que permaneció hasta su muerte. Cuando todavía en su adolescencia, fue uno de los fundadores de la Liga de Estudiantes del Estado de México contra el Imperialismo Yanqui, entonces contribuyó a formar la Revista Génesis, la que en el año de 1930 publicó: “Necesitamos defendernos del materialismo de los Estados Unidos que no se han detenido en violar soberanías como lo han hecho en Nicaragua, Cuba, Haití, Santo Domingo y Panamá; necesitamos poner un valladar al desbordamiento de la pseudocultura yanqui...”

Mi tercer encuentro con el poeta fue a través del poeta pin-tabasqueño Francisco Valero. Era un hombre rijoso, siempre en lucha por algo. Sobrino de uno de los grandes intelectuales del Sureste de México, don Marcos E. Becerra; siempre trajinó por el total reconocimiento a la labor de su tío. Don Marcos E. Becerra, escribió con conocimiento y entrega sobre asuntos chiapanecos. A la hora de evaluar el mundo intelectual chiapaneco él era tabasqueño y a la hora de evaluar el mundo intelectual tabasqueño, está bien, era de Tabasco... pero él había escrito principalmente sobre... Chiapas...

Estoy hablando, claro, de los muy limitados dentro de este tipo de consideraciones, pero ello le provocaba gran enojo a Francisco Valero pues lo consideraba una injusticia por parte de los

ignorantes. Quizá esos ignorantes no merecían tales iras pero el poeta pintor era hombre de carácter fuerte.

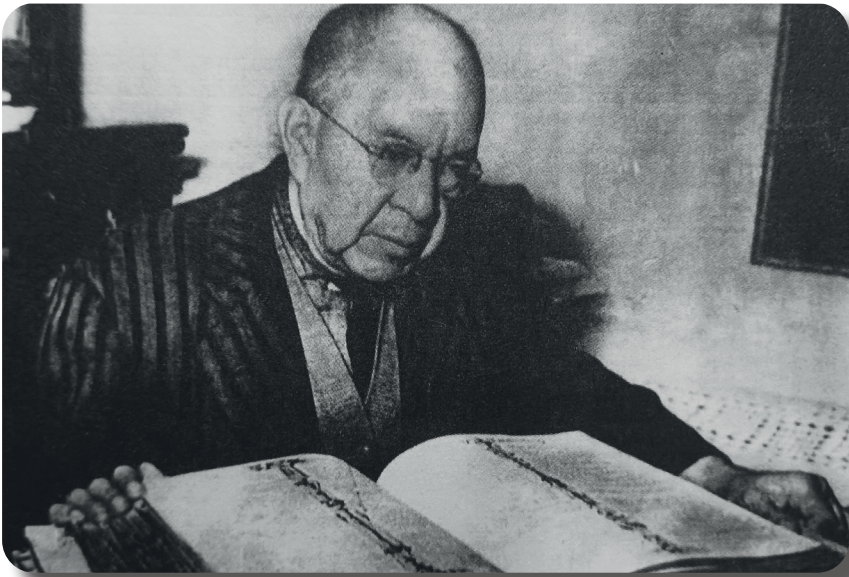
Otra de las pasiones de Francisco Valero fue Josué Mirlo. Estudió a fondo su vida, su obra. Platicó conmigo apasionadamente cuando aún tenía en proyecto hacer una necesaria antología con la obra de Mirlo. Y ese fue mi tercer encuentro con el poeta. Leí la recopilación de Valero y encontré textos bellísimos, ahora otra vez perdidos en el maremágnum de papeles que me rodea.

Valero se entregó plenamente a su proyecto y por fin, en 1988 logró hacer realidad la antología, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México. No puedo leer los versos del poeta, los tengo extraviados. Entre lo que recuerdo está aquel poema que siempre me habló al oído: “El pájaro orfebre”, dedicado a Alicia Pérez Salazar, conocida mía, esposa de José Muñoz Cota. Pero... el poeta existe. ¡Búsquenlo! ¡Búsquenlo! ¡Y encuentren al fin y para siempre al poeta Josué Mirlo!

MIRLO

Recorriendo el gran libro del paisaje,
a la mitad de la página de niebla
vislumbré el perfil de Josué Mirlo.
Fue el hallazgo del día.
Poeta, le dije, traté de decirle,
y él era y no era y volvía a ser
en esa parte crepuscular del libro.
Yo manejaba a tientas, fijo al volante,
fijo a la página del hallazgo.
Ahora le hablaba...
y él me decía y no me decía y me decía.
Un crepúsculo azul
había salido del pueblo más cercano
sin que lo viera nadie.
Íbamos los tres.
Yo conducía,
aullábamos largamente.
Eran tres aullidos, dos, era uno sólo,

“era un pájaro orfebre que burilaba en plata
musical, arabescos sutiles de sonata”.
Se hizo un eco de verso en el camino.
La niebla jugaba a hacerse volutas de la tarde.
Poeta Mirlo, le dije,
y me respondí
desde la espiral que nos envolvía.
Los pinos conversaban, se platicaban.
Y el camino.
Por él se había ido el crepúsculo.



Josué Mirlo

Necesario Chacón

En la Morada de Paz conocí a Nazario Chacón Pineda, en aquel “santo” lugar que existió en las calles de Donceles y que creció bajo la bohomía del doctor Daniel Martínez Montes, clínica dental para los “decentes”, pero también sitio –en un cuarto oculto que sólo conocíamos los iniciados que nos reuníamos ahí “de a todos los días”- para poetas, periodistas, pintores, trovadores, sabios y muy sabios, analfabetas también (los había uno que otro), pero todos tocados en la frente por las lenguas de azufre del infierno: en esa Morada de Paz, entre los personajes que más queríamos y admirábamos, se encontraba nuestro poeta Nazario Chacón Pineda, a quien los apoyados por más de algún estimulante etílico le soltaban de pronto el infaltable “Na-saurio”, y Nazario sonreía y compartía; otros, más acordes con los valores del poeta, le decían: “Necesario”, y Nazario sonreía y compartía, y el asunto llegaba a su clímax cuando algún viejo amigo lo definía, ante algún nuevo parroquiano de aquella antesala luzbética, con la ya para entonces famosa cuarteta jodonzona: “Nazario Chacón Pineda/ antítesis del abstemio/ ante quien Baco se queda/ como aprendiz de bohemio”.

Y así nos reíamos y nos burlábamos de cada uno que éramos de aquella cofradía aguda, libadora y liberadora: Renato Leduc, Adela Palacios, Magdalena Mondragón, El “Peporro” Blanco Moheno, Carlos Humberto Valencia, el Tigre Maldonado, Alfredo G. Bonfil, el “Fóforo” Vallado, (el hombrón aquel que mató a un bombero con sólo abrazarlo, allá cuando las luchas estudiantiles por la autonomía de la Universidad), Pati Moynes, Gloria Grace, Luis Alvelais Pozos, Juan Bautista Villaseca, Othón Villela Larralde, Juanito García Jiménez, el Siete Machetes (quien ahora evoca estas escenas) y tantos y tantos otros, tocados por la genialidad, unos, por la locura el resto, o simplemente por las ganas de beber un trago sin que saliera tan caro como saldría en una cantina.

Pero Nazario Chacón Pineda era algo más, mucho más, muchísimo más que un puñado de anécdotas, como las que he citado a propósito para empezar la evocación con la imagen de un personaje risueño y fraterno. Los que le conocimos y le quisimos sabemos perfectamente (lo sabíamos desde entonces) que Nazario Chacón Pineda era, es, una de las voces necesarias para entender el espíritu de la poesía nutrida de las sustancias más genuinas de la tierra. Cuando nos abrimos a cualquiera de las líneas de Nazario, el poeta del Juchitán eterno, estamos tocando –ahora sí entramos en materia– las entrañas de la tierra.

Más tarde íbamos a conocer uno de sus grandes trabajos: “Poema para construir una morada”, dedicado al que fuera no su amigo, su hermano, el arquitecto Lorenzo Carrasco, ese talento istmeño que fue cosechando reconocimientos en Japón, en México, en Europa, en el mundo, por su inconmensurable talento en terrenos de la arquitectura. Lorenzo, el arquitecto, el amigo; Lencho, el trovador, el hermano. Lencho Carrasco, al que le dedicaron una poesía sin igual: “Poema para construir una morada”.

Y ese poema fue nuestra casa. Los muros de este amoroso domicilio estaban contruidos con versos de Nazario. Y en la descripción que le hacía el poeta al arquitecto-trovador de cómo quería la colocación de muros y espacios, pedía que el techo de aquella mansión poética fuera surcado por un cielo de palomas, y ese brochazo de alas fue cierto; y esas etéreas palomas se encargó Lencho Carrasco de dibujarlas desde su guitarra repleta de Sandungas, Martinianas y Petronas, Lloronas y Juanitas.

Con su destino de poeta a costas Nazario Chacón Pineda amaba la palabra y por lo inasible que la sabía fue que dejó apuntado aquello de “yo la dejo correr/ en los números infieles de una prolongada lotería”. Se sentó a la mesa y jugó a la palabra, le apostó al lenguaje, un lenguaje de nuestro tiempo que muy bien habilitó para decir lo que decía su sensibilidad heredada de aquellos abuelos nuestros que un poquito antes de que nosotros nacióéramos se habían tomado el derecho de construir el universo.

“La soledad rescatada”, dijo otro gran poeta, Juan Bautista Villaseca, al hablar de las intimidades poéticas, en esa soledad rescatada Nazario también construyó su casa de ilusiones, su verso en el que medía cada instante del espacio; es la manera como los poetas desde su soledad nunca están solos. Ahora puede insistir Nazario como

cuando escribió estos versos: “pero no estoy solo, mi sombra me acompaña,/ y un sinnúmero viviente de rumores y sonidos/ que crean el coro y la alabanza/ ante un vocerío triunfante de gardenias y guirnaldas”.

Y no estás solo poeta Nazario Chacón Pineda. “Necesario” poeta. Claro que no estás solo, porque con nosotros aquí reunidos estás triunfando de nuevo sobre el tiempo, esa cosa inventada por el ser humano sólo para que en él vivan los poetas a sus anchas; tú eres uno de ellos, estás empezando (ya habías empezado desde tu primera tinta) a ir y venir por sus amplias habitaciones. No estás solo ni estarás. Recibe de los ahora presentes, de su admiración, de su agradecimiento, una gardenia y una guirnalda para aromar el tiempo de esta fecha y la fecha de los tiempos, hasta que la luz de los poetas, la luz verdadera del alma, nos sea en el mundo. Nazario, Necesario, te queremos.



Nazario Chacón Pineda

Don Miguel Nicolás

Cabalga corridesco don Miguel N. Lira, pone el ojo en el verbo, y tira. Los corridos de don Miguel N. Lira son incomparables, todo el espíritu de la campiña mexicana late en ellos; relinchan briosos en la cargada de Domingo Arenas y recorren también las traiciones políticas, que se fueron dando, una a una, durante la desbordada revolución mexicana, con los ojos tristes y enojados, enojados y tristes, siempre patrióticos, de Catarino Maravillas, aquel, el que piensa regresar de Cuba “cuando otra vez haiga revolución”.

Don Miguel N. Lira es uno de nuestros poetas populares más genuinos, nos retrata a ley, y nos va recorriendo los sentimientos con ese saborcito de tuna acidona que nos acompaña a abrir las cortinas de la patria para llorarla o para cantarla, según sea el caso, pero siempre con una guitarra hecha con versos de barro y bien apretadita al corazón.

Cabalga corridómano don Miguel N. Lira, pone el ojo en el verbo y tira. Don Miguel Nicolás estuvo como juez en mi tierra, específicamente, en la ciudad de Tapachula (escribió un libro de crónicas titulado *Itinerario hasta el Tacaná*), por eso digo yo que, ansia nacida en la noble Tlaxcala, era hombre que conocía muy bien todos los climas -geográficos y espirituales- de la patria y los sabía cantar como nadie en el ardid jilguero de su poesía. Todo lo que su palabra tocaba sonaba a pueblo, por eso es amable y admirable.

Fueron muchos los libros escritos por don Miguel N. Lira, con ellos tocó la crónica, la semblanza histórica, la poesía, la novela, el teatro, y por ellos fue distinguido con premios tan importantes como el Miguel Lanz Duret, por su obra *La Escondida* o el Premio Saltillo, por su *Corrido a Manuel Acuña*.

Ahora acudimos a la novedad de que uno de los más importantes autores de música sinfónica de nuestro país, el maestro Jorge Córdoba Valencia, haya trabajado con dos de sus textos literarios y ésta, señoras y señores, sí que es una alegría muy mexicana, muy desde la entraña de esta tierra jaspeada de luz y sombra.

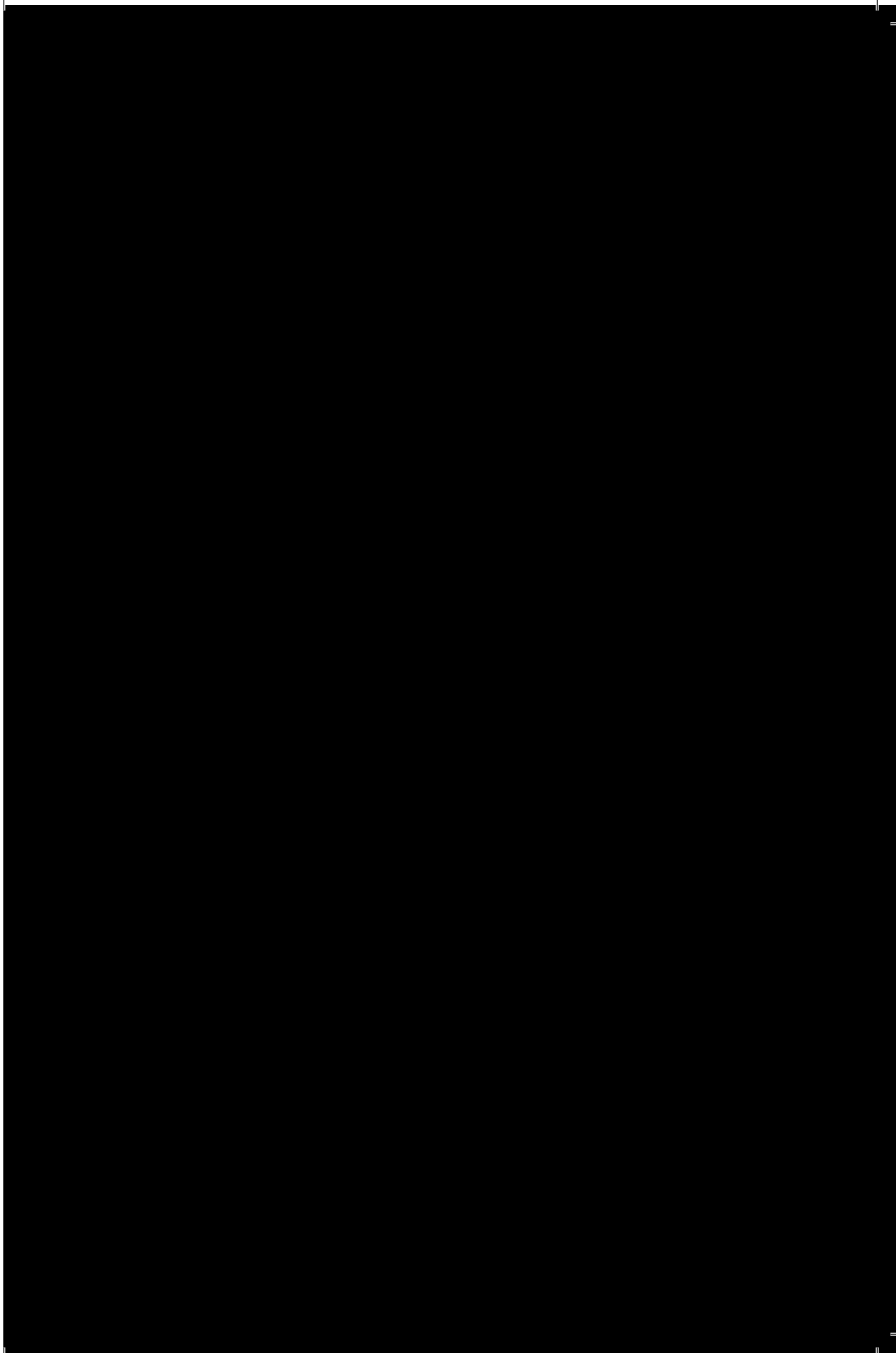
El amigo de Nicolás Guillén, de Revueltas, de la gente grande y buena de este país y de América Latina, ahora es cantado en sus versos por la música de Jorge Córdoba Valencia. ¿Hay más que festejar? Reviente la redonda tuna desde su cuna clorofila y desde la Tlaxcala misma incendie el predio patrio a coheterío y campana, a jarabe y chinampina. Cabalga en corridos don Miguel N. Lira, pone el ojo en el verbo, y tira.

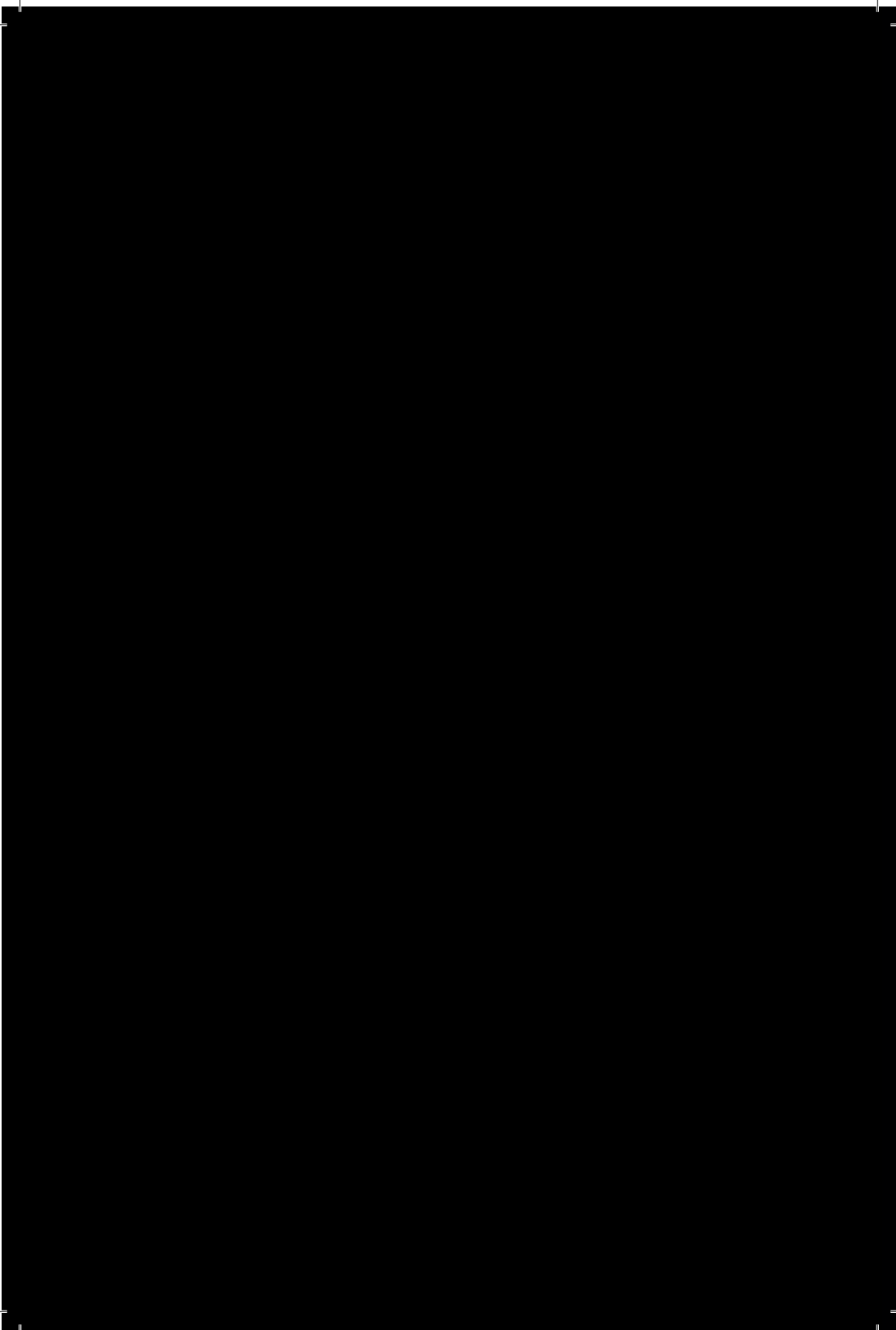


Miguel N. Lira

Díos Peza

Una vez, ante un médico famoso llegóse un hombre de mirar sombrío, sufro, le dijo, un mal tan espantoso, como esta palidez... El bisturímano aquí citado, blanco su traje como su alma negra, mercader de la salud y la esperanza, ceremonioso y sañado, informó: “usted sufre de elipsis con hipérbaton crónico resuelto en metátesis aguda dentro de un cuadro de tropos metonímicos exacerbados por insistente invasión de anáforas incubadas en un sistema expandido de aféresis, sínkopas, apócopes y contracciones”... Y así dijo el enfermo: “no me curo”....









Índice

Entrada	/ 5
El coronel... la carta...	/ 7
Reflejos del polígono	/ 21
Entre torre y alfil	/ 25
Cuatro encuentros	/ 27
Si vas para Chile	/ 43
Abril	/ 47
Teátrico	/ 57
Corrientes encontradas	/ 62
Aurora Reyes, la máscara desnuda	/ 65
Los símbolos transparentes	/ 81
En el principio fue el grito, cierto, Arturo	/ 93
Roemmers como la arena	/ 96
Relicario de cojos y bergantes	/ 99
Los camellos de Valencia	/ 102
Mar: tumba cuna tumba cuna	/ 117
La letra escarlata	/ 127
La Cruz de Galileo	/ 134
En el foco cenital de la paradoja	/ 156
Ignición del meteoro	/ 158
En París faltaban lámparas	/ 159
Variaciones de invierno	/ 167
Los tiempos de Castañón	/ 180
Los ingleses de Kestelman	/ 184
Mis tres encuentros con Josué Mirlo	/ 187
Necesario Chacón	/ 193
Don Miguel Nicolás	/ 196
Dios Peza	/ 198

En esta primera edición de *El coronel... la carta... cuentiensayos*, de Roberto López Moreno, se imprimieron 500 ejemplares. El tiro fue impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda, 09810, Iztapalapa, Ciudad de México, en el mes de agosto de 2025. La edición y el diseño estuvieron a cargo de Iván Cruz Osorio. Bajo el cuidado del autor.